



SERIE

MINDF*CK

LIBRO 5

ROJO SIN SANGRE

S.T. ABBY

SERIE
MINDF*CK
LIBRO 5

ROJO SANGRE

S.T. ABBY

Traducido del inglés por Gema Pereira Silvestre

CONTRALUZ

*Esto es para las que han perdido la voz.
Esto es para las que desearían ser Lana Myers.
Esto es para aquellas de las que la gente
todavía habla entre susurros.
Esto es para las que luchan cada día por olvidar.
No estáis solas.*

Que le den por culo a la lista.
Es la hora del golpe final.

«El amor no tiene por qué ser bonito.
Es más bien una lucha cruda y descarnada
que te obliga a enfrentarte a tu lado más
vulnerable para que cuando lleguen los
momentos buenos los puedas saborear
y disfrutar, sabiendo apreciar al máximo
su valor. De lo contrario, acabas dándolo
todo por sentado».

—LANA MYERS

CAPÍTULO 1

LOGAN

Rara vez nos sentimos orgullosos
cuando estamos solos.

—VOLTAIRE

Hadley da un respingo cuando abro de golpe la puerta de su habitación. Se quita los auriculares de un tirón y se agarra el pecho con la mano que le queda libre.

—¡La madre que te parió, pedazo de chalado! No vayas por ahí pegando sustos cuando tenemos a un asesino en serie literalmente a la vuelta de la esquina.

—Más bien viviendo un par de cabañas más abajo, ¿no?
—pregunto sin rodeos, aunque hay cierta aspereza en mi tono que hace que toda ella se tense.

No hace falta ni que lo confirme, pero quiero que me lo diga.

—¿Lo sabías? —le pregunto en voz baja, con un tono cargado de incredulidad y el corazón roto.

Ahora mismo me duele todo, aunque lucho por contener el torrente de emociones. En esta unidad, te entrenan para controlarlas a toda costa. Jamás me había resultado tan difícil como hoy.

Mueve los labios durante varios segundos antes de que las palabras empiecen a brotar.

—Lo siento, Logan, pero...

—¡Lo sabías! —la acuso a gritos mientras le doy un puñetazo a la pared y todo mi cuerpo se agita en busca de un poco de aire que no parezca estar cargado de plomo.

—¡Logan! —grita, y yo me doy la vuelta para mirarla a la cara, recuperando lentamente la calma—. Escucha. Era complicado, y ella...

—Se acabó, Hadley. Nuestra amistad. Paso de tu puta cara —digo, rompiendo una promesa.

Inmediatamente se le llenan los ojos de lágrimas.

—¿En serio? —Tiene el morro de preguntarlo con tono incrédulo.

—Sí. No puedo ser amigo de alguien capaz de ver cómo me enamoro de una persona así y *no* decirme la verdad.

Entrecierra los ojos y le tiembla el labio.

—¿Una persona *así*? ¿Alguien dispuesta a morir y matar por mantenerte a salvo? ¿Alguien que te quiere tantísimo como para replantearse su plan de venganza?

—¿Su plan de venganza? —pregunto con amargura, sacudiendo la cabeza mientras me doy la vuelta y me alejo a paso firme—. ¡Esto no es su puto plan de venganza!

Cierro de un portazo y me dirijo a la habitación de al lado, donde Leonard casi se cae de la silla cuando irrumpo en ella.

—¡Joder! Tranqui, tío. Estoy buscando más información sobre Ken...

Deja de hablar en cuanto me ve la cara.

—Ay, mierda —dice soltando el aire.

—Sí —digo, dejándome caer sobre una silla y cogiendo la botella de whisky que asoma de su bolsa de viaje—. Lo ha reconocido.

—¿Que ha hecho qué? —dice, estupefacto.

—Básicamente lo ha admitido. No fui capaz de quedarme para escuchar la confesión completa.

—¿Dónde coño está ahora?

Me paso la manga por los ojos y luego levanto la botella.

—Esposada a mi cama —digo después de beber un sorbo.

Él abre mucho los ojos.

—No tengo ni idea de qué hacer ahora. La tengo tan metida en la puta cabeza que no me atrevo a delatarla ante nadie de este pueblo ni al FBI. Pero sé que tengo que hacer algo. Y, como no sé qué, la he dejado esposada.

Es una forma terrible de ganar tiempo, pero es la única que se me ocurre.

Se frota la cara antes de pasarme un expediente.

—Aparte del consumo de drogas, no encuentro nada en su historial que la indujera a hacer algo así. Lleva años limpia y no le he visto marcas de pinchazos. Tampoco sufre delirios ni psicosis...

—De ahí que no tenga ni puta idea de qué hacer —gruño—. Está lúcida, muy consciente de su entorno, no tiene ni un pelo de tonta y, desde luego, no es de las que se dejan manipular fácilmente por nadie, ni siquiera por Jacob Denver.

Me río sin ganas cuando me viene un recuerdo a la mente. Ella lo llamaba Jake, y hasta me dijo que era su «socio» bisexual. Nunca llegué a atar cabos. Estaba demasiado cegado por lo que sentía por ella como para contemplar siquiera semejante posibilidad.

—Ahí tienes el expediente —dice en voz baja—. Échale un vistazo. Tal vez te ayude a tomar una decisión.

Cojo el expediente de la mesa y lo abro. Al ver el contenido de la carpeta, no puedo evitar hacer una mueca de asco por las imágenes espeluznantes que contiene. Pero hay algo que no tiene sentido.

—¿Qué cojones? —pregunto en un susurro.

Ojos azules. En la foto que tienen archivada desde *antes* del accidente, Kennedy Carlyle no se parece en nada a Lana Myers. Y tenía los ojos azules, sin lentillas.

Hojeo las fotos y encuentro las que hicieron de las lesiones de Kennedy para el informe policial. Conozco demasiado bien el cuerpo de Lana, y las marcas de la foto, aunque algo similares, no son exactamente iguales.

Un escalofrío me recorre la espalda a medida que me asaltan posibilidades repugnantes.

—¿Por casualidad no tendrás el expediente de Victoria Evans? —pregunto con calma, manteniendo la voz firme.

Él me lo pasa de inmediato.

—¿Por qué?

Respiro hondo antes de abrir el archivo, y un par de inquietantes ojos verdes me miran fijamente con un rostro que no encaja en el de Lana, pero que aun así guarda cierto parecido.

Se me encoge el corazón cuando abro el archivo con las fotos y encuentro las que también enviaron a la policía. Siento náuseas al ver que las marcas coinciden a la perfección con las cicatrices que conozco de memoria.

—Me cago en la puta —digo entre dientes.

—¿Qué pasa? —exige saber Leonard.

Abro los ojos de par en par mientras el remordimiento brota y estalla dentro de mí, sacudiéndome hasta lo más profundo.

—Lana Myers no es Kennedy Carlyle.

Él me mira sin entender nada y yo le devuelvo la carpeta.

—Lana Myers es Victoria Evans.

Deja caer el expediente como si le quemara en las manos y levanta la vista rápidamente para mirarme a los ojos, muy sorprendido.

De alguna manera, probablemente con la ayuda de Jake, ingresó como Victoria Evans y salió como Kennedy Carlyle. Teniendo en cuenta que apenas me atrevo a mirar a ninguna de las dos en esas fotos, con los rostros tan destrozados, no me sorprende que le costara tan poco hacerlo.

—Esto lo cambia todo —dice con voz apagada.

Saca el portátil y yo me recuesto; mi enfado se va disipando poco a poco a medida que empiezo a pensar. Paré en esa cafetería por casualidad, ya que nuestro sitio habitual estaba cerrado. La perseguí: quería ganarme su confianza, e incluso vi en ella algo que yo necesitaba.

Antes de conocerme, probablemente sonreía poco. Conmigo, cada sonrisa era sincera y espontánea. Cada caricia estaba cargada de deseo y de esas emociones que tanto le cuesta mostrar.

Ella confiaba en mí.

—Es muy probable que no haya sufrido un brote precisamente gracias a ti —sisea Leonard sin dejar de teclear en el portátil.

Doy otro sorbo a la botella y me pongo de pie, pero Leonard me agarra de la muñeca.

—Las imágenes del programa no coinciden.

—¿Cómo?

Señala los expedientes.

—Tengo copias de sus archivos en papel, ya sabes que soy de la vieja escuela, pero en el ordenador las imágenes están intercambiadas.

Miro la pantalla y, efectivamente, Victoria Evans presenta las heridas de Kennedy Carlyle y viceversa. Los ojos verdes del expediente de Kennedy se encuentran con los míos.

—Jake pudo cambiar lo que hubiera en los ordenadores, pero no antes de que crearan un expediente físico —susurro para mis adentros.

Nunca lo habría sabido.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta Leonard.

—Dile a Hadley que no cuente nada. Ahora mismo no puedo hablar con ella. Y tú tampoco abras el pico.

Intenta sonreír, pero se contiene. Ha estado defendiéndola entre bambalinas, y yo estuve a punto de apartarlo del caso.

Todo este tiempo, he estado enamorado de la chica cuyo único deseo es acabar con este pueblo.

Vuelvo corriendo a mi cabaña, abro la puerta de un tirón y salgo disparado hacia el dormitorio. Es entonces cuando se me encoge el corazón.

Las esposas están tiradas en el suelo junto con la sábana. Y las cosas de Lana ya no están.

Trago saliva a pesar del nudo que tengo en la garganta mientras me siento despacio sobre la cama.

Me salvó la vida.

Yo la aparté.

Tardo un minuto en darme cuenta de que llevo fuera más de una hora, aunque en mi mente han transcurrido apenas unos minutos. Le he dado demasiado tiempo para escapar.

Cojo el teléfono y llamo a Leonard mientras salgo.

—Necesito saber si le queda algún cabo suelto en este pueblo.

Se oye el sonido de las teclas de fondo. Estoy tentado de preguntarle a Hadley, pero, después de lo que acabo de decirle, dudo que esté dispuesta a ayudarme.

—Christopher Denver era el propietario de una de esas cabañas de caza que hay en el bosque. Te enviaré un mensaje con la ubicación.

Cuelgo y me cambio inmediatamente de ropa y de zapatos. No se puede correr bien por el bosque con traje.

Salgo volando de la casa segundos después, mientras leo el mensaje con la ubicación. Mientras corro, más recuerdos se agolpan en mi cabeza.

Lisa se burló de ella, básicamente intentó provocarla. Lana podría habérsela cargado.

O Victoria, mejor dicho.

Se marchó en pleno altercado con Johnson y el *sheriff* porque la estaban cabreando y temía no lo que pudiera decir, sino lo que pudiera *hacer*.

Ver al *sheriff* tuvo que ser duro para ella porque sí parecía necesitar realmente pasar conmigo las dos puñeteras horas que me pidió. Y volví, me la follé y luego armé un buen lío, incitándola a que mostrara su verdadera cara.

Me fui cuando se echó a llorar. La asesina despiadada que torturó y masacró a los monstruos de su pasado... lloró por mi culpa. Ni siquiera se enfadó.

Es una persona tan impredecible que no sé qué hacer con ella.

En cuanto llego a la cabaña, me saco la pistola de la funda del tobillo y la sostengo al costado. Tras dos respiraciones rápidas, derribo la puerta de una patada, pero me detengo, con la pistola a un lado y sin apuntar a nada.

Jacob Denver está sentado en el sofá como si me estuviera esperando.

Ladeo la cabeza con los ojos entrecerrados y él se pone cómodo, completamente relajado.

Recorro con la mirada la cabaña vacía y las paredes desnudas. Me habla mientras yo agarro el arma con ambas manos, dispuesto a dispararle si me da un motivo para hacerlo.

—Sabía que vendrías —dice arrastrando las palabras mientras se incorpora—. Así que guárdate la pistola. Si fuera una amenaza, ya estarías muerto. Por suerte para ti, me gusta respirar, y dudo que a Lana le pareciera bien que conservase el oxígeno si te pusiera una mano encima.

Lo miro fijamente mientras suelto una mano y sujeto el arma con la otra.

—¿Dónde está?

Él bufa con desdén.

—Has venido solo, lo que significa que aún no se lo has contado a tu equipo. Bueno, aparte de al tal Leonard, en cuya cabaña

irrumpiste y de la que saliste corriendo poco después.

—Nos estás vigilando. No es ninguna sorpresa, ya lo sabía. ¿Dónde está Victoria?

Abre ligeramente los ojos.

—Ah, así que ahora has descubierto la verdad, después de acusarla y silenciarla. Un poco tarde, ¿no crees?

En su tono se percibe una profunda acritud, como si me odiara y hubiera estado esperando a que se demostrara que tenía razón.

—Se llama Lana. A Victoria Evans la mató este pueblo. Ella ya no puede ser Victoria Evans. Tuvo que reinventarse para encontrar las fuerzas que le permitieran seguir adelante. La llamaste enferma, pero no tienes ni idea de a qué te estás enfrentando. No tienes ni puta idea de las cosas a las que sobrevivió.

Se va cabreando un poco más con cada frase a medida que se levanta despacio.

Agarro más fuerte el arma con una mano, observándolo con recelo.

—Parece que te funcionan las piernas —le digo con sarcasmo al hombre que se la ha jugado al mundo entero.

Él se da unos golpecitos.

—Me funcionan mejor las piernas que a ti el cerebro.

—Pensé que era Kennedy Carlyle y que había desarrollado una obsesión enfermiza por la familia Evans debido a las coincidencias que se dieron en las dos ocasiones en que sus caminos se cruzaron con la muerte. Y...

—Kennedy Carlyle era una drogadicta egocéntrica que, francamente, suponía una auténtica amenaza para la sociedad. Era solo cuestión de tiempo que se colocara tanto como sus padres se emborrachaban y matara a alguien. Por caprichos del destino, solo se cargó un árbol la noche en que se mató. Me pareció un desperdicio que se perdieran tanto la identidad como unos fondos enormemente valiosos para alguien que necesitaba sobrevivir.

—Asumí que fuiste tú —digo con calma—. El que le cambió el mundo.

—En realidad, falsificar historiales médicos es bastante fácil, siempre y cuando sepas por dónde empezar —dice, volviendo a

darse golpecitos en las mismas piernas que convenció a todo el mundo de que no funcionaban—. Necesitaba una identidad legítima, necesitaba dinero y necesitaba una oportunidad. Si hubieran descubierto que había sobrevivido, habrían ido a por ella. Y en aquellas circunstancias la habrían matado casi sin esfuerzo.

Deja escapar un suspiro, intentando calmar su rabia. No aparto la vista de él mientras habla, intentando encajar todo lo que me cuenta.

—Cuando me dijo que estaba tonteando con un agente del FBI, casi sufro un aneurisma —dice, apartando la mirada mientras se ríe con desgana—. Me había deslomado por asegurarme de que nadie descubriera quién era.

Vuelve a mirarme a los ojos.

—Entonces hablamos en persona y sonrió al decir tu nombre. Sonrió con esperanza. —Traga saliva con dificultad—. La obligué a tomarse un mes entre cada asesinato asegurándole que era lo más prudente, cuando en realidad...

—Te preocupaba que cuando todo esto terminara no le quedara ningún motivo por el que seguir viva.

Se le empañan los ojos y asiente con entereza.

—Estaba ganando tiempo —dice en voz baja—. Pero, una vez que te conocí, comprendí que teníamos una esperanza de la hostia. Ahora mismo solo veo un cascarón vacío. Deseaba estar equivocado sobre ti, agente especial Bennett. Accedí a todos los cambios que hizo en nuestros planes. ¿Sabes por qué se negó a que Lindy os contara lo que pasó?

Ladeo la cabeza antes de guardar la pistola en la parte trasera de los pantalones.

—Quería que escucháramos la historia cuando llegáramos aquí. Quería causar el máximo impacto.

Me mira fijamente a los ojos.

—Quería causar el máximo impacto *en ti*. A los demás que les den por saco. Puede que siga queriendo venganza, pero todo lo demás ha girado en torno a ti. Prácticamente rezaba para que el Hombre del Saco fuera a por ella solo para poder matarlo y acabar con la amenaza que suponía para *tu* vida. Y tú la tratas como a un

monstruo. ¿Por qué? ¿Porque mata gente? ¿Tratas a tus hombres como monstruos? ¿Te miras en el espejo con ese mismo desdén? Porque he visto tu expediente. Has disparado y matado a trece asesinos en serie desde que empezó tu carrera. Esos sí que eran monstruos, igual que todos los hombres a los que Lana ha ejecutado.

Me tambaleo, luchando con esa delgada línea entre la locura y la sensatez.

—¿Pero qué se supone que debía hacer? ¿Olvidarlo todo y hacer como que nunca ocurrió? —continúa—. ¿Solo porque la ley dice que está mal vengarse de los monstruos a menos que tengas una placa o un permiso del gobierno? —Da un paso hacia mí, apuntándome con el dedo—. Esta chica se ha pasado *años* entrenando, aprendiendo a controlarse para mantener la cabeza fría. Algo que ni siquiera se les exige a nuestras fuerzas armadas o al cuerpo de policía. ¿Estos hombres? Acabaron con toda su familia. Acabaron con ella. ¡Con dos putos críos! —Se le quiebra la voz y se vuelve, dándome la espalda cuando las emociones pueden con él.

Ni siquiera sé qué decir. Cualquier cosa que no sea mostrarme de acuerdo con él podría dar lugar a una posible reacción violenta por su parte, pero, por alguna razón, tampoco me atrevo a expresar mi total aceptación en voz alta.

Siempre he estado del lado de la ley, trabajando sin descanso por la justicia, respetando todos los cauces legales.

Aunque Lana lo intentó. Jake lo intentó. Pero se les denegó.

—Lo quería —dice cuando se da la vuelta, con los ojos llenos de lágrimas que luchan por derramarse—. Lo quería y lo traté como a un sucio secreto delante de la gente mientras lo amaba con todo mi ser a puerta cerrada. Marcus aceptaba las migajas que le ofrecía porque me quería tanto que no podía dejarme marchar, a pesar de que merecía algo mejor.

Le caen lágrimas por las mejillas y se las seca con enfado.

—En todos estos años, no ha habido un solo día en que no me planteara cómo podría compensarle por haberle fallado tan estrepitosamente cuando aún vivía. Daba por sentado lo que tenía-

mos. Nunca me di cuenta de lo poco común que era todo aquello ni de lo rápido que podía desaparecer.

Se deja caer lentamente sobre el sofá, como si las rodillas le fallaran.

—Lana... Nunca pensé que querría a alguien de la misma forma que yo quería a Marcus. Pensaba que la habían dejado rota. Pensaba que le habían robado hasta el último pedazo de su corazón. Que lo único que la mantenía viva era el fuego que ardía en su interior con un odio absoluto y sin límites.

Levanta la cabeza y vuelve a mirarme a los ojos.

—Ella te quería. Tenía dos ideas de cómo iba a acabar todo esto. En una, tú la querías tanto como ella a ti y la apoyabas incondicionalmente, compartiendo su dolor como si fuera tuyo. Por desgracia, elegiste la segunda opción, confirmando que yo tenía razón pese a desear con todas mis fuerzas que me demostrases que estaba equivocado.

Sigo sin encontrar las palabras adecuadas, y él no deja de derramar lágrimas de vez en cuando mientras me mira con desprecio.

—¿Un amor verdadero como el que Lana te ha regalado? Es el tipo de amor que ve más allá de las malas acciones que uno comete y te llega al alma. Lana rescató a una niña. Lana lo arriesgó *todo* para salvarte. Lana salvó a innumerables mujeres al matar a Plemmons. Sin embargo, tú sigues viéndola como un monstruo por no cumplir con tu versión simplificada de la moralidad. En tu cabeza, es mejor ser víctima eternamente que volver a encontrar la paz solo porque un verdadero monstruo no debería acabar muriendo a manos de alguien que no mostrase piedad por él.

—¿Dónde está Lana? —le pregunto con tacto, intentando no ponerlo más nervioso.

—Si Lana quiere que la encuentres, dejará que lo hagas. Que sepas su identidad no la detendrá. En su vida como hombre altruista, cariñoso e increíble, Marcus hizo una única petición egoísta. Preferiría morir antes que negarle esa última voluntad, y Lana también. Venganza..., eso era lo único que quería de ella. Y venganza es lo que tendrá.

—¿Dónde está? —vuelvo a preguntar.

—Dejó que la historia tomara forma, guiándote poco a poco hacia la verdad, permitiendo que calara en ti... toda la tortura que sufrió. Todo el dolor que padeció su familia. Lo cambió todo por completo para albergar la esperanza que había depositado en ti. Vaya manera de fastidiarlo todo.

—¿Dónde está, Jacob? —gruño.

Me mira y una sonrisa burlona se dibuja en sus labios.

—Prefiero Jake —se mofa—. Y ya has perdido. Lana y yo trabajamos sin descanso durante mucho tiempo para perfilar todo el pueblo y determinar cada uno de los caminos que podrían seguir los personajes clave. Nos hemos preparado para cualquier escenario y vamos diez pasos por delante. Conocer nuestra identidad no te servirá de nada. De hecho, ¿por qué no les cuentas que es Victoria quien ha regresado de entre los muertos con mi ayuda? Todo el pueblo se sumirá en el pánico.

Aprieto la mandíbula mientras lo fulmino con la mirada.

—¿Dónde. Está?

—Eso ya no te incumbe —responde con desdén—. Solo he venido hasta aquí para asegurarme de que se la escuchara, ya que hiciste lo peor que podías hacer: la silenciaste. Te negaste a escucharla. Ahora me toca rezar para que vea en mí razón suficiente para seguir viviendo.

Levanto la pistola y lo apunto, aunque no tengo intención de apretar el gatillo.

—¿Dónde está? No pienso repetirlo.

Su mirada se vuelve más fría.

—Como he dicho, nos hemos preparado para todos los escenarios posibles en cualquier situación.

Levanta las manos lentamente, como si fuera a ponerlas detrás de la cabeza, pero en cambio se introduce algo en los oídos.

—Debería haber mencionado que incluso calculé el tiempo que nos llevaría esta conversación.

Antes de que pueda preguntar siquiera a qué se refiere, un pitido agudo y penetrante me taladra los oídos y dejo caer el arma para agarrarme la cabeza, que tiembla como un tambor recibiendo

golpes. Caigo de rodillas mientras el sonido aumenta hasta convertirse en algo insoportable, y cierro los ojos con fuerza para intentar volver a ponerme en pie.

Tan súbitamente como comenzó, el ruido cesa, y aunque mi audición tardará unos minutos en recuperarse, siento un alivio instantáneo. Cuando abro los ojos de par en par, veo que Jake ya se ha ido, y entonces miro la caja en la pared que acaba de hacerme caer de rodillas.

Lo ha planeado todo hasta el último detalle, igual que Lana. Solo que ella esperaba un resultado diferente.

Siento como si me hubieran metido la cabeza en una licuadora. Lo que estaba arriba ahora está abajo. La derecha está a la izquierda. Lo bueno es malo.

Antes de darme cuenta, golpeo la pared con el puño, e ignoro el dolor punzante que me recorre el brazo al estrellar los nudillos contra la madera implacable.

Aprendí a controlar todas mis emociones mucho antes de unirme al FBI. Aprendí a ocultar la ira. Aprendí a mantener la compostura. Aprendí a atenuar cualquier tipo de sentimiento por intenso que fuera.

Pero hoy no.

Me derrumbo y tiro todo lo que encuentro en la cabaña mientras siento cómo me arrancan el corazón del pecho, y por primera vez en más de quince años, pierdo los estribos.

CAPÍTULO 2

LANA

Por ese pecado, cayeron los ángeles.

—WILLIAM SHAKESPEARE

Alyssa Murdock hace una mueca al dar un sorbo a su bebida, sin saber que la estoy observando escondida entre los árboles. Cada vez que se le levanta la camiseta, veo los moretones que tiene en la espalda.

Oírlo y verlo son dos cosas diferentes.

Muy pocas de mis víctimas tienen hijos. Alyssa es la única descendiente que aún no es adulta.

Con ocho años, todavía es una niña, con demasiados moretones en su historial y demasiadas cicatrices en su corazón. A pesar de la mala suerte que me ha tocado vivir, nunca fui víctima de la ira de mi padre. Jamás me puso una mano encima. Me mimaba y me quería. Como debe ser con un niño.

Pero Greg Murdock ha pegado a su hija demasiadas veces.

Por esa razón ha escalado puestos en mi lista.

Me doy la vuelta y la dejo escondiendo los moretones delante de sus amigos, que están jugando con ella en la casa del árbol. Vuelvo a ponerme la capucha y salgo de mi escondite.

El número de Hadley vuelve a aparecer sin sonido en mi pantalla, y de nuevo ignoro la llamada. Echo un vistazo rápido a su mensaje y siento una punzada de culpa, aunque ninguna otra emoción logra traspasar la barrera que he levantado.

HADLEY: ¡Logan sabe!

Sé que está preocupada y que por eso no deja de llamarme. Pero ahora mismo no me atrevo a hablar con nadie.

Desde que Jake se fue hace un rato, me he quedado sin lágrimas, y mi corazón se hiela cada vez más con cada minuto que pasa.

He vuelto al modo supervivencia y he bloqueado todo para no ahogarme en el dolor. Si me permito sentir ahora mismo, no podré parar de llorar.

Y no hay tiempo para lágrimas.

YO: Lo sé. Cuídate tú. No te preocupes por mí.

YO: Y gracias por aceptarme
y comprenderme.

Mantengo el dedo suspendido sobre el botón de enviar ese último mensaje hasta que finalmente lo pulso antes de apagar el teléfono y quitarle la batería. Después regreso a la casa que hemos tomado prestada, cortesía de la familia Dalia, que solo viene en navidades y verano.

La casa está aislada, oculta de la carretera principal por un velo de frondosos árboles. Solo un estrecho camino de entrada conduce a la vivienda, y tenemos sensores que nos avisan si alguien pasa por ellos.

El final se acerca.

Pero ya casi que me da igual.

Mi indiferencia es solo una de las consecuencias de insensibilizarme para sobrevivir.

Un coche pasa a mi lado mientras recorro el largo camino de entrada. Miro de reojo y veo a Jake con la vista fija en mí a través de la ventanilla. Aparto los ojos enseguida: me está examinando, intentando descifrarme, inquieto por lo que pueda hacer ahora que la luz se ha apagado definitivamente.

Mi hermano sacrificó su propia vida para salvar la mía. Incluso sin Logan a mi lado, le debo a mi hermano seguir viviendo, al margen de que la mía sea una existencia vacía y sin alma. Simplemente ya no tengo la fuerza para hacer de esto mi meta principal.

Mi máxima prioridad es rematar todo esto, cumplir el último deseo de mi hermano y, por fin, dejar atrás todo el sufrimiento del

pasado.

Jake sigue conduciendo hasta que aparca al final del camino de entrada. Sale del coche y viene directamente hacia mí.

—¿Otra vez desapareciendo en el bosque? —dice Jake.

—He ido a hacer un pequeño reconocimiento. Esta noche voy a por Murdock.

—¿Esta noche? —pregunta con voz preocupada.

—Estoy rifando una puñalada y él lleva todas las papeletas. Me parece que en este caso salimos ganando los dos —le digo, cortante.

Me agarra del brazo para impedir que siga caminando y yo lo miro fijamente a los ojos, llenos de preocupación.

—Lana, date un minuto y recupera la compostura. Logan...

—Logan es alguien que nunca debió aparecer en mi vida —le respondo con frialdad, ignorando el dolor que poco a poco comienza a invadir mi corazón.

Reprimo el impulso de frotarme el pecho, sabiendo que eso me delataría, y entro en la casa con Jake siguiendo mis pasos. Cuando me doy la vuelta, no me gusta nada lo que veo.

Una mirada llena de lástima se clava en mí a través de los ojos de mi mejor amigo.

—Deberías ver esto —dice mientras saca el móvil—. He hablado con Logan.

Abro mucho los ojos y me quedo con la mandíbula desencajada.

—¿Qué dices?! ¿Por qué te has puesto en peligro de esa manera?

—No he puesto nada en peligro, y por ti, ningún riesgo es demasiado. No quiso escucharte, así que le obligué a hacerlo. —Se da la vuelta y se aleja, pero voy tras él.

Parpadeo para contener las lágrimas que llevo reprimiendo todo el día.

—No tenías derecho —gruño.

Él se da la vuelta y me mira sin dejar de caminar de espaldas.

—Cuando me encontré, ya había descubierto por sí mismo lo más importante. No te preocupes, Lana. Estoy jugando según tus reglas.

Me quedo clavada en el sitio y el frío vuelve a apoderarse de mí, ahogando las lágrimas que estaban a punto de derramarse. Parece que Jake se da cuenta, porque su rostro se ensombrece.

—No estoy jugando a un juego y ya no hay ningún premio.

Él refunfuña cuando paso por su lado.

—Maldita sea, Lana. No me refería a eso y lo sabes perfectamente.

—Lo sé. Necesito salir a correr otra vez, y luego ya hablaremos del asesinato de esta noche.

Me agarra la muñeca y yo reacciono dándole un empujón y cayendo sobre él cuando se estrella contra el suelo del salón. Él gruñe mientras yo lo inmovilizo, utilizando todos mis músculos para mantenerlo en su sitio.

—¿Cómo es posible que los dos hayamos dado las mismas puñeteras clases, pero tú seas toda una experta y yo siga sintiéndome un principiante?

A pesar de mis esfuerzos, los labios me tiemblan cuando el escudo que me rodea se derrite un poco.

—Por la misma razón por la que fui a todas esas clases de tecnología y apenas sé usar mi móvil, mientras que tú eres capaz de crear imperios virtuales.

Él me sonríe y yo me aparto de él y lo ayudo a levantarse. A medida que se le va desvaneciendo la sonrisa, sé que está a punto de volver a ponerse serio.

—Tienes que ver algo.

Lo sigo, muerta de curiosidad, cuando recoge el móvil del suelo, que se le ha caído cuando lo he empujado. Mientras lo agarra y toquetea la pantalla, yo miro distraídamente por la ventana.

Delaney Grove fue mi hogar. Después se convirtió en un infierno.

Ahora solo quiero salir de aquí porque ya no tiene ningún significado para mí.

Pero sí lo tenía para Marcus.

Para mi madre.

Para mi padre.

Todos están enterrados aquí, igual que Kennedy Carlyle. Aunque en su tumba en realidad ponga Victoria Evans.

Menudo lío hemos montado con tanto esmero.

Era un plan infalible. Pensaba que lo peor que me podía pasar sería volverme loca por tener que adentrarme en la más profunda

oscuridad. Pero resulta que lo peor ha sido enamorarme. La oscuridad no es más que una compañera retorcida.

—Mira —dice Jake, y reproduce un vídeo en su móvil.

Él se sienta mientras yo miro la pantalla y compruebo que el vídeo es de hace aproximadamente una hora. Solo con ver a Logan, no puedo evitar que se me acelere el corazón.

Él da un puñetazo a la pared y yo hago una mueca, ignorando el calor de mis lágrimas, que están a punto de caer. Ahí es cuando pierde los nervios y lanza una silla al otro lado de la habitación. Va tirando cosas a su paso mientras grita a nadie en particular.

Coge un bate de la esquina y golpea la ventana hasta romperla. Luego recorre el resto de la habitación con el bate, destrozando todo lo que se le pone por delante al perder por completo el control.

Me apoyo lentamente contra la pared y me deslizo por ella hasta quedar sentada en el suelo. Y observo. Observo cómo el hombre que jamás pierde la calma sufre una crisis nerviosa.

Es culpa mía.

Debería haberme alejado.

—Te quiere —dice Jake, agarrándome el hombro después de levantarse y colocarse en cuclillas a mi lado.

Me aparto de él mientras Logan continúa destrozando la habitación, rompiendo todo lo que encuentra.

—No me quiere como yo lo quiero a él —digo con voz rasposa—. Yo lo quiero lo suficiente como para reducir el mundo a cenizas por él.

Toco la pantalla cuando Logan pone fin a su arrebató y, con el pecho agitado, deja caer la cabeza hacia atrás y mira fijamente al techo. Al final, sale de la cabaña con paso firme, recuperando su máscara de compostura, y cierra la puerta con tanta fuerza que esta rebota y se vuelve a abrir.

—Él me quiere lo justo como para sentirse traicionado —añado con un susurro ronco.

Jake se queda rígido a mi lado y yo le devuelvo el teléfono mientras me seco una lágrima rebelde.

—No le has dado tiempo, Lana. Tal vez ahora...

—¿Ahora qué? —pregunto, exasperada—. ¿Piensas que no me encantaría que cabalgásemos juntos hacia el atardecer? No estoy siendo cabezota, Jake. Vives con miedo de que pierda el contacto con la realidad como consecuencia de los abismos a los que tengo que descender para perpetrar todos estos asesinatos, pero ahora mismo eres tú quien está siendo irracional. Logan descubrió la verdad. Me echó un polvo y me dejó esposada a una cama, y cuando se marchó..., lo único que había en sus ojos era desprecio y dolor.

Contengo un sollozo, decidida a no derrumbarme una vez más.

Los ojos de Jake se llenan de lágrimas al ver cómo me tiembla el labio, pero sigo adelante.

—Es tan puro. Tan bueno. Tan honesto y auténtico. Tan dulce y amable. Es por todas esas cualidades por las que me enamoré, porque él era todo, ¡todo!, lo que siempre había deseado en una persona. Y él me quería. Sin embargo, yo deseaba corromper precisamente aquellas cosas que habían hecho que me enamorara de él solo para conseguir arrastrarlo conmigo a la oscuridad de forma egoísta y retenerlo. No estaba bien.

—No es egoísta, Lana —discrepa Jake con cautela.

—No has encontrado el amor desde Marcus, aunque eso era lo único que él quería que hicieras. En su nota te rogaba que siguieras adelante y encontraras el amor. A mí me suplicaba que arrasara con este pueblo de mierda. No has hecho lo que te correspondía para cumplir su última voluntad porque has estado demasiado ocupado ayudándome a cumplir la mía. Quizás sea hora de terminar con esta alianza para que por fin puedas tener esa oportunidad.

Con la ira reflejándose en sus ojos, se pone de pie y se coloca justo delante de mi cara.

—Juramos que nunca nos haríamos esto el uno al otro, Lana. Que nunca nos alejaríamos, por mucho que se complicara todo a nuestro alrededor. No puedes mandarme a la mierda solo porque estés sufriendo. ¿Lo entiendes? No volverás a utilizar a Marcus contra mí nunca más. ¿Queda claro?

Me trago el nudo que tengo en la garganta mientras un torrente de lágrimas brota de mis ojos y asiento sin fuerzas, odiándome por

haberlo hecho. Jake me rodea con sus brazos y yo inmediatamente le devuelvo el abrazo.

Nos quedamos así, abrazados, y por un breve instante siento y huelo lo mismo que con Marcus. Cierro los ojos, fingiendo por un segundo que mi hermano ha vuelto, que me abraza y se arrepiente del peso que puso sobre mis hombros.

Quería que Jake fuera feliz. A mí me quería enfadada.

Pensó que Jake era demasiado bueno para hacer algo así.

Sabía que la ira ardería con fuerza en mi corazón roto.

Supo que yo era un monstruo mucho antes de que yo misma lo supiera.

Tengo la cara pegada a su pecho, y la ilusión de que es Marcus empieza a desvanecerse poco a poco. Saber que es Jake me reconforta del mismo modo. Lleva diez años siendo mi hermano.

Giro la cabeza para apoyar la mejilla en su pecho y miro fijamente la pantalla, donde aparece Logan. Ahora está en la plaza del pueblo y ya no parece un hombre traicionado.

Está hablando con su equipo, pero el sonido está silenciado, así que no sé lo que dice. Hace más de una hora que perdió los nervios. Ahora mismo puede que les esté enviando a buscarme.

—A veces me pregunto qué imagen tendría mi hermano de mí para saber que sería capaz de hacer todo esto —digo en voz baja.

Jake me abraza con más fuerza.

—Pensaba que eras la persona más fuerte que conocía, y no hacía más que presumir de tu carácter, Victoria —me dice.

Sacudo la cabeza.

—No vuelvas a llamarme así —susurro.

Él me da un beso en la cabeza y suspira con pesar.

—Podemos parar cuando quieras. Ya has cumplido tu promesa con creces.

Levanto la vista hacia otra pantalla en la que el *sheriff* Cannon está manteniendo una reunión privada con sus ayudantes. Entrecierro los ojos porque sé que están tramando algo.

—No. Imposible. Si no acabo con esto hoy, puede que alguien más sufra igual que nosotros. Nunca pararán, y nadie los detendrá jamás. Si lo dejo ahora, todo habrá sido en vano. Necesito

encontrarle una razón a lo que nos pasó, aunque la única explicación sea que soy la única capaz de estar lo suficientemente enferma como para zanzar esto de una vez por todas.

Cuando me alejo, Jake me agarra de la muñeca y me obliga a volverme hacia él. Cuando nuestras miradas se cruzan, veo un destello de determinación en sus ojos.

—*Tú no estás enferma. Marcus tenía razón: eres la persona más fuerte que conozco. No estás enferma, Lana. Eres un puñetero ángel caído capaz de liberar al mundo de este pueblo enfermo.*

Le ofrezco una sonrisa fingida para darle la impresión de que sus palabras me han ayudado. No importa lo que soy. No importa quién soy.

Lo único que importa es cumplir mi misión.

Vengar a mi familia.

Y quemar este pueblo hasta los cimientos.

No necesito sentir amor para ser un monstruo.

Con hacer memoria me vale.

No es difícil hacerlo cuando el sol está a punto de ponerse. El cielo oscuro siempre me trae recuerdos si se lo permito. Por una vez, los dejo entrar.

—¡No! — grito, intentando llegar hasta mi padre mientras el agente Murdock me sujeta a punto de dislocarme el brazo izquierdo para tirar de mí—. ¡No ha sido él! ¡No pudo hacerlo!

—¡Por las noches siempre está con nosotros! — grita Marcus, librando su propia batalla con el agente Briggs, que le retuerce el brazo por detrás y lo lanza contra la pared.

—No pasa nada, chicos — dice papá mientras se le caen las lágrimas—. No os peleéis con ellos. Estoy bien. Todo irá bien. No pueden culparme de crímenes que no he cometido.

—Menos mal que podemos condenarte por los delitos que sí cometiste, malnacido hijo de puta — gruñe el sheriff Cannon, golpeando con el puño el estómago de mi padre con tanta fuerza que este se dobla por la cintura y cae al suelo con las manos esposadas a la espalda.

Marcus y yo gritamos en vano, rogándoles que detengan al sheriff, cuando este le da una patada en la cara a nuestro padre mientras yace en el suelo. Papá cae de espaldas, con la boca llena de sangre por el golpe.

Intenta mostrarse fuerte delante de nosotros, pero se le escapa un pequeño sollozo cuando el sheriff lo vuelve a patear, esta vez en el costado.

—Tranquilos, aquí no — dice el agente especial Johnson, sonriéndonos con sorna mientras seguimos intentando liberarnos de su agarre —. Pero debéis saber que hay pruebas que incriminan a vuestro padre.

Se inclina para agacharse junto a mi padre.

—No vas a volver a ver la luz del sol porque yo mismo me aseguraré de ello cueste lo que cueste — dice Johnson con tono ácido y una sonrisa siniestra en la cara.

Murdock me lanza contra la pared cuando intento zafarme de nuevo, y grito cuando me aplasta con su propio peso.

—A lo mejor debería darle una lección y dejar que vea las cosas tan feas que les hizo a nuestras mujeres... — sus palabras se desvanecen mientras me aparta el pelo hacia un lado, y yo me quedo rígida contra su cuerpo — usando a su hija — añade, con la voz destilando una inquietante amenaza.

—¡No! — grita mi padre, lo que le vale otra patada del sheriff.

—Hazlo y yo mismo te arrestaré — gruñe Johnson —. Nuestro objetivo es Evans. Estos son solo críos. Venga, vamos. Ya tenemos a nuestro hombre. Nos queda un largo camino por delante.

—También podríamos finiquitarlo ahora — dice Briggs, sin soltar a Marcus.

Murdock continúa sujetándome, todavía con su asqueroso cuerpo pegado al mío.

—Haremos las cosas a mi manera — gruñe Johnson —. Ya tendréis tiempo de vengaros, pero por ahora se hará lo que yo diga.

Mi padre está magullado y casi inconsciente cuando lo levantan a rastras. Le cuelga la cabeza mientras yo lloro, suplicándoles una vez

más que escuchen la verdad. Que me ESCUCHEN. Pero nadie me presta atención.

A nadie le importa.

Johnson y el sheriff sacan a mi padre a rastras por la puerta mientras veo cómo mi vida se desmorona.

Murdock tira de mí para separarme un poco de la pared y luego me empuja con fuerza contra ella. Me mareo y noto el sabor de la sangre en la boca.

—No hemos terminado con vosotros dos — dice, con un brillo oscuro en los ojos.

Briggs tira a mi hermano al suelo y yo me precipito a su lado mientras él se levanta poco a poco. Briggs y Murdock se van entre risas, y yo le cojo la mano a Marcus.

—No pueden condenarlo. Pronto todo esto será solo una pesadilla — me asegura mi hermano mientras se incorpora, mirándome con ojos firmes y decididos —. Te lo prometo, Lana. Demostraremos que es inocente.

Al final, la inocencia no importó. No con las pruebas de ADN.

—Hostia puta —dice Jake, lo que consigue sacarme de mi ensimismamiento cuando se sienta frente a la pantalla más lejana.

Abro los ojos con incredulidad cuando Dev Thomas sale de un pequeño Honda y se yergue en toda su estatura mientras mira alrededor de la iglesia que tiene delante. Sin duda, se ha enterado de lo de Kyle.

—¿Qué coño hace aquí? —pregunta Jake.

—Solo hay una forma de averiguarlo —digo con una sonrisa de suficiencia.

Lo indulté por lo que escuché decir a Lawrence y Tyler, y porque Dev nunca participó realmente en lo de esa noche. Pero ¿por qué iba a venir al pueblo si no es para unirse a la persecución?

—¿Vas a ir verlo? —pregunta cuando Dev entra en la iglesia, donde no tenemos cámaras.

No me hace falta contestar. Murdock tendrá que esperar unas cuantas horas para morir.

—Ten cuidado. Necesito rebobinar las imágenes para ver lo que Logan les ha dicho a los demás.

—Llama a Hadley y listo —le propongo, mirándolo por encima del hombro.

—¿Estás segura de que podemos confiar en ella? —pregunta, con los labios apretados.

—No tienes que confiar en ella. Simplemente confía en que jamás pondría en riesgo tu seguridad.

Él lanza un suspiro mientras asiente y luego coge el móvil.

—Conduciré hasta las afueras del pueblo por si acaso.

Me voy mientras él sigue con su tarea y me subo al coche con los cristales tintados. Salgo rápidamente del bosque y no reduzco la velocidad hasta que llego a la salida del pueblo. No es que la policía preste demasiada atención ahora a las infracciones de velocidad, dado que el *sheriff* está enfrascado en vengar la muerte de su hijo.

El asesinato de su hija lo destrozó. La exhibieron públicamente, y eso fue lo que provocó que nos violaran y golpearan en la calle.

Espero que perder a su hijo lo reviente por dentro. Exhibirlo ante todo el pueblo fue un bonito detalle para restregarle en la cara la pérdida. Su hija era una zorra y una estirada, pero no se merecía morir.

Pero ¿y Kyle? Kyle se merecía algo peor.

Aparco cerca de la farmacia y camino dos manzanas hasta la iglesia, permanentemente atenta a cuanto me rodea para asegurarme de que no me están tendiendo una trampa.

Cuando estoy segura de que nadie está pendiente de la iglesia, me cuelo por la parte trasera. Me alegra poder decir que no acabo envuelta en llamas, lo que significa que quizá aún no esté completamente consumida por el mal a pesar de haber profanado el campanario de la iglesia con el cuerpo medio desollado de Kyle.

Al llegar a la parte delantera de la iglesia, me detengo detrás de una cortina que da al escenario donde mi madre solía actuar en las obras de teatro municipales.

Dev está de rodillas, con las manos juntas en señal de oración y los ojos cerrados mientras las lágrimas resbalan por sus mejillas.

Bueno... Eso sí que no me lo esperaba.

—Por favor, perdóname por los pecados que cometí la última vez que estuve en este pueblo —dice Dev con voz ronca—. Aunque no me lo merezca. Dame fuerzas para hacer lo que ahora me corresponde y protege a mi hermana de cualquier daño o represalia.

Ladeo la cabeza mientras lo observo con atención. A continuación, recorro la estancia con la mirada esperando encontrar alguna trampa. No parece haber nada.

Para estar completamente segura, le envió un mensaje a Jake desde el teléfono desechable que utilizo ahora.

YO: ¿Tienes un ojo puesto en la iglesia?

JAKE: No va nadie para allá. Todos los federales están en la plaza hablando de ir puerta por puerta para sacar a la luz nuevas pruebas sobre el asesino original. Johnson, Cannon y los ayudantes del sheriff están reunidos en el ayuntamiento discutiendo quién podrías ser y cómo sacarte de tu escondite. Tienes vía libre.

YO: ¿Sobre el asesino original? ¿Por qué?

JAKE: Quieren averiguar quién fue en realidad. Por ahora, sus prioridades han cambiado. Parece que Logan ha guardado tu secreto..., siempre y cuando Hadley no me haya mentido y no estén tramando una artimaña.

YO: ¿Qué están preguntando?

JAKE: Han descubierto que el primer asesinato coincidió con el aniversario de la primera cita de tus padres. Y también han averiguado que todas las mujeres se parecían mucho físicamente a tu madre.

Aprieto el teléfono con más fuerza y suelto un suspiro cansado antes de decidir no cuestionar nada. Lo que menos necesito ahora son más distracciones.

Me pongo la máscara de asesina despiadada y me acomodo en mi papel con soltura. Resulta más fácil ser esta versión de mí misma. La versión que no se preocupa ni se inmuta.

Dev mantiene los ojos cerrados y yo salto para sentarme en el borde del escenario, justo al lado del púlpito, todavía sin arder en llamas, y unos dos metros delante de él.

Continúa rezando durante un minuto más y, cuando abre los ojos, se cae de culo, sorprendido al ver a alguien frente a sí.

—Hola, Dev. Cuánto tiempo.

Se queda blanco como la pared.

—Victoria —susurra, lo que me deja atónita.

Oculto mi sorpresa.

—Eres el primero que me reconoce.

Lo escucho tragar saliva mientras asiente despacio.

—Supe que eras tú en cuanto oí lo de los asesinatos —continúa, volviendo lentamente a ponerse de rodillas, pero sin hacer amago de levantarse—. Marcus juró que esa noche resucitarías de entre los muertos como un ángel. Siempre supo que este día llegaría. Y esos ojos... Los ojos te delatan.

Pongo dichos ojos en blanco y me inclino hacia delante, observándolo atentamente con una frialdad indolente.

—Te perdoné la vida, y vuelves al pueblo justo cuando aparece Kyle desollado y colgado del campanario de esta misma iglesia. ¿A qué has venido?

Le tiembla el labio, y tiene tanto miedo que no puede dejar de mover las manos. Me gusta verlo asustado.

—He venido a hacer lo correcto. A decirles...

—¿A decirles que una chica muerta ha resucitado para vengarse?

—remato su frase arrastrando las palabras antes de que una sonrisa oscura y siniestra se dibuje en mis labios.

—¡No! —dice, un poco asustado—. No —repite, más bajo esta vez, mientras mira a su alrededor.

Echo un vistazo a mi teléfono para ver las cámaras a través de la aplicación, pasando de una pantalla a otra mientras Dev se repone. Le vuelvo a prestar atención cuando compruebo que no tengo a nadie cerca.

—He venido a contarles a los federales lo que pasó —sigue diciendo—. Me enteré de que hubo una disputa y de que Johnson tenía a los demás federales en su contra.

Aprieto los labios.

—Ah, ya veo. Bueno, ya están al tanto de lo que pasó.

—Diana me dijo que los llamó.

Mi débil sonrisa se desvanece. ¿Diana? ¿Ha seguido en contacto con él?

Ignorando el amargo dolor de la traición, continúo centrándome en Dev.

—¿Entonces has venido a contarles una historia que ya saben?

Él niega con la cabeza lentamente.

—No. He venido a contarles el resto. Las partes que desconocen. La parte de la madre de Kyle.

Se me corta la respiración.

—También tengo pensado contarles quién fue el verdadero asesino, Victoria. Quiero que limpien el nombre de tu padre y que tu familia reciba el descanso que merece. Entonces tu alma estará en paz.

Me río sin ganas.

—¿De verdad crees que soy un fantasma que ha resucitado de entre los muertos? —me burlo.

Él sacude la cabeza.

—Creo que estás vendiendo tu alma al diablo por venganza, y voy a intentar ayudarte antes de que la pierdas por completo. Quiero salvarte.

Se me escapa otra carcajada, esta vez para reírme de él.

—Si querías salvarme, deberías haberlo hecho hace diez años.

Me bajo del escenario y él se tensa cuando saco una navaja.

—Ya es demasiado tarde, Dev. Tuviste tu oportunidad. Y, sin embargo, te quedaste de brazos cruzados mientras me arrancaban el alma del cuerpo. Era una cuestión de ira o desolación. ¿Qué camino crees que elegí?

Él frunce los labios.

—Ningún alma deja de ser digna de salvación, Victoria. No...

Lanzo la navaja y él grita mientras se arroja al suelo, pero esta se clava en la pared junto a él, muy lejos de su cuerpo, a pesar de su intento por esquivarla. Hasta me hace gracia.

La navaja está clavada en la foto del *sheriff* Cannon, junto a la placa que lo elogia por sus generosas donaciones a la iglesia. Ha quedado justo entre sus ojos, y ni siquiera he tenido que mirar para acertar.

Una vez más, Dev palidece, porque ve la prueba de que ya no soy la niña débil a la que dejaron moribunda en la calle.

—Soy más fuerte. Más rápida. Más lista. Y mucho más letal que cualquiera de este pueblo. Si te quisiera muerto, ya lo estarías. Kyle contaba con el amor y la protección del *sheriff* y aun así lo despellejé y lo colgué del campanario para que todo el mundo viera cómo había acabado. No me toques los cojones, Dev. No soy la chica a la que le diste la espalda hace diez años. Esta que está aquí te arrancará la columna vertebral si descubre que haces lo mismo otra vez.

Él traga saliva cuando me acerco para sacar la navaja de la cabeza del *sheriff*, y lo miro por encima del hombro.

—Y no vuelvas a llamarme Victoria o te corto la lengua, cosa que ya estuve a punto de hacer. Todavía no estoy muy segura de que vaya a dejarte libre, así que no me obligues a replanteármelo. ¿Queda claro?

Él asiente, con lágrimas resbalándole por el rostro.

Echo a andar y él se estremece al sentir el aire gélido que arrastro conmigo.

—Lo siento —me dice cuando paso por su lado—. Lo siento mucho.

Detengo mis pasos y agarro con más fuerza la navaja, obligándome a no perder el control y matarlo innecesariamente. Es difícil olvidar el papel que desempeñó aquella noche ahora que lo tengo tan cerca.

—Solo recuerda que a mí nada me frena —digo sin darme la vuelta—. No me hagas arrepentirme de haberte mostrado misericordia cuando se la he negado a todos los demás. A Jason le queda poco tiempo. No me obligues a volver también a por ti. Y tu padre sigue en mi lista.

—Mi madre y mi hermana son inocentes —dice sin dudarlo.

Me quedo mirando a la puerta.

—La inocencia de tu madre es cuestionable, pero no está en mi lista. Cuando tu hermana se fue a la universidad, la mantuviste ajena a los «rumores». Por su propio bien, ayúdala a ser menos ingenua, Dev. El mundo es cruel para los que no creen que existan tales males. Te lo digo por experiencia propia.

Salgo sin decir nada más y me guardo la navaja en la bota antes de que alguien me vea.

Ya lo que me faltaba.

No quiero que ninguno de *ellos* intente salvar mi alma cuando son los responsables de que esté tan dañada. No quiero que ninguno de *ellos* intente darme lecciones. Es una hipocresía tan ridícula que no quiero ni pensarlo siquiera.

Cuando siento un escalofrío en la espalda, me giro y veo a Dev siguiéndome, así que me detengo en la acera, envuelta en la oscuridad que reina en esta zona sin farolas.

—Voy a ir a hablar con los federales, pero quería que supieras que era para hacer lo correcto. ¿Puedo preguntarte adónde vas? —me interpela en voz baja y tímida, como un cordero que protesta contra las garras de un león.

—A matar a alguien —digo como si nada.

Él palidece y luego mira al suelo.

—No me has preguntado quién fue el asesino original cuando te he dicho que lo sabía.

Vuelvo a darme la vuelta y camino deprisa para ocultarme en la noche antes de contestarle por encima del hombro:

—Porque ya lo sé.

CAPÍTULO 3

LOGAN

Ser víctima de una injusticia no es nada
a menos que sigas recordándolo.

—CONFUCIO

Me odio a mí mismo. Odio este puto caso. Y odio todo lo que nos separa a Lana y a mí en estos momentos.

—La he cagado —le digo a Hadley en voz baja mientras me dejo caer sobre una silla en su cabaña.

—Por decir algo —farfulla.

—No sé qué hacer ahora mismo, pero no debería haber hecho lo que hice. No sabía que era Victoria cuando...

Exhalo un largo suspiro y dejo que las palabras se desvanezcan, incapaz de terminar la frase.

—¿Cuando qué? —pregunta Hadley antes de incorporarse.

—Me la follé con rabia y la dejé esposada a la cama, desnuda y expuesta, sin permitirle que se explicara.

Hadley se pone tensa a mi lado.

—No habrás sido capaz —dice en un susurro áspero, apretando los dientes.

Aprieto las manos y entrelazo los dedos con tanta fuerza que me duelen.

—Pensé que era Kennedy y que estaba obsesionada con Victoria Evans. No tenía ni idea de que *era* Victoria Evans. Lo habría gestionado *todo* de otra manera. No me habría sentido menos confundido, pero estoy seguro de que no le habría hecho eso. Pensé que había estado jugando conmigo. Me sentí herido. Me sentí engañado. Y...

—Y las personas obsesivas son inestables e incapaces de amar sin tener una fijación —apunta Hadley con severidad—. Pero ella no es una persona obsesiva. Es una chica marcada por las cicatrices, con

muchas más desgracias en su vida de las que nadie debería tener que soportar. Y tú acabas de sumarte a la lista de quienes la han pisoteado. Buen trabajo, Bennett. Lo has hecho de puta madre.

Se pone de pie y yo maldigo mientras hago lo mismo.

—Ya sé que la he cagado. Estoy intentando arreglarlo, Hadley. Pero no la encuentro. Por eso estoy aquí.

—Define tu idea de arreglarlo —dice, mirándome con suspicacia.

—Todavía no lo sé. No es que pueda aceptar sin más todo lo que está haciendo. Tampoco puedo mentir y decir que no lo comprendo. Estoy... hecho un lío —me quejo, con la cabeza entre las manos.

Ella se inclina, mirándome a los ojos.

—Soy consciente de que no soy tan ejemplar como tú, pero...

—No hagas eso, Hadley —la interrumpo, con la mandíbula apretada—. No hagas como si tener sentimientos encontrados sobre torturar y asesinar me convirtiera en un estirado.

Ella vuelve a dejarse caer sobre la silla y suelta un suspiro de frustración.

—Mi padrastro era un monstruo, y mi madre y su psiquiatra me convencieron de que era una mentirosa patológica por verlo así.

—Me tenso ante ese comentario repentino pero doloroso—. Tenemos constancia de un total de setenta niños, Logan.

Se le llenan los ojos de lágrimas y carraspea.

—Yo también entré en conflicto. Después me di cuenta de que solo había sesenta y nueve fotos.

—Faltaba la tuya —digo en voz baja, pero ya lo sabía. En ese momento no me di cuenta de que era mi novia la que estaba evitando que Hadley tuviera que soportar la vergüenza de que los demás la vieran.

—No quería que me viera a mí misma como una niñita vulnerable porque temía que aquello me destrozara. Lana ha sufrido más dolor del que la mayoría de la gente puede soportar. Solo el dolor físico de las innumerables operaciones a las que tuvo que someterse para rehacer su estructura facial ya fue terrible. Imagínate el impacto psicológico que le causó. Perdió a su familia. Perdió su hogar. Renunció a su identidad para que no se la pudieran quitar. Es más

fuerte de lo que tú crees, y sí, quizá yo sea una puta enferma, pero estoy de su lado.

Me froto la cara con ambas manos y me quedo mirando a la nada mientras intento procesar todo lo que está pasando.

—A mí también me llevó un minuto comprenderlo, y precisamente por eso no te pego un puñetazo. Y también por eso te he dejado entrar después de que me dijeras que nuestra amistad se había acabado —añade.

Esboza una sonrisa y yo me paso la mano por la barba de tres días, pensando en que Lana solía hacerme eso por las mañanas. Me tocaba constantemente, como si quisiera asegurarse de que seguía siendo real.

—Lo eras todo para ella —dice Hadley en voz baja—. A mí nunca me han querido así. Te salvó la vida, Logan. Este pueblo intentó matarte y ella te salvó. Personalmente creo que apuñalar a un tipo por el hombre al que quieres es venirse un poco arriba, pero efectivo es.

Normalmente me gusta su humor macabro. Hoy no tanto.

Ella pone los ojos en blanco cuando ve que no sonrío.

—Tienes que elegir un bando pronto, Logan. No puedes quedarte en el limbo. Yo elegí el mío, y es el suyo.

—Así que has estado falsificando todos los informes forenses sobre...

—No me ha hecho falta. Lana es tan buena que no deja rastro. —Suspira mientras se pone de pie—. Pero lo habría hecho, sí. Tú eres el único riesgo que ella ha asumido. Tú eres el único hilo que puede deshacer todo aquello por lo que ha trabajado desde la noche en que la destrozaron a ella y a su hermano. ¿Vas a quitarle eso?

—Según Jake, eso no es posible, elija lo que elija —afirmo con amargura mientras me pregunto hasta qué punto están unidos él y Lana. No dudo de sus palabras cuando dice que no hay nada sexual entre ellos; por alguna razón, la creo, aunque me lo dijo antes de enterarme de que la estaba ayudando a acabar con los fantasmas de su pasado.

—Él no te conoce ni sabe lo bueno que eres —dice Hadley mientras echa mano a su portátil.

—¿Sabes dónde está?

Me mira directamente a los ojos.

—Tengo una corazonada. Te la contaré si eliges el bando correcto. Avísame cuando te decidas.

La sigo, dispuesto a no perderla de vista, cuando se acerca un tipo. Por alguna razón, me resulta familiar, y me fijo en que tiene las manos metidas en los bolsillos. Con los hombros encorvados hacia delante y el nerviosismo reflejado en los ojos, tiene un aspecto demasiado dócil como para representar una amenaza.

—¿Puedo ayudarle?

—Estoy buscando al agente especial Bennett. Mi hermana me ha dicho que estaban alojados aquí. —Echa un vistazo alrededor.

—Yo soy el agente especial Bennett —respondo con cautela, y dejo la mano sobre la funda de la pistola mientras con los dedos voy abriendo lentamente la correa que la sujeta.

Él se saca las manos de los bolsillos y las deja colgando a los lados.

—Me llamo Devin Thomas.

El nombre me basta para saber de qué me suena su cara.

—No debería estar ahora mismo en este pueblo —le digo, y aprieto la mandíbula.

Cada fibra de mi ser lucha por contener el impulso de golpearle la cara hasta dejarlo inconsciente; un lado oscuro y protector emerge sin querer y me deja atónito. Saber que Lana es Victoria cambia todo lo que rodea a este caso porque lo convierte en algo personal. Hasta este momento no sabía hasta qué extremo.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a asumir —dice con tono sombrío—. Tengo la información que necesitan.

Entrecierro los ojos.

—Llega demasiado tarde. Tenemos montones de declaraciones sobre lo que hicieron ustedes trece esa noche.

Él hace una mueca antes de pasarse una mano por el pelo.

—Esa noche no ha dejado de atormentarme ni un solo instante durante la última década. Puede que no cometiera los mismos pecados, pero era igual de culpable. Y si la Muerte Escarlata decide que debo morir, no la culparé en absoluto.

—¿La? —musito, y aprieto los labios cuando palidece.

Por lo que veo, Lana ya le ha hecho una visita.

—Quiero decir a él. O a ella. Da igual. Sea como sea, he venido para hablarles de Jane Davenport. Sé que ya están al tanto de lo que pasó esa noche.

Junto las cejas.

—La madre de Kyle —digo sin rodeos.

—¿Podemos ir dentro? —pregunta, mirando con recelo el bosque que nos rodea.

Le indico que pase a la cabaña de Hadley y echo un vistazo a mi alrededor hasta que veo a Leonard. Le hago un movimiento con la cabeza para que se una a mí y él se acerca corriendo.

—¿Quién es ese tío?

—Devin Thomas.

Él respira hondo y ambos entramos en la cabaña mientras Devin toma asiento y se frota las manos con nerviosismo.

—¿Por qué no han arrestado a nadie? Me refiero a que, si ya saben lo que hicimos...

—Las palabras no valen de nada si no hay pruebas físicas. Pero, si firma una confesión, lo arrestaré con mucho gusto.

Sonríó con aire siniestro y él traga saliva mientras asiente con la cabeza.

—He dado un giro a mi vida, pero siento que esto es lo que Dios quiere que haga, así que allá voy. Por lo pronto, quiero hablarle de Jane.

—¿Qué pasa con ella? —pregunta Leonard mientras se sienta.

Devin lo mira, pero termina por dirigirse a mí de nuevo.

—Las primeras mujeres que encontraron asesinadas no presentaban rastros de ADN en el cuerpo. Johnson llegó en medio del caso y, después de que básicamente decidiera que Evans era el asesino, de repente comenzaron a aparecer pruebas de ADN en todas las escenas del crimen posteriores.

—¿Está diciendo que falsificó las pruebas? —pregunto con tono neutro, sin mostrar sorpresa. Ya tenía mis sospechas—. ¿Cómo consiguió introducir el semen de Robert dentro de los cuerpos?

—Jane Davenport —responde de inmediato—. El *sheriff* la tenía completamente a su merced. Odiaba a esa mujer, y como castigo por ocultarle a su hijo durante tantos años, la tenía retenida aquí. Amenazaba con matarla si alguna vez se marchaba. Y ella sabía perfectamente que aquello no era un farol.

—Eso no explica nada —señala Leonard.

Devin asiente.

—Jane era la forastera del pueblo. La única persona que se portaba bien con ella era Robert Evans. Él se portaba bien con todo el mundo. Amaba tanto a su esposa que nunca pudo rehacer su vida tras su muerte. Pero incluso un hombre que ama a un fantasma sigue teniendo necesidades, ya saben a qué me refiero.

Leonard se inclina hacia delante y yo me recuesto.

—Está diciendo que Robert y Jane mantuvieron relaciones sexuales —deduzco.

—Todo el pueblo lo sabía, incluidos Victoria y Marcus. Victoria quería que volviera a ser feliz. Marcus insistía en que su padre debía dejar de ocultar la relación. ¿Pero Kyle? Kyle estaba furioso. Ya odiaba a Robert porque era uno de los pocos de por aquí que le plantaba cara. Victoria humilló a Kyle poco después. Pensaba que ninguna chica podía decirle que no, y ella rompió con él de forma muy pública por cómo había tratado a Robert.

Suspira pesadamente, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—En aquel entonces estaba desesperado por encajar. Pensaba que solo eran cosas de niños, que nadie saldría perjudicado. Kyle siempre fue un matón, así que o estabas a su lado o estabas contra él. Nadie quería ser su enemigo. Si alguien se atrevía a enfrentarse a Kyle, su padre se encargaba de hundir a esa persona y a su familia. Basta con fijarse en Lindy Wheeler y Robert Evans. Y esos son solo dos ejemplos.

Nos dedica una sonrisa triste.

—¿Y qué papel desempeñó Jane? —pregunta Leonard.

—Kyle se jactó esa noche —sigue diciendo, sin ir al grano—. Volví después de convencer a Lindy de que huyera antes de que Kyle acabara con Marcus y Victoria. Oí a Kyle decirle a Victoria que fue «la puta de su madre» la que había acabado por destruir a Robert al

final. Jane le dio a Johnson los condones usados con el semen de Robert después de que el *sheriff* Cannon amenazara con matarla. Para entonces, Victoria ya estaba gravemente herida, pero se las arregló para hablar. Le dijo a Kyle que demostraría que su padre era inocente y limpiaría su nombre. Y que todos arderíamos en el infierno cuando ella arrasara con todo.

Suelta una carcajada sin ganas.

—Desde aquella noche he estado viviendo un infierno, así que, al menos en lo que respecta a mí, cumplió su palabra. Kyle se limitó a reírse y le dijo que su propia madre ya no podía hablar desde la tumba, y le pareció muy gracioso que una chica que se estaba desangrando tirada en la calle creyera que podía asustarlo.

Nos mira a ambos.

—Adivinen quién no se ríe ahora.

Leonard me echa una mirada y yo se la devuelvo. Devin básicamente acaba de decir que sabe que es Victoria quien ha vuelto para matarlos a todos.

Pero ¿por qué sospecha de una chica muerta cuando nadie más en el pueblo contempla esa posibilidad?

—Deberían investigar a Kyle —continúa—. Primero asegúrense de que realmente está muerto, y...

—Sin duda está muerto —dice Leonard cuando un escalofrío le recorre el cuerpo.

—En el fondo, siempre supe que él era el asesino original. Lo llamaban el Cazador Nocturno —añade.

De nuevo Leonard y yo intercambiamos una mirada antes de volver la vista a Dev.

—¿Cree que fue él?

Asiente.

—Y no soy el único que lo pensaba a juzgar por lo que he oído sobre su muerte.

—Lo mataron de forma un poco más cruenta, pero porque fue quien lo orquestó todo la noche en que murieron Marcus y Victoria. ¿Qué le hace pensar que era el asesino?

Él bufa y pone los ojos en blanco.

—¿No es obvio? —pregunta en voz alta, haciendo un gesto a nuestro alrededor—. Para Kyle, el mundo era una marioneta entre sus dedos. El padre le encubría todas sus fechorías, ciego ante la maldad que llevaba dentro. Kyle era capaz de encandilar a cualquiera mostrándole su lado bueno, pero, cuando dejaba salir su faceta oscura, resultaba implacable, asfixiante y verdaderamente aterrador.

Se le escapa una lágrima y se la seca.

—Me quedé allí parado, viendo cómo violaban y golpeaban brutalmente hasta la muerte a unos chicos indefensos. Todo por culpa del miedo que Kyle nos provocaba. Nadie en todo el pueblo tenía agallas suficientes para enfrentarse a él, que contaba con alguien como Cannon para cubrirle las espaldas.

—Pero afirmar que él fue el asesino equivale a asumir que violó y mató a su propia hermana. Por lo que he oído, el *sheriff* quería tanto a su hija que fue capaz de incriminar a un hombre inocente solo por encontrar un culpable —señalo.

—Si cree que Kyle no es capaz de violar y asesinar a su propia hermana es que no ha entendido nada. Rebecca Cannon era la hija de Mary Beth Cannon. Mary murió de cáncer de ovario cuando Rebecca tenía cinco años. Era solo un año mayor que Kyle, cuya existencia el *sheriff* aún desconocía.

—Lo que quiere decir que el *sheriff* le era infiel a su mujer —apunta Leonard.

—Por eso Rebecca le cogió manía a Kyle cuando apareció en escena —continúa Dev—. El *sheriff* la favorecía, por razones obvias, y era la única persona en el pueblo a la que Kyle no podía tocar. Si alguna vez hubiera amenazado a Rebecca, el *sheriff* habría acabado con él sin pensárselo dos veces. Sin embargo, a Rebecca la exhibieron de una forma tan trágica y traumática que el *sheriff* perdió los estribos. Da la impresión de que todo fue planificado por una mente sádica, y el coeficiente intelectual de Kyle demuestra que era capaz de organizar todos los elementos del rompecabezas para que, al final, Robert pareciese culpable.

—¿Por qué Robert? —pregunto, tratando de averiguar adónde quiere ir a parar—. ¿Y por qué sincronizar el primer asesinato con el

aniversario de la primera cita de Robert y Jasmine? ¿Y por qué la mayoría de las chicas se parecían a Jasmine?

—Bueno, por un lado, ese tal Johnson manipuló la investigación, convencido de que era Robert, en parte por lo ocurrido ese día y por la victimología. Eso fue tan solo un paso para tenderle la trampa a Robert. Por otro lado, Victoria siempre estuvo en el punto de mira de Kyle y Morgan, entre quienes había una lucha constante. Victoria se parecía mucho a Jasmine, así que tal vez su victimología debería centrarse más en la hija que en la madre. Por último, Rebecca era la típica arpía de instituto, y las de su calaña atacan a los más vulnerables. Rebecca se ensañaba con Victoria a diario: la humillaba, se reía de su familia y despreciaba a su padre por ser conserje.

Sonríe de medio lado y hace una pausa, como si acabase de recordar algo.

—Un día se pasó de la raya y le dijo algo a Victoria sobre su madre fallecida. Victoria la agarró por el pelo y le estampó la cara contra las taquillas. Rebecca acabó con la nariz rota. El *sheriff* intentó ir a por Victoria, pero Robert tenía información comprometida sobre él que le hizo dar marcha atrás. Al *sheriff* no le gusta estar contra las cuerdas, y encima Rebecca, la que tantas veces acosó a Victoria, acabó siendo la más perjudicada. Eso bastó para que el *sheriff* tomara partido y, a partir de entonces, fueron a por Evans con todo el arsenal del que disponían.

Se queda callado y yo repaso los hechos en mi cabeza.

—¿Qué información comprometida tenía Evans sobre el *sheriff*?
—pregunta Leonard.

—Algunas artimañas financieras de las que se había valido para evadir impuestos o algo así. El *sheriff* lo arregló antes del juicio, por lo que ya no era una baza lo suficientemente sustancial.

Resultaría muy fácil adherirse a su argumentación y aceptar que Kyle era el asesino. Así se podría cerrar el caso.

—Kyle no era el asesino —digo por fin.

Los ojos se le llenan de ira.

—Entonces lo subestima.

Sacudo la cabeza.

—No hay duda de que iba camino de convertirse en un asesino en serie, pero no fue él. El asesino contaba con los mismos conocimientos y sin duda albergaba un odio lo suficientemente fuerte como para inculpar a Robert, e incluso ayudó a reforzar su perfil y a alimentar las sospechas. Tiene o tenía un coeficiente intelectual lo suficientemente alto como para calcular cada paso. Pero Kyle nunca acudió al juicio.

Él frunce el ceño.

—¿Y eso qué tiene que ver?

Leonard se encarga de explicarlo.

—Tenemos imágenes del juicio en las que aparecen todos los presentes en la sala, no solo las partes directamente implicadas. Kyle ni siquiera estuvo allí porque, francamente, le importaba un carajo —afirma Leonard sin tapujos—. El asesino habría querido ver cómo se desarrollaban todos y cada uno de los acontecimientos tal y como los había planeado, y regodearse en persona con la derrota de Evans.

Devin se echa hacia atrás, abatido, como sopesando la idea.

—¿Entonces no fue Kyle?

Niego con la cabeza.

—¿Quién si no? —pregunta.

—Todavía estamos intentando averiguarlo —digo, señalando la pila de DVD—. Tenemos todos los rostros de los que acudieron a diario y los estamos descartando uno por uno basándonos en los datos y perfiles que podemos recabar. No deja de ser curioso que cada dos por tres recibamos más discos de informantes anónimos.

Él sacude la cabeza, indignado.

—Sigo pensando que fue él y, hasta que puedan demostrar lo contrario, creo que el asesino actual piensa lo mismo.

—Lo dudo —responde Leonard de inmediato—. El responsable de los asesinatos de ahora lleva diez años estudiando todas las pruebas y conoce muchos más detalles que nosotros.

Nos mira a los ojos.

—Espero que nunca lo atrapen. Espero que acabe con cada rastro de maldad que queda en este pueblo. Creo en los ángeles vengadores, agentes. Y creo que a este asesino se le ha concedido

un oscuro don para librar al mundo de la corrupción que impera en este pueblo. Antes pensaba que aún quedaba algún alma por salvar, pero ya no. Creo que la ira de los ángeles se ha desatado.

Se levanta de golpe.

—¿Adónde va? —pregunta Leonard.

Él se gira para mirarnos.

—Si no van a arrestarme, voy a buscar a mi hermana pequeña para llevármela lo más lejos posible de aquí.

Ladeo la cabeza.

—¿Por qué?

Se dirige hacia la puerta y no se da la vuelta hasta que la abre.

—Porque este sitio va a arder. Se lo aseguro.

CAPÍTULO 4

LANA

La debilidad de actitud se convierte
en debilidad de carácter.

—ALBERT EINSTEIN

—Pensaba que solo ibas a por Murdock —sisea Jake por el teléfono mientras termino de atar el último nudo de las cuerdas que sujetan al susodicho a la silla.

Este se retuerce lanzando amenazas que quedan amortiguadas por la mordaza que lleva en la boca.

—Debido a nuestro reciente visitante, me estoy asegurando de que nadie se escape de la lista. Solo por precaución —le digo con tono alegre, sonriendo cuando me alejo y veo a Murdock lanzándome miradas de odio.

Fue fácil darle una paliza y atarlo. Lo difícil fue meterlo en el maletero y subirlo por las escaleras del juzgado sin que nadie me viera.

Por suerte, con todo el caos que siguió a la muerte de Kyle, nadie vigilaba la entrada trasera. Solo necesitaba la llave de Murdock para poder entrar.

Levanto el mazo y lo examino. El mango tiene grabada la inscripción «JUEZ HENRY THOMAS».

—Esto es demasiado arriesgado.

—En absoluto —le prometo a Jake.

—Mierda —sisea.

—¿Qué?

—Hay una pelirroja bajándose de un coche en la entrada de la casa.

Se me tensa todo el cuerpo.

—Hadley nos ha encontrado —gruño.

—Mierda. Mierda. Mierda. ¿Qué coño hago con ella?

—No le hagas daño —le advierto.

—¿Y qué hago? ¿La invito a tomar un té? —me dice con sarcasmo.

—Si viene sola es porque va a ayudarnos. Solo averigua qué quiere. Y lo digo en serio, no le hagas daño.

—Estupendo. Haré buenas migas con el FBI mientras matas a un agente del condado y a un juez —responde con tono seco.

—Eso es —le digo antes de colgar.

Guardo mi teléfono y observo a Murdock, que suda y no me quita la vista de encima como si pudiera condenarme al infierno solo por dedicarme una mirada fulminante.

—Tu hija y tu esposa estarán en casa esta noche, sanas y salvas, por si te preocupa. Estoy segura de que no te echarán de menos si no vuelves. —Me agacho frente a él, sin apartar la mirada de sus ojos, mientras la ira da paso poco a poco a un temor reticente—. Estoy convencida de que llorarán un poco, pero, cuando nadie las vea, atesorarán en secreto esa pequeña paz que les da saber que ya no puedes hacerles daño.

Me levanto bruscamente y él grita, pero el sonido queda amortiguado por la mordaza.

Con aire despreocupado, pongo el viejo disco de vinilo que el juez Thomas tiene en el tocadiscos, esperando a que regrese a su despacho tras un largo día ocultando o quemando cualquier prueba que quede del caso de mi padre. Lástima que llegue una década tarde para borrar sus huellas.

Eso es lo que ocurre cuando uno se pasa de arrogante...

Durante diez años, se relajaron y pensaron que el caso estaba cerrado y que no había mucho que limpiar, habida cuenta de que habían matado a todos los implicados y que tenían a un agente del FBI de su parte.

El Réquiem de Mozart inunda las salas; una composición majestuosa, llena de dramatismo y fervor.

Me balanceo al ritmo de la música mientras la escucho con los ojos cerrados. Mi padre siempre fue un gran admirador de Bach, pero, en mi opinión, Mozart transmitía mucha más emoción en todas sus composiciones.

El sonido de la puerta al abrirse me impulsa a darme la vuelta y a esbozar una sonrisa en los labios cuando el juez Thomas la cierra tras de sí. Pulso el botón del mando a distancia y la cerradura recién instalada se bloquea. La única forma de abrirla es quitándome el mando.

Suerte con eso.

El juez retrocede, mirando la puerta con confusión. Parece que le lleva una eternidad darse cuenta de que hay música sonando; entonces se da la vuelta y se queda mirando el tocadiscos mientras yo me escondo en las sombras.

Murdock grita a pesar de la mordaza con tanta fuerza que atrae la atención del juez. Cuando ve al ayudante del *sheriff* inmovilizado, el juez Thomas por poco tropieza.

—¡Greg! —El juez Thomas jadea cuando salgo de entre las sombras.

Intenta desatar al ayudante del *sheriff*, y Murdock forcejea aún más, gritando y tratando de llamar la atención del juez. Murdock parpadea y clava la vista en el juez mientras lanza miradas de pánico en mi dirección, haciendo todo lo posible por alertar al muy idiota con los ojos.

Es un esfuerzo loable, pero inútil. Mi escena favorita de las películas de terror es cuando el tonto decide no darse la vuelta mientras su amigo, que está atado, hace todo lo posible por avisarle del peligro.

—Maldita sea, Greg, estate quieto. Los nudos estos son...

—Increíbles —termino la frase por él.

Henry Thomas se desestabiliza, cae de rodillas al suelo y me mira con los ojos muy abiertos y horrorizados.

Me viene de perlas.

—Ahora que estás ahí abajo, puedes decir tus últimas palabras —le espeto, sosteniendo la navaja—. Y, ya puestos, a lo mejor puedes confesar también tus pecados.

Se echa a temblar, boquea, pero no le sale la voz. Al final, consigue articular dos palabras:

—¿Quién eres?

Estoy bastante segura de que eso es lo más irrelevante que podría haber preguntado.

—¿No es obvio? —pregunto con la música de fondo y Murdock intentando liberarse de sus ataduras—. Soy la chica a la que le destrozaste la vida. Solo que ahora tengo otra cara, ya que la pandilla que el *sheriff* Cannon y tú mandasteis a por nosotros me destrozó la antigua.

Traga saliva con dificultad a medida que va palideciendo.

—Incluso repudiaste a tu hijo por no seguir el juego a los demás en aquel espectáculo salvaje. ¿Acaso pensabas que era menos hombre por no ser capaz de violar a una chica de dieciséis años y a un chico de diecisiete? —le pregunto, fingiendo que me divierte cuando en realidad en lo único en lo que pienso es en degollarlo aquí mismo.

—No —susurra con voz rasposa—. Tú estás muerta...

—Eso me han dicho. Una y otra vez. Qué cosas tiene la muerte... Hay que esforzarse mucho para matar a una chica como yo. Hasta ahora, todos han hecho un pésimo trabajo.

Se pone de pie a toda prisa y retrocede hasta su escritorio, donde piensa que tiene una pistola escondida. Sonríe cuando abre el cajón de un tirón y llena todo el despacho de cosas mientras lo registra, buscando inútilmente un arma que ya me he tomado la libertad de sacar de ahí.

—No vas a encontrarla —le digo cuando saca el cajón por completo y me lo tira en un intento desesperado por ganar tiempo para volver a correr hacia la puerta.

Esquivo el cajón sin complicaciones y observo con fascinación cómo tira del pomo de la puerta una y otra vez.

Einstein creía que la definición de locura era hacer lo mismo una y otra vez y esperar resultados diferentes. Según ese criterio, el juez está totalmente loco si cree que la puerta se va a abrir como por arte de magia.

Subo el volumen de la música cuando empieza a gritar pidiendo ayuda. Sé que los pasillos están vacíos. Es tarde, y hace mucho que ha terminado la jornada en el pequeño juzgado de nuestro pueblo. Las pocas personas que quedan están todas en la planta de abajo.

—Dígame cómo ocultó pruebas, juez Thomas. Dígame cómo pasó por alto las declaraciones de los testigos oculares y dictaminó que eran improcedentes.

Se da la vuelta, de espaldas a la puerta, con el pecho agitado mientras suena la música, creando el ambiente perfecto para asesinar a un juez.

—Tuve que hacerlo —gruñe—. Tuve que hacerlo o si no el *sheriff* Cannon...

—No echemos balones fuera —digo arrastrando las palabras—. Cuénteme su parte, juez. Y tal vez no lo deje colgando de la torre de la iglesia como hice con Kyle.

El forcejeo de Murdock se detiene, paralizado por el pánico. Una lenta sonrisa se dibuja en mis labios cuando el juez se tambalea hacia delante, con todo el cuerpo blanco como la tiza, mientras me mira con incredulidad.

Son conscientes de que, si fui capaz de matar a un monstruo como Kyle de una forma tan sangrienta y vivir para contarlo, entonces soy la personificación de las pesadillas. Me flipa.

Lanzo la navaja y él chilla mientras se tira al suelo, pero esta se clava en la foto que hay de él en la pared. En esa imagen lleva puesta su túnica, y se le ve imponente y pomposo. El hombre de verdad está llorando en el suelo, temblando de miedo.

—¡Contesta! —grito, sonriendo por dentro mientras por fuera finjo ser una loca desquiciada.

Él se encoge sobre sí mismo y solloza con más fuerza.

—Fui yo —dice, sin dejar de lloriquear—. Fui yo. Oculté todas las pruebas que exculpaban a Robert Evans. Pero te juro que en ese momento pensaba que había sido él. Johnson nos aseguró que había sido él.

Me agacho, saco otra navaja de mi bota y juego con el mango interpretando el numerito de la psicópata.

—Cuéntame el resto —digo en voz baja—. Cuéntame cómo tanto tú como el *sheriff*, junto con todos sus ayudantes, enviasteis a una banda de chavales a violar a los hijos del hombre al que habíais encarcelado injustamente.

Se ahoga con sus propios sollozos y suelta entre hipidos:

—Nunca fue mi intención que os violaran...

—¡Los cojones! —espeto, y le apunto con la navaja—. La verdad, juez. Ya la sé. Solo quiero oírla.

Su respiración se vuelve laboriosa, y los llantos, más intensos. Aunque le cuesta, finalmente vuelve a hablar:

—¡Solo queríamos que sintierais el mismo dolor que esas mujeres porque no parabais de defenderlo!

Me invade esa sensación de frialdad tan familiar, y entonces me levanto lentamente y me acerco a Murdock, que ahora tiembla de miedo porque sabe que estoy como una puta cabra y que tengo una navaja. Estoy segura de que lo que se le está pasando por la cabeza en este momento es que soy la que le ha arrancado toda la piel del cuerpo a Kyle.

El disco empieza a saltar, la canción llega a su fin y dejo que el molesto sonido continúe mientras le atravieso el torso a Murdock con la navaja sin previo aviso. La sangre brota de la herida y las manchas rojas van extendiéndose por la camisa beis.

El juez grita, al igual que el propio Murdock, cuando vuelvo a apuñalarlo, esta vez justo en el centro del abdomen con un corte más profundo. Se le salen las entrañas, y los intestinos se desparraman por el suelo como un ovillo de lana desenrollado.

Se queda inmóvil y muere casi al instante. Vuelvo a encarar al juez mientras vacía el contenido de su estómago, aunque de una forma muy distinta.

Mientras él vomita, me acerco por detrás, no sin sentirme decepcionada por su falta de resistencia. ¿Estos son los hombres a los que temí durante tanto tiempo? ¿Uno que golpea a su hija y a su esposa, pero que ni siquiera es capaz de darme un solo puñetazo? ¿Otro que llora en el suelo en posición fetal, rezando para que desaparezca como si fuera una pesadilla en vez de luchar por su vida?

Paso de alargar el momento y le corto el cuello con la navaja, pero ninguno de estos asesinatos me remueve nada. La sangre salpica toda la habitación y lo único que sale de sus labios son gorgoteos de agonía, ya que todos los demás sonidos se atascan en el corte de su garganta.

Lo dejo allí, con su elegante traje manchado de rojo, al igual que la moqueta de su despacho. Después de limpiar la navaja, vuelvo a guardármela en la bota, pero dejo la otra clavada en la foto del juez.

Entonces saco el pincel que he traído y lo mojo en la sangre. En lugar de pintar una pared, esta vez dejo un mensaje.

Un mensaje para el hombre que me rompió el corazón.

Un mensaje para el hombre del que nunca debí enamorarme.

Es una niñatada, pero no puedo evitarlo.

Para cuando me voy, casi se han desangrado por completo, y salgo manchada de rojo, pero nadie se da cuenta. Al menos me he puesto estas botas tan horrorosamente grandes, aunque no sé por qué me he molestado.

Al final, Logan me delatará.

Conduzco de vuelta a casa sintiendo una necesidad imperiosa de darme una ducha. Me encuentro con un sedán plateado en la entrada y frunzo el ceño. Hadley conduce el SUV asignado por el FBI. Quizás se ha comprado otro coche para evitar que le revisen el historial del GPS o algo así.

Con cautela, saco una navaja mientras abro lentamente la puerta. Todas las luces están apagadas y ninguno de los monitores está encendido.

Sin hacer ruido, entro en la casa, cierro la puerta sigilosamente y avanzo con cuidado en medio de un silencio inquietante. Oigo un sonido ininteligible procedente de la habitación del fondo, algo que suena como un gemido de dolor seguido de un fuerte gruñido.

No me lo pienso dos veces y abro de una patada la puerta de la habitación de Jake, enciendo la luz inmediatamente, levanto la navaja en el aire y... me quedo paralizada.

Jake maldice, Hadley chilla mientras se tapa los pechos desnudos con las manos y yo abro y cierro la boca varias veces, completamente atónita.

—¿Qué cojones? —pregunta Jake, como si la que hubiese perdido la puta cabeza fuera yo.

—¿Qué cojones? —le respondo.

No soy fácilmente impresionable. Por lo general, no me gustan las sorpresas. Esta vez... no estoy muy segura de cómo me siento con

respecto a esta inesperada novedad.

Hadley se queja mientras deja caer la cabeza sobre el pecho de Jake, que la agarra por las caderas y la coloca debajo de él.

—Cierra la puerta —me dice por encima del hombro.

Y el muy desgraciado empieza a mover las caderas.

¿No es capaz de esperar al menos a que recoja la mandíbula del suelo?

Cierro de un portazo y retrocedo tambaleándome mientras me dirijo a mi habitación temporal. Ahora he manchado todo de sangre. Debo de parecer Carrie después del baile de graduación, pero a ninguno de los dos se le ha ocurrido dejar de follar para ver si estoy bien.

Mi primer pensamiento es llamar a Logan.

Mi segundo pensamiento es que el primero es ridículo teniendo en cuenta que nunca más podré volver a hablar con él.

Mi tercer pensamiento es... que me hace falta una copa.

Me meto en la ducha con la ropa puesta y empiezo a desnudarme bajo el chorro de agua helada. Ni siquiera me estremezco por el frío, pero me derrito con el calor cuando por fin llega. La ropa queda amontonada a mis pies mientras dejo que el agua se lleve la sangre y la muerte, intentando refrescarme y deshacerme de la locura.

Ya casi he terminado cuando oigo que se abre la puerta del baño.

—¿Hay alguna razón por la que hayas derribado mi puerta armada y dispuesta a matar? —pregunta Jake desde el otro lado de la cortina.

—Tendría que haber matado a alguien en la ducha —digo sin venir a cuento—. Como en las películas de terror, cuando el asesino se acerca sigilosamente y atraviesa la cortina con un cuchillo. Después, el agua se tiñe de rojo.

—Qué bonito. Sí, yo también he visto esas películas, Lana. Era algo con lo que nos torturabas a Marcus y a mí. Las odiábamos, pero te negabas a verlas sola.

—Me daban miedo —digo en voz baja—. Ahora puedo verlas sin problema.

Deja escapar un suspiro.

—Responde a mi pregunta, por favor. ¿Qué ha pasado?

Pongo los ojos en blanco y asomo la cabeza por fuera de la ducha para mirarlo con cara de pocos amigos.

—Oí unos ruidos que no parecían de placer, lo cual dice bastante de tus habilidades, así que entré en la habitación para salvarte la vida. De una lesbiana que tenía tu polla cautiva en su vagina. ¿Qué cojones, Jake?

Él aprieta los labios.

—Dijiste que fuera amable.

—Yo no dije eso. ¿Y desde cuándo «ser amable» implica que te la zumbes a pelo?

Se encoge de hombros.

—Me cae bien. Es hacker, como yo, solo que no tan buena porque a ella la pillaron.

—¡Era una cría! —oigo que grita Hadley, desvelando al hacerlo que estaba escuchando a escondidas.

Intento no sonreír.

—¿Pero tú no eras lesbiana? —pregunto.

Ella entra en el baño con el pelo rojo todo revuelto. No lleva la ropa bien colocada, como si se hubiera vestido a toda prisa.

—Te dije que no lo era. Me gustan las mujeres, pero los hombres me han repugnado durante mucho tiempo. Desde que mataste a Ferguson... parte de esa aversión ha desaparecido. Esta noche he conocido a Jake; sabía que era como yo y... Bueno, ya sabes lo que ha acabado pasando.

—¿Podemos hablar de esto cuando termine de lavarme los restos del juez y el agente del condado? —pregunto en tono seco.

Jake hace una mueca y mira con recelo a Hadley, pero ella se limita a encogerse de hombros.

—Ya has visto mis encantos. Es justo que yo vea los tuyos.

En circunstancias normales me reiría, pero todavía no me he recuperado lo suficiente como para eso.

Jake, sin embargo, se ríe entre dientes, aparentemente relajado por la reacción despreocupada de ella.

—Más tarde. ¿Qué pasa? ¿Por qué nos has localizado? Y lo más importante, ¿cómo nos has encontrado?

Ella desvía la mirada hasta Jake.

—No es tan bueno como se cree.

Le sonríe con dulzura, dejando claro el doble sentido, y él arquea una ceja desafiante.

—Pues vale. Jake, asegúrate de que nadie más pueda encontrarnos como lo ha hecho ella.

Hadley hace un gesto con la mano.

—Soy mucho mejor que Alan, y él es el único que podría seguirte la pista. Es imposible que te encuentre como lo hice yo.

Le suena el teléfono y comprueba quién es. Inmediatamente frunce el ceño.

—¿Qué? —le pregunta Jake, asomando la cabeza.

Espero a que lo esconda, pero en cambio se lo pasa a él.

—Me da que vas a tener que prestarme un cepillo —me dice—. Y algo de ropa. Thor me ha roto los pantalones y ahora la cremallera no cierra. También tengo algo en la camisa. Te ahorraré tener que adivinar qué es.

Me quejo mientras le hago un gesto con la mano en su dirección.

—Coge lo que necesites, pero espero que te quede bien el rojo.

Ella maldice antes de sacudir su melena pelirroja.

—El rojo es el único color que no me favorece. Todos los tonos chocan con este. Esperaba que tuvieras una sudadera negra con capucha o algo así.

—Las sudaderas negras que tengo las he usado para matar, así que probablemente estén manchadas de sangre. No te recomiendo ponértelas.

Da media vuelta y se marcha, quitándole el teléfono a Jake de las manos al pasar. Lo miro con curiosidad.

—Ya han encontrado al juez y al agente del condado.

Esbozo una sonrisa.

—Bien. Ahora empieza lo bueno.

CAPÍTULO 5

LOGAN

La cara falsa debe ocultar
lo que sabe el falso corazón.

—WILLIAM SHAKESPEARE

—¿Qué sabemos? —pregunto a Leonard mientras me quito el guante.

—¿Te refieres además de que el *sheriff* intenta sacarnos de aquí a toda costa? No mucho.

Johnson me escudriña desde el otro lado de la habitación, con puro odio en su mirada. Yo lo ignoro.

Sabe que estoy a punto de encontrar pruebas contundentes contra él. Es solo cuestión de tiempo.

—Creo que ese mensaje iba para ti —susurra Leonard cuando levanto la vista de los restos sangrientos del agente Murdock.

Recorro con la mirada el mensaje que me señala.

**ROBARON. MINTIERON. PACTARON LA PAZ
CON EL DIABLO A CAMBIO DE LAS ALMAS DE
UNA FAMILIA INOCENTE. Y TODAVÍA ME
LLAMAS MONSTRUO A MÍ**

QUE TE JODAN. <3

El corazoncito al final es sin duda la firma que Lana solía dejarme. Al parecer, ahora va a darles un toque personal a estos asesinatos, y hasta me los va a dedicar sin usar mi nombre.

—No la dejé hablar, así que ahora está soltando lo que tenía guardado —digo en voz baja.

Leonard mira a su alrededor, asegurándose de que nadie está lo suficientemente cerca como para oírnos.

—Este es, literalmente, un mensaje para mandarnos a la mierda. No se trata de ira ni de una amenaza hacia nosotros. Básicamente, se está comportando como una ex con todas las letras. La gente podría sacar sus propias conclusiones.

—Nadie sabe que Lana y yo hemos roto. A todos les he dicho que ha vuelto a casa porque la convencí de que aquí no estaba segura.

—¿Qué pasa si la gente la ve por el pueblo?

Me recuesto y examino el daño en el cuello del juez Thomas. Dudo que sea una coincidencia que el hijo haya regresado hoy a la ciudad y que Lana haya decidido matar al padre esta noche.

—No se dejará ver —digo distraídamente—. Dev Thomas estaba allí *esa* noche, y cuando habló con nosotros antes, parecía seguro de que se había salvado. Creo que ella le hizo una visita al llegar al pueblo.

—¿Para qué?

—Para saber a qué había venido.

Parece confundido, pero no quiero hablar delante de todo el mundo.

—No debería meterte en todo esto y obligarte a...

—Tú no me estás obligando a nada —dice Leonard antes de soltar un suspiro—. Como te dije, entiendo por qué lo hace. En este pueblo llevan años matando y torturando a gente, y a nadie le ha importado salvo a ella.

Estoy a punto de responder, pero Donny se acerca y pone fin a nuestra conversación privada.

—¿Entonces nuestra desconocida pasa de citar a Voltaire a dejar un burdo «que te jodan» con un corazón? Al final vas a tener razón con lo de que es una mujer, pero ¿por qué molestarse en dejar huellas de botas de hombre si vas a firmar con un corazón?

—Ese mensaje es tan infantil como tu novia —dice Lisa al unirse a nosotros.

Leonard se atraganta, pero yo mantengo la compostura.

—Habló la envidiosa que no deja de intentar darle celos —comenta Hadley al entrar, evitando mirarme a los ojos mientras se

agacha con su equipo para empezar a tomar muestras.

La miro de arriba abajo y me doy cuenta de que tiene una ropa diferente a la que llevaba cuando se fue. Lo que más me llama la atención es la camiseta roja.

A lo largo de los años, la he oído quejarse más de una vez de lo mucho que su pelo rojo la limita a la hora de vestirse. Nunca lleva nada de ese color.

Pero sé de alguien que sí.

—Me escupió un chicle en el pelo —sisea Lisa.

—¿Cuándo? —pregunto, con la esperanza de que haya sido hace poco y, al mismo tiempo, de que *no* sea así.

—Después de pillaros accidentalmente —murmura Lisa, con las mejillas sonrojadas.

—Y de que la provocaras —dice Hadley desde su posición en cuclillas, sin molestarse en levantar la vista—. Dos veces. Yo te habría pegado un guantazo. Lana se decantó por una técnica más sutil.

Leonard me tira del brazo y me lleva fuera mientras Hadley y Lisa discuten. En cuanto salimos del juzgado, mira alrededor para asegurarse de que nadie puede oírnos.

—Han reclamado a Elise en Nueva York para ayudar con un caso.

—Lo sé. Fui yo quien te lo dijo. Y Elise se ofreció voluntaria para ir porque todavía no está al cien por cien físicamente y así se aseguraba de que no llamaban a otro.

—A Craig lo han convocado para otra cosa.

Asiento.

—Solo es cuestión de tiempo que nos saquen a todos de aquí, aunque sea de uno en uno.

—Lo intentarán —digo encogiéndome de hombros—. Pero, a falta de cargos, el director no tiene poder para apartarnos del todo.

Leonard se queda mirando el bosque que hay detrás del juzgado.

—Podría haber matado a Lisa sin problema.

Levanto mucho las cejas.

—¿Cómo?

Él me devuelve la mirada.

—Te protege con uñas y dientes, incluso ha matado para mantenerte a salvo. Sin embargo, Lisa la provoca una y otra vez y ella le escupe un chicle en el pelo —dice, con los labios temblorosos.

—Sigue teniendo los pies bien puestos en la tierra.

Se echa ligeramente hacia atrás y vuelve a adoptar una mirada pensativa.

—Así que el regreso de Dev Thomas motivó la muerte del juez Thomas. ¿Por qué cargarse a dos a la vez? Es arriesgado. ¿Qué era tan importante en el caso de Murdock como para que tuviera que morir también esta noche?

Antes de que pueda responder, Hadley se nos acerca y nos mira fijamente.

—Tomad.

Nos entrega una carpeta manchada de sangre y yo ladeo la cabeza mientras me vuelvo a poner los guantes.

La abro y echo un vistazo a los archivos. Tardo un segundo en darme cuenta de lo que estoy viendo.

—Ese es el historial médico de la hija de ocho años de Murdock. Se ha roto la muñeca dos veces y ya no puede practicar deporte porque ahora la tiene muy debilitada. A lo largo de los años también se ha roto otros huesos, incluidas las costillas en múltiples ocasiones. Apostaría a que el historial de su mujer es treinta veces peor. No está aquí, pero seguro que puedo conseguírtelo —afirma Hadley con rotundidad.

—¿Por qué tienes el historial de su hija? —pregunta Leonard, mientras lo mira conmigo.

—Porque alguien quería que lo vierais —dice Hadley, sin dar más detalles.

Cierro el expediente, suelto un suspiro y se lo entrego a Leonard.

Lo lee rápidamente mientras Hadley se aleja con una sonrisa de satisfacción en los labios.

—¿Le pegaba a su hija? —suelta Leonard, con una nota de irritación en su tono.

—¿Qué te apuestas a que el resto de ayudantes y hasta el mismo *sheriff* lo sabían? —pregunto retóricamente.

—Tenemos que hablar con la viuda de Murdock antes de que lo haga el *sheriff* —digo en voz baja cuando dos agentes salen y nos miran al pasar.

—¿Qué dice Collins sobre todo esto? —me pregunta Leonard mientras le envío un mensaje rápido a Hadley para contarle lo que vamos a hacer y pedirle que mantenga el secreto.

—Collins dice que seguimos necesitando pruebas físicas. Johnson respaldó al *sheriff* cuando uno de sus ayudantes intentó matarme alegando que se trataba de un policía corrupto. Ahora mismo no le queda más remedio que jugar a la política, ya que ni la subcomisión ni el Senado se han reunido para tratar las acciones de Johnson y el director.

Me sigue hasta el SUV, ambos procurando no llamar la atención de la policía local.

—Me incorporé a esta unidad porque pensé que nunca se mezclaría la política con los asesinos en serie —comenta Leonard con ironía.

—Estoy seguro de que tampoco pensabas que un caso te afectaría tanto —le señalo.

Él resopla con desdén mientras arranco el coche.

—Apuesto a que nunca pensaste que te enamorarías de una asesina en serie.

Hago una mueca y él sacude la cabeza.

—Tienes razón. Lo siento. Es demasiado pronto. Todavía estoy intentando asimilar todo esto y se me escapan bromas de mal gusto.

—Vamos a hacerle una visita a la viuda de Murdock —refunfuño.

CAPÍTULO 6

LANA

La memoria engaña porque está teñida
de los acontecimientos del hoy.

—ALBERT EINSTEIN

Tengo la mirada fija en Cheyenne Murdock mientras abraza a Alyssa, su hija. Alyssa llora, pero Cheyenne parece haber rejuvenecido diez años cuando cierra los ojos y exhala con alivio.

O tal vez solo estoy viendo lo que quiero ver, por si acaso me quedara dentro una pizca de culpa por haber matado a un padre. Un padre y marido maltratador.

Llevo el pelo húmedo porque no me lo he secado antes de salir. Supe lo que iba a pasar en cuanto encontraron los cadáveres.

Miro por la ventana, esperando a que algo suceda. Seguro que alguien intentará silenciarla, y ella tiene algo que Logan necesita.

Murdock era un malnacido, pero también era inteligente. Sabía que no tenía sentido quemar todas las pruebas físicas, como se le había ordenado. También sabía que lo más prudente era guardarlas y mantenerlas a buen recaudo por si el *sheriff* decidía volverse contra él como lo había hecho con mi padre.

Mi padre se ha convertido en un ejemplo de que no conviene enemistarse con Cannon.

Yo voy a convertir este pueblo en un ejemplo de lo que pasa cuando destruyes a una familia como la mía.

Pero para infundir miedo, debo mostrar misericordia. Misericordia por los que fueron víctimas también. Misericordia por los que están cansados de ser débiles y permanecer callados.

Vendrán a por ella. Sin duda, Murdock se habrá jactado en algún momento de su gran colección de pruebas. Es posible que su esposa no esté al tanto de su existencia, pero algunos de los otros ayudantes del *sheriff*, si no todos, sí lo están.

Como para confirmar mis sospechas, veo unos faros a lo lejos; el coche se detiene y las luces se apagan al final de la calle.

Me siento en mi atalaya en el árbol detrás de la casa, oculta entre las sombras de la noche.

Parece que me tocará ducharme dos veces hoy.

Mientras las dos siluetas avanzan hacia la casa, yo salto del árbol y entro sigilosamente por la puerta trasera sin cerrar.

—Tu baño está listo —oigo que Cheyenne le dice a su hija cuando me detengo en la cocina, examinando las ventanas tapadas por las persianas. Solo se veía el interior desde la parte trasera. Los hombres están acercándose por delante, pero tengo que prepararme para el que va a entrar por detrás.

—Vale —dice la niña con voz débil, y yo ignoro el pellizco que siento en el corazón, diciéndome a mí misma que he hecho lo correcto.

En cuanto la niña sube las escaleras, entro en la sala de estar. Busco un lugar en el que no puedan verme desde atrás y observo la espalda de Cheyenne mientras levanta una foto de su difunto marido.

Una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios.

—Púdrete en el infierno, cerdo cabrón. A ver si el diablo te deja ponerle las manos encima o te da a probar de tu propia medicina.

Mi boca forma una sonrisa siniestra.

—Estoy segura de que el diablo se lo pasará bomba jugando con Greg —digo arrastrando las palabras.

Ella se tambalea, con los ojos muy abiertos y aterrados mientras gira la cabeza para mirarme.

—¿Quién eres?

—Alguien que está a punto de salvarte la vida. Vienen dos hombres a por ti. Uno entrará por delante y otro por detrás —digo, manteniendo la voz baja—. Saben que Murdock tenía pruebas guardadas.

Ella palidece y yo asiento.

—Ya te he salvado una vez esta noche, esta será la segunda. Me debes una, Cheyenne.

Le tiemblan los labios, pero, antes de que pueda hablar, alguien derriba la puerta delantera de una patada y ella grita al ver que la apuntan con el cañón de una pistola. El extremo tiene un silenciador, porque estos tipos han venido a matar, no a perder el tiempo.

Atravieso la habitación a toda velocidad antes de que se produzca el primer disparo y le agarro la muñeca al hombre para retorcérsela hacia atrás. No conozco a este tipo. Supongo que el *sheriff* le ha encargado este trabajo a alguien externo para que no lo salpique.

Él grita cuando le estampo el talón de la mano en la nariz. La sangre salpica y yo giro sobre mí misma desarmándolo en el proceso. Justo cuando agarro la navaja que llevo en el costado, oigo un clic detrás de mí.

—¿Quién carajo eres tú? —pregunta una voz masculina.

Todos quieren saber mi nombre. Ni que fuera yo Rumpelstiltskin.

Una vez más, es alguien a quien no conozco. Veo una imagen borrosa de él en el reflejo del cristal del cuadro que hay en la pared.

El tipo con el que me estaba peleando me mira con desprecio mientras se sujeta la nariz rota.

—¿Qué más da? Mata a esa zorra —gruñe el que está sangrando.

—Mi nombre poco importa ya, pero hubo un tiempo en que la gente me llamaba Victoria Evans.

Puede que yo no los conozca, pero, a juzgar por el sonido de sus respiraciones y la sorpresa en los ojos del que sangra, ellos sí me conocen a mí.

—Por si acaso no os habéis enterado..., no soy fácil de matar.

Giro justo cuando dispara, y el sonido amortiguado me ahorra el susto. Siento el calor de la bala al rozarme la mejilla, lo que me provoca un ligero ardor. Con un movimiento rápido, clavo la navaja en la garganta del hombre que tengo detrás, le arrebató el arma y disparo dos veces sin tener que mirar.

Oigo un grito de dolor detrás de mí, consciente de que el tipo del principio está ahora tirado en el suelo y el que tengo delante se ahoga en su propia sangre. La navaja sigue clavada en su garganta como una horripilante obra de arte.

Cuando por fin giro la cabeza mientras saco de un tirón la navaja, veo que las dos balas han impactado directamente en el pecho del

otro hombre.

Haría como que me sacudo el polvo de los hombros, pero creo que resultaría un poco presuntuoso.

—¿Los conoces? —le pregunto a Cheyenne, que se aferra a la esquina en la que se esconde y tiembla violentamente.

—Sí —dice con voz rasposa y labios trémulos—. Son los hermanos Durham —añade un poco más segura, intentando mantenerse en pie a pesar de tener las piernas como un flan—. Juegan al póker con el *sheriff* y... en ocasiones se encargan de los asuntos en los que no quiere que intervengan sus ayudantes.

—Supongo que llegaron después de irme yo —deduzco mientras los veo agonizar.

Hicieron bien en no llamar mi atención mientras estuve en el pueblo. En serio, qué poco me gustan las sorpresas.

—Sí —dice, otra vez con la voz temblorosa—. ¿Eres...? ¿De verdad eres Victoria?

Su tono es respetuoso, apagado y algo temeroso. Miro a mi alrededor y, cuando veo el reguero de sangre, pienso en Alyssa y espero que no baje.

—¿Tu hija está bien? —pregunto en lugar de responder, mirando a Cheyenne por encima del hombro.

Ella asiente tímidamente.

—¿Alyssa? —la llama.

Como la niña no responde, la madre pasa corriendo a mi lado y sube las escaleras a toda velocidad. Estoy cubierta de sangre y doy el mismo miedo que Jason Voorhees, así que me quedo abajo, a la escucha, decidida a ahorrarle a la niña más de una pesadilla innecesaria.

Al cabo de unos instantes, Cheyenne vuelve a bajar, con los hombros más relajados.

—Le gusta meter la cabeza debajo del agua cuando se baña. No ha oído nada. —Se queda mirándome fijamente, y luego observa a los hombres que tengo a los pies—. ¿Has sido tú, verdad? La que ha estado asesinando a todos los hombres que participaron... en aquello.

Se traga el nudo que tiene en la garganta y yo ladeo la cabeza.

—¿La que ha matado a Greg? —continúa ella con la voz entrecortada.

—La que ha matado a un pederasta, asesino, sádico y violento, así, a grandes rasgos —corrijo, y me quedo observándola con curiosidad.

Se pasa una mano por el pelo, evitando volver a bajar la mirada hacia la carnicería que tiene montada en el salón.

—Pensaba que todo era una horrible leyenda urbana, algo inventado para que el *sheriff* y Kyle parecieran aún más intocables. Llegué al pueblo cuando tú ya te habías ido y apenas oí rumores al respecto. Entonces, una noche, Greg se emborrachó. Fue la primera vez que me pegó. Siempre me interponía entre él y mi hija, pero no podía marcharme. No me dejaba, me decía que el *sheriff* le ayudaría a darme caza, que me mataría y se llevaría a Alyssa.

Contiene un sollozo y niega con la cabeza.

—Quería verlo muerto. Incluso acudí al *sheriff* con la esperanza de que las amenazas de Greg acerca de que Cannon ayudaría a ese cabrón maltratador fueran solo un farol. Pero no lo eran. El *sheriff* escuchó todo lo que tenía que decir y luego llamó a Greg delante de mis narices. Mi castigo fue acabar con la mandíbula rota. Fue entonces cuando me dijo que tenía todas las pruebas necesarias para mantener al *sheriff* a raya, y que la próxima vez que intentara huir o pedir ayuda, me cortaría el cuello delante de nuestra hija.

Ahora mismo desearía haberme encargado antes de Greg.

Para mi sorpresa, su mujer sí que está al tanto de lo de las pruebas, después de todo.

—Tiene una caja fuerte. Nunca he visto lo que hay dentro, pero sé que guarda la combinación en sus zapatos favoritos. Siempre ha tenido muy mala memoria con los números, así que tuvo que anotarla. Voy a por ella.

Me pongo delante de ella y retrocede.

—Guárdatela para los federales. Más concretamente, para el agente especial Bennett. No se la des a Johnson.

Otras luces llaman mi atención y miro por la ventana. Suelto un suspiro cuando veo un SUV parado junto al coche aparcado al final

de la calle. Logan camina por delante de los faros y siento un vuelco en el estómago. ¡Mierda!

Cojo el móvil y maldigo al comprobar que tengo un mensaje que no era consciente de haber recibido.

HADLEY: Logan va a la casa de la viuda.

La del agente del condado, me refiero.

No la del juez.

Obviamente, Jake le ha dado el número de mi móvil desechable.

Guardo el teléfono, y, cuando me vuelvo, veo que Cheyenne está pálida y temblando.

—¿Quiénes son?

—Los tipos buenos. Es a ellos a los que tienes que darles las pruebas.

—Pero te veo asustada. ¿Por qué te asustas si son los buenos? —me pregunta.

Señalo mi aspecto ensangrentado y luego a los muertos que yacen en el suelo. Ella no tiene ni una gota de sangre.

—Yo no soy la buena —le recuerdo, y ella exhala como si fuera un alivio oírlo.

Vaya cuadro de pueblo...

Cojo un trozo de papel de la mesa y garabateo una dirección lo más rápido que puedo para intentar salir de aquí antes de que Logan llegue a la casa.

—Que te acompañe hasta que hayáis salido del pueblo. Dile que nunca me has visto, que solo sabías que estaba aquí porque oíste el alboroto. Tú estuviste en el baño con tu hija todo el tiempo, ¿de acuerdo? —le digo, procurando no tocarla con las manos manchadas de sangre.

Ella asiente con la cabeza, tragando saliva con nerviosismo.

Le doy el trozo de papel.

—No puedes ir a ningún sitio donde tengas familiares o amigos. Te rastrearán. Deja tu móvil. Ve a esta dirección. Es mi casa de Connecticut, allí vive una mujer llamada Olivia. Ella te dará los fondos necesarios para comprar lo que os haga falta.

Se le llenan los ojos de lágrimas mientras lee la nota.

—¿Por qué haces esto por mí?

La miro a los ojos cuando levanta la cabeza.

—Lo hago más por tu hija que por ti. A este pueblo le da igual que sea una cría. Esta noche no solo tenían planeado matarte a ti, sino a ella también. Que no se te olvide. Y las pruebas seguramente no estén en un lugar tan obvio como una caja fuerte. Piensa en algún lugar al que acudiera a diario. Ha debido de estar paranoico y se habrá asegurado constantemente de que seguían allí, pero con la suficiente discreción como para no hacerlo delante de ti.

Vuelvo a asomarme por la ventana y suelto una palabrota mientras cierro la cortina cuando veo que el SUV se dirige hacia aquí.

Ella parece absorta en sus pensamientos, pero de repente abre mucho los ojos.

—Ya sé dónde están.

—Bien. Que te acompañe hasta allí, cógelas y luego vete. Asegúrate de que te escolte hasta que os hayáis ido del pueblo, por si acaso el *sheriff* se da cuenta de que os marcháis. Y no dejes de conducir a menos que sea absolutamente necesario, para repostar o lo que sea.

Ella asiente enérgicamente, apretando el papel como si le fuera la vida en ello. La puerta principal sigue abierta desde que la echaron abajo, así que no pierdo tiempo y corro hacia la parte de atrás cuando oigo unos pasos que se acercan.

Pero justo cuando estoy llegando a la puerta trasera, veo un destello de cabello rubio a través de la ventana. Tiene la cabeza gacha, así que no ve que me detengo con un frenazo digno de un dibujo animado. Maldiciendo en mi fuero interno, doy media vuelta y me meto en el armario de los trastos mientras me cago en todo por ser tan imprudente.

«Por favor, que no haya rastros de sangre. Por favor, que no haya rastros de sangre».

Debería haber sabido que no vendría solo. Justo cuando cierro la puerta sin hacer ruido, oigo que alguien abre la de atrás sin llamar.

No veo nada, solo escucho.

—Logan, aquí tenemos cadáveres —anuncia la voz de Leonard.

Logan no responde. Siento un nudo en el estómago cuando veo su sombra cortando el haz de luz que entra por debajo de la puerta. Este armario es tan poco profundo que, como abra la puerta, me ve seguro.

El pomo empieza a girar y yo contengo la respiración a la espera de lo inevitable. Lo tenía todo planeado, salvo por él... Y las cosas no hacen más que complicarse. ¿Qué hará si me encuentra? ¿Me disparará? ¿Me arrestará? ¿Me hará daño? ¿Me odiará aún más?

No tengo que averiguarlo ahora mismo, porque al parecer cambia de idea y deja la puerta cerrada mientras el sonido de sus pasos se aleja de mí. Exhalo el doloroso suspiro que llevo un rato conteniendo y escucho su conversación con Cheyenne.

Ella les cuenta la historia que improvisé sobre la marcha, y oigo la voz de la niña, que la llama desde arriba.

—Quédate ahí, cariño —dice Cheyenne con la voz rota—. Tenemos visita.

Se vuelve hacia ellos y les dice:

—Ahora mismo vengo.

Mientras tanto, yo intento pensar alguna forma mágica de salir del maldito armario sin que me vean.

—Tiene razón. Hay que sacarla de este pueblo —le dice Leonard a Logan.

—No podemos dejar que nadie se entere de lo que estamos haciendo, porque va en contra del reglamento.

Ambos se quedan en silencio durante un momento.

—Sabía que vendrían a por ella —dice Logan en voz baja.

—Ya, y si no hubiera sido por ella, ahora mismo habría dos cadáveres diferentes a nuestros pies —dice Leonard, como si me estuviera defendiendo.

¿Significa que está de mi parte?

Me toco la mejilla y, al pasar los dedos por la piel que ha rozado la bala, noto que me arde. Me va a quedar cicatriz. Capullo de mierda.

Debería haberlo apuñalado con más ganas y alargado su sufrimiento. Lo habría hecho de no ser porque en cualquier

momento podía entrar la niña y presenciar el horror.

—Averigua quiénes son estos dos. Estoy seguro de que están relacionados con el *sheriff* de alguna manera.

—¿Pero por qué venir a por la viuda? —pregunta Leonard.

—Porque tengo algo que necesitan —les dice Cheyenne, al parecer sorprendiéndoles con su regreso—. Mi hija está haciendo una mochila y se está vistiendo. Mi marido bajaba al sótano con frecuencia, y yo nunca le di importancia. Solía bajar solo unos minutos. Hay una tabla suelta en el suelo, y hasta hoy jamás me había preguntado por qué no la arreglaba.

Escucho que los pasos desaparecen en el sótano y, con mucha cautela, intento oír si queda alguien arriba. Lo lógico sería que sí, porque la niña podría bajar y encontrarse la carnicería que he dejado.

—Lleva a la niña al coche, pero que no vea nada —oigo decir a Logan mientras vuelve a subir las escaleras—. Y llévate esto.

Siento como si hiciera una eternidad que estoy metida en este armario.

—¿Adónde vas tú? —pregunta Leonard.

—Contigo. Vamos. Es posible que lleguen más si el *sheriff* no recibe noticias tuyas.

Suspiro aliviada cuando oigo el ruido de sus pasos al marcharse. En cuanto se cierra la puerta principal (a duras penas, ya que está rota), me asomo por una rendija.

Cuando compruebo que no hay nadie, corro hacia la puerta trasera y, con pasos ligeros, dejo atrás por fin la puñetera casa.

Oigo el sonido de puertas que se abren y se cierran mientras me adentro en el bosque, maldiciendo las hojas que crujen bajo mis pies y el frío que me besa la piel y el pelo cubiertos de sangre.

Mi retirada no es demasiado silenciosa, pero están tan concentrados en sacarla de aquí que dudo que se den cuenta. Por fin encuentro el camino que abrí antes, con las hojas demasiado dañadas y rotas como para hacer ruido al pisarlas, y acelero el paso. Si voy directamente a mi casa, dejaré un rastro de sangre.

Echo un vistazo a los alrededores y me despojo de la sudadera con capucha que llevo puesta. Luego me quito las botas y decido

quedarme solo con los calcetines. Con la misma rapidez, me desprendo de los pantalones que llevo sobre los *leggings* y saco una bolsa del bolsillo trasero. La desdoble y meto dentro toda la ropa ensangrentada. Las mallas me dan frío por la noche, a lo que se suma el escalofrío que me recorre la espalda.

Miro a mi alrededor, pero todo está tranquilo. No hay ningún movimiento.

¿Por qué siento que me están observando?

Termino de cerrar la bolsa y compruebo que no gotee sangre. Tras echar un último vistazo desconfiado, me doy la vuelta y empiezo a correr en calcetines hacia la casa, ignorando las ramitas y las bellotas que intentan entorpecer mi paso.

Hace tiempo que aprendí a ignorar el dolor.

Vuelvo a girarme, pero no oigo ni veo nada.

Entonces, como en todas las putas películas de terror que he visto, un escalofrío me recorre la espalda y sé con certeza que tengo a alguien justo detrás.

Dejo caer la bolsa y me giro con el codo levantado para golpear en la cara a quien sea, pero una mano lo sujeta y me quedo sin aliento cuando una segunda mano me agarra el otro. Con un movimiento fluido, me empujan contra un árbol y un cuerpo duro se aprieta contra el mío.

Lo único que detiene mi reacción letal son esos familiares ojos azules que se clavan directamente en los míos.

Me duele respirar mientras lucho por recuperar el aire que se me escapa. No es porque me esté haciendo daño, sino simplemente porque solo con verlo me duele.

Me atraviesa con una mirada implacable. No deja de sujetarme con fuerza, aunque ambos sabemos que podría escapar si quisiera. El problema es hacerlo sin hacerle daño.

—No voy a dejar que me arrestes —digo en voz baja.

—¿Harás lo que sea necesario para seguir en libertad?

—pregunta, con una voz menos dura que su mirada. Recorre con los ojos mi rostro, observándome con atención.

—No —susurro con voz ronca—. No haré lo que sea necesario, pero tampoco me dejaré arrestar.

Deja la mirada fija en mis labios.

—Podrías escapar sin problemas ahora mismo, ¿verdad?

Levanta la vista y me mira fijamente a los ojos.

No digo nada. No hace falta.

No necesita oír las palabras en voz alta, y yo no estoy del todo preparada para confesarle todo lo que soy capaz de hacer.

No afloja su agarre, pero tampoco me aprieta más.

—Leonard está escoltando a Cheyenne y Alyssa hasta que salgan del pueblo, pero estoy seguro de que eso ya lo sabes porque estabas escondida en el armario.

Contengo el aliento y él aprieta los labios.

—Llevas tanto tiempo siendo la cazadora que seguramente has olvidado lo que se siente al ser la presa. Pero te he estado buscando por todas partes, Lana. Y soy mucho mejor de lo que crees.

Empiezo a moverme, pero en lugar de sujetarme con más fuerza, me suelta y me acaricia la cara con la mano mientras me mira fijamente a los ojos.

—No tenía ni idea de que eras Victoria cuando la cagué. Jamás habría...

—¿Acaso importa? —pregunto con amargura, rezando para que no se me escape ninguna puñetera lágrima a pesar de que ya se me están acumulando en los ojos y se me nubla la vista—. Yo sigo siendo el monstruo retorcido que habita en la noche, mientras que tú eres el héroe honesto que ilumina los días.

A pesar de ver borroso, noto que su expresión se suaviza.

—No te habría follado ni te habría desnudado en mi cama si lo hubiera sabido. Así que sí, importa y mucho. Pensaba que sufrías de un trastorno obsesivo que te hacía matar en nombre de Victoria. Pero que tú seas Victoria cambia por completo las cosas, porque los asesinos que actúan en nombre de otro sufren brotes psicóticos y son muy inestables. En mi mente, Jacob Denver te estaba manipulando y me estabas utilizando como peón.

El corazón me retumba tan fuerte en el pecho que hasta me pregunto si él también puede sentirlo.

—Jake no puede ni intentaría manipularme jamás. Y en lo que a ti respecta, *nunca* te pedí información sobre ningún caso. Tú viniste a

mí. Y...

Por lo general, como todo el mundo sabe, odio las sorpresas. Sin embargo, el corazón me late a un nuevo ritmo cuando Logan me sorprende al unir sus labios con los míos.

Al principio intento apartarlo sin mucha fuerza, pero las lágrimas comienzan a caer cuando él me besa con más intensidad y sus manos pasan de sujetarme a buscarme con ansia mientras me atrae hacia su cuerpo. Le rodeo el cuello con los brazos y me entrego al beso, con lágrimas resbalando por mis mejillas.

Él me levanta para darme un beso que casi me consume, y vierto todas las emociones acumuladas en él, volviéndolo poderoso y destructivo al mismo tiempo.

Enrosco mis piernas alrededor de su cintura y él me empuja de nuevo contra el árbol mientras me devora, saboreando cada lametón de mi lengua contra la suya. No sé si es rabia o lujuria, pero sé que ahora mismo no puedo detenerme.

Aunque sé que debería hacerlo.

Algo cruje cerca de nosotros y ambos interrumpimos el beso, con la mirada fija en un zorro que pasa corriendo. Mi respiración se vuelve entrecortada cuando vuelvo a mirar a Logan y veo en sus ojos una ternura que brillaba por su ausencia la última vez que estuvimos en una situación tan íntima.

—Nunca te habría hecho daño de esa manera si lo hubiera sabido —dice en voz baja.

Trago con dificultad.

—No me hiciste daño físico. Y en cuanto al sexo, podría haberlo frenado. Sabía que te habías enterado. Sabía lo que estaba pasando. Te quería tanto que acepté tu enfado porque sabía que me lo merecía.

Él gruñe con la frente sobre la mía.

—No te lo merecías. Por primera vez en mi vida, no tenía ni idea de qué hacer, Lana —susurra con una sinceridad tan desgarradora que me atraviesa el corazón.

Una parte de mí quiere corromperlo, obligarlo a comprender que lo que estoy haciendo es una versión retorcida de lo correcto, a pesar de la tortura y la carnicería que todavía tengo previsto

perpetrar. Pero hacerlo supondría robarle el alma y condenarla a unirse a la mía.

Saber que no se lo ha contado a los demás y me está protegiendo ahora mismo es más de lo que jamás habría esperado. Pero seguir conmigo sería condenarlo irrevocablemente al mismo destino que me espera a mí.

—Te quiero —susurro con la voz rota, pero soy incapaz de apartarlo todavía.

—Te quiero —responde, y mi corazón se derrite por completo mientras empiezo a llorar de nuevo—. Por eso te suplico que acabes con esto ahora mismo y te vengas conmigo —añade con voz entrecortada.

No tiene ni idea de lo que una oferta como esa significa para alguien como yo. ¿Marcharme? ¿Dejarlo ahora? ¿Alejarse con él como premio?

Es muy tentador, y si no fuera porque el *sheriff* y sus ayudantes siguen vivos y proyectando su sombra sobre todo el mundo..., lo haría. Renunciaría a la venganza. Pero no puedo abandonar a todos los inocentes que siguen sufriendo.

Gente como Cheyenne y su hija, que habrían muerto a manos de un hombre que se supone que debe velar por ellas, y todo para ocultar sus secretos más oscuros.

—Tenemos pruebas suficientes para encerrarlo —dice Logan, como si me leyera el pensamiento.

Sin embargo, él cree en el sistema judicial. No entiende que un hombre como Cannon solo puede morir *después* de estar enterrado. Solo entonces alguien se interesará por las pruebas. Él se dedica a llenarles los bolsillos a muchos peces gordos.

Como el director McEvoy.

Como el agente especial Johnson.

Como el puto gobernador.

—No tomes una decisión ahora mismo. Por el momento, quédate conmigo y por esta noche olvidemos que el resto del mundo existe —agrega mientras vuelve a rozar sus labios contra los míos.

—¿Y qué pasa con el caso? —pregunto como una idiota.

El caso está resuelto. Tiene a la asesina entre sus brazos.

Él sonríe como si estuviera pensando lo mismo.

—Pueden prescindir de mí una noche. Leonard me cubrirá.

Ya he matado a cuatro personas en veinticuatro horas. Supongo que puedo fingir, aunque sea por unas horas, que el mundo que nos rodea no se está derrumbando.

—No es una estratagema para averiguar dónde estás instalada. Podría hacerlo simplemente siguiendo a Hadley —aclara, besándome de nuevo en los labios.

Es patético, pero en ningún momento he dudado de sus intenciones.

—Lo sé —digo con un suspiro. Porque Logan Bennett consigue hacerme olvidar que no soy intocable.

Desde el principio ha sido un juego peligroso.

Ahora tengo que evitar arrastrarlo conmigo al infierno.

CAPÍTULO 7

LANA

Más vale un diamante con un defecto
que una piedra sin él.

—CONFUCIO

A Jake casi se le salen los ojos de las órbitas cuando me ve entrando con Logan. Este me rodea la cintura con el brazo, como si Jake estuviera a punto de hacer alguna tontería y él fuera a protegerme.

Entrelazo mis dedos con los de Logan mientras Jake sigue mirándome boquiabierto.

—¿Estamos detenidos? —pregunta Jake, tan confundido que resulta hasta cómico.

Logan resopla y yo me apoyo en él.

—Esto es terreno neutral. No se habla de matar a nadie ni de detenciones —dice Logan al fin—. Por el momento, queda vetado el tema del pueblo o de lo que pasa en él.

Jake nos mira, todavía con las cejas levantadas y el portátil en el regazo. Las pantallas repartidas por la sala muestran el pueblo desde distintos ángulos, y Logan las mira una por una.

—Esto explica muchas cosas —dice Logan con un largo suspiro—. Tenéis todo el pueblo vigilado y, aun así, no he visto ni una sola cámara.

—Pensé que no íbamos a hablar del caso —dice Jake con recelo.

Logan se pellizca la nariz y yo contengo una sonrisa triste. Está enamorado de su trabajo y es curioso por naturaleza. Ahora mismo está librando la batalla definitiva entre el bien y el mal; un conflicto al que hace mucho tiempo que no me enfrento.

El sufrimiento que veo en sus ojos es culpa mía.

—Es tecnología de la NSA que Jake robó hace unos años y a partir de la cual creó sus propias versiones —explico.

Jake tiene pinta de estar a punto de caerse del sofá, y yo me encojo de hombros para restarle importancia.

—Las cámaras cubren las principales zonas del pueblo, y nosotros observamos cada movimiento del *sheriff*. También vigilamos de cerca a los ayudantes. Así es como supe que Hollis iba a por ti.

No lo miro mientras pronuncio las palabras con la mayor indiferencia posible. Pero, por desgracia, la voz me falla y me traiciona en la última frase.

Logan me agarra con fuerza por la cintura y me estrecha entre sus brazos. Me empapo de su aroma; cierro los ojos y lo absorbo todo mientras puedo.

Él no sabe lo que está por venir porque no tiene acceso a todas las conversaciones como nosotros.

—¿Entonces aquí estás a salvo? —pregunta Logan, con una conmovedora preocupación que se mezcla con un suspiro de derrota. Él sabe qué camino voy a elegir, aunque la opción que él propone suene mejor.

—No se trata solo de mí —digo, levantando la vista desde su pecho mientras él mira hacia abajo.

Respira de forma regular, pero noto que le cuesta.

—Al igual que no se trata solo de ti —añado, agarrándome a la parte delantera de su camisa—. Eres bueno. Eso no te lo voy a negar.

Comienza a hablar cuando, de repente, se abre la puerta principal y me giro justo a tiempo de ver a Hadley entrar a trompicones, con los ojos muy abiertos y fijos en Logan.

Abre y cierra la boca varias veces antes de quedarse finalmente callada. Entonces vuelve a abrirla para decir:

—¿Qué está pasando aquí?

—Lo mismo me pregunto yo —dice Jake, sin moverse de su sitio en el sofá.

Logan se queja y yo le tiro de la mano.

—Nos vamos al dormitorio a pasar la noche libre.

—¿Cuatro muertos es tu idea de noche libre? —pregunta Hadley con tono seco.

Me estremezco, pero Logan no se inmuta mientras me sigue a la habitación.

Oigo susurros en la sala de estar cuando Jake y Hadley entran un poco en pánico, pero cierro la puerta y me apoyo en ella mientras observo al hombre que está en mi dormitorio temporal.

Él recorre con la mirada los estampados florales que cubren todas las superficies y me mira con una ceja levantada.

—Los dueños solo vienen en verano y navidades. —Por si acaso le da por buscar sus cadáveres o algo. No sé si se fía de que no esté matando a gente inocente.

Se sienta en la cama y entrelaza las manos. Cuando me miro al espejo, hago una mueca. Tengo la cara salpicada de sangre y el pelo apelmazado.

—Voy a la ducha —digo, incómoda.

Estoy bastante segura de que debería sentirme horrorizada, teniendo en cuenta que también tiene manchas de sangre en su camisa blanca.

El término «exnovia pirada» acaba de adquirir un nuevo significado.

Él no se opone ni dice nada cuando me voy, desbordado por todo lo que está pasando.

Me siento como el abogado del diablo que ha llevado a un santo al borde de un precipicio y lo anima a saltar.

Con pasos silenciosos, cojo la nota del cajón del pasillo... La nota que no sabía si iba a usar o no. El salón está en silencio, pero estoy segura de que Jake y Hadley están en la habitación del fondo, disfrutando de su intimidad.

En lugar de interrumpirlos, meto la nota en el bolso de Hadley, donde sé que estará a salvo hasta que quiera que la encuentren. Luego me voy al baño y empiezo a desnudarme.

Hace tiempo que dejé atrás ese sentimiento de autodesprecio, ahogado por las lágrimas y el dolor. Sin embargo, ahora vuelve con fuerza mientras me meto en la ducha y un nuevo torrente de lágrimas se niega a detenerse.

Me froto la sangre y observo cómo el color rojo cae por el desagüe por segunda vez esta noche. Apenas consigo mantener la

compostura cuando la cortina de la ducha se abre y doy un respingo, sobresaltada.

Logan entra completamente desnudo, con esa sonrisa característica en los labios mientras se acerca a mí. Por un momento, me pregunto si estoy soñando, hasta que me besa y enreda sus manos en mi pelo para levantarme la cara y así poder devorarme mejor.

Gimo en su boca cuando me levanta, deslizando las manos bajo mi culo mientras su cuerpo desnudo se vuelve más resbaladizo por el chorro de la ducha. Nuestra diferencia de altura es tan acusada que levantarme siempre le facilita besarme, pero también alinea nuestros cuerpos muchísimo mejor.

Nuestro beso se vuelve frenético, hambriento y desesperado. Ambos sabemos que esta noche podría ser la última vez que podamos amarnos. Tenemos muy poco tiempo antes de que se acabe y volvamos a estar en bandos opuestos.

Pero ¿esta? Esta sí que es la mejor forma de decirse adiós. No como la última vez.

Resbalo contra la pared en un intento por encontrar fricción, pero Logan es lo suficientemente fuerte como para mover mi cuerpo sin ayuda.

Me penetra con fuerza y yo grito, interrumpiendo el beso para evitar morderlo sin querer. Entierra la cara en el hueco de mi cuello mientras empieza a mover las caderas y me hace perder la cabeza con cada embestida precisa.

Clavo los dedos en sus hombros para agarrarme a él mientras resbalo hacia arriba y hacia abajo por la pared escurridiza. El agua nos salpica los costados cuando Logan me lleva hacia el fondo, con la cara aún pegada a mi piel mientras me besa, lame y muerde suavemente por todo el cuello.

Esa sensación de éxtasis que lo consume todo y se infiltra hasta lo más profundo de mis huesos comienza a desplegarse en mi interior, y lo abrazo más fuerte, rogando no hacerle daño mientras me muevo contra él, desesperada por caer por ese precipicio.

Las caderas comienzan a fallarle a medida que se acerca a la misma sensación intensa, y sus labios encuentran los míos cuando

grito, con todo el cuerpo temblando por la fuerza del orgasmo. Un ruido gutural se escapa de sus labios al quedarse quieto dentro de mí, tratando de mantenerme alzada mientras se le agota la fuerza y su cuerpo se relaja.

Las piernas se me resbalan perezosamente por sus costados mientras me deja en el suelo, y me tambaleo un poco cuando vuelvo a estar de pie sin su apoyo. Sus labios encuentran los míos para darme un beso suave y reverente mientras me arrastra de nuevo bajo el chorro de la ducha.

Pierdo la noción del tiempo, y no es hasta que el agua empieza a enfriarse cuando nos vemos obligados a poner fin a la ducha.

—No puedo dejarte ir —dice contra mis labios cuando cierra el grifo.

Nos miramos a los ojos cuando separo los labios y pierdo el contacto que me mantiene anclada a la realidad.

Pero entonces me abalanzo sobre él y vuelvo a besarlo de forma apasionada, profunda, hambrienta...

Y reprimo la avalancha de emociones que sin duda me destruirían si les diera rienda suelta.

«No puedo dejar que sigas aferrándote», respondo para mis adentros, porque no quiero arruinar nuestra noche con verdades desgarradoras.

CAPÍTULO 8

LOGAN

Presta tu oído a todos, pero la voz
solo a unos pocos.

—WILLIAM SHAKESPEARE

Lana está pegada a mí, con la cabeza apoyada en mi pecho, mientras le acaricio el pelo con los dedos. Son más de las tres de la madrugada y ninguno de los dos se ha planteado dormir.

Así que hemos pasado las últimas horas hablando de todo y de nada. La mayor parte del tiempo han sido cosas mundanas, cuando no estábamos abrazados y haciendo cosas menos comunicativas.

Tiene una pequeña herida en la mejilla por una bala que le pasó demasiado cerca, pero no le sangra. Debería servirle como recordatorio de que no es invencible, pero parece que prefiere las cicatrices que dejan las batallas que las que acarrea ser una víctima.

—¿Así que he estado todo ese tiempo preocupado porque Plemmons te tenía en el punto de mira mientras tú estabas enfadada conmigo por alejarlo de ti? —le pregunto, retomando la conversación que habíamos dejado.

Siento que sonrío contra mi pecho para luego recorrer con los dedos las líneas de mis abdominales.

—Estaba molesta, pero sobre todo me sentía cuidada. Si no lo hubiera querido muerto para evitar que te hiciera daño, habría valorado mucho más toda tu preocupación.

Me da un beso en el pecho y yo la atraigo hacia mí con la mirada fija en el techo, tratando de ordenar mis pensamientos. Tengo la cabeza hecha un lío. Dentro de mí hay un caos total.

Estoy replanteándome todo lo que siempre he defendido.

Nunca he estado de acuerdo con ser juez, jurado y verdugo. He luchado en favor de la legalidad y la verdadera justicia. Todo mi

mundo ha girado en torno a ese principio desde que me ofrecieron un puesto en el FBI.

—¿Dónde aprendiste a pelear así?

—No me has visto pelear —dice con un suspiro—. Nunca me pelearía contigo.

Me tiemblan los labios al mirarla. Ella levanta la vista al mismo tiempo.

—¿Comprobamos quién es mejor?

Ella reprime una sonrisa, esforzándose por mantener una expresión seria.

—Agente Bennett, creo que sería humillante para usted que le diera una paliza. Así que no se preocupe, me contendré si alguna vez se arma de valor.

Suelto una risa, pero el sonido me resulta triste. Su sonrisa es igual de sombría en la atmósfera tensa que nos rodea cuando vuelve a recostar la cabeza y continúa trazando círculos sin sentido.

—Ahora que todos tus peores secretos han salido a la luz, podrías hablarme un poco de tu pasado —susurro, y noto cómo se tensa a mi lado y deja de mover los dedos sobre mi pecho.

—Ya has oído todo lo que nos hicieron. ¿Acaso te hacen falta más detalles? —me pregunta con un susurro ronco.

Le levanto la cara y le acaricio la mejilla con la palma de la mano. Ella me mira a los ojos con la misma valentía con la que se enfrenta al resto del mundo, pero sé que en su interior se esconde una chica vulnerable a la que tiene que proteger después de soportar todo lo que le ha pasado.

—Me refería a tu pasado antes de que todo eso ocurriera. Algo que me hable de la chica que eras.

Ella desvía la mirada y suspira.

—La chica que era está muerta. Saber lo ingenua y frágil que era solo servirá para romperte el corazón ahora mismo porque me sustituirás por esa imagen. Durante todo este tiempo has conocido mi verdadero yo, Logan. Nada de lo que ha habido entre nosotros ni de mi comportamiento contigo era mentira. Solo alteré algunos fragmentos de mi pasado para mantener a salvo mi secreto.

Puedo sentir cómo se aleja de mí a pesar de que pega más su cuerpo al mío.

En lugar de dejar que se pierda en sus pensamientos, me giro y me tumbo encima de ella. Intenta besarme, pero yo me aparto y me acomodo entre sus piernas con los labios fuera de su alcance.

—Parte de la razón por la que hoy eres tan fuerte es esa chica. Fingir que nunca lo fuiste es un paso más hacia la desconexión con la realidad. Es una senda peligrosa.

Ella pone los ojos en blanco, pero me sorprende al ver una pequeña sonrisa en sus labios. Que jamás reaccione como espero es algo de lo que nunca me cansaré. Una de las principales razones por las que me enamoré tanto fue ese halo de misterio que la rodeaba constantemente.

A pesar de que las piezas del rompecabezas comienzan a encajar, sigo sintiéndome igual de intrigado y fascinado por ella.

—Hablas igual que Jake —dice al fin, mientras me pasa los dedos por el pelo y enreda sus piernas con las mías.

—Espero que esas conversaciones con él no las mantuvieras en esta posición.

Ella se ríe, de nuevo con los ojos en blanco, y termina suspirando.

—Jake solo es un amigo —afirma de inmediato.

—Eso ya lo has dicho.

Ella me dedica una sonrisa sincera, no forzada, como lo han sido todas las que ha esbozado esta noche. Por alguna razón, le gusta que me ponga celoso.

—Mis padres eran gente peculiar con intereses variados. Mi hermano siempre decía que tenían personalidades «eclécticas».

Me ha pillado tan por sorpresa que no sé muy bien cómo responder. Por suerte, no necesita que le diga nada para continuar con su historia.

—Les encantaba la música clásica y se quedaron con la espinita de que ninguno tuviera ni pizca de talento musical. Pero también les encantaban el rock duro y el jazz. Supuestamente, uno puede juzgar a alguien por sus gustos musicales, lo que explica que mi hermano les colgara la etiqueta de «personalidad ecléctica».

Su sonrisa se ensancha.

—Formaban un equipo increíble. Mi padre tenía un trabajo mal pagado como conserje, la verdadera razón por la que descubrí el pasado como limpiador del Hombre del Saco, y mi madre era forense. Para ser alguien que lidiaba con la muerte a diario, era una persona muy alegre, y para mí era algo normal estar rodeada de cadáveres, ya que a menudo me llevaba al trabajo con ella. Se turnaban para cocinar y limpiaban juntos. Ninguno era más importante que el otro.

Su mirada se vuelve distante, como si estuviera recordando algo, y yo la observo, incapaz de apartar los ojos de su cara. Nunca le había visto una expresión tan relajada.

—Bailaban —dice ella, con los ojos brillantes de nuevo cuando vuelve a encontrarse con mi mirada, y sonrío.

—¿Bailaban?

—Todas las noches, cuando nosotros ya nos habíamos ido a la cama, se quedaban en medio del salón, ponían una canción lenta y bailaban. —Se aclara la garganta cuando los ojos se le llenan de lágrimas—. Mi madre siempre apoyaba la cabeza en el pecho de mi padre, que la estrechaba entre sus brazos con los ojos cerrados mientras se balanceaban desacompañados. Mamá cantaba muy bien y solía hacerlo mientras bailaban.

Le seco una lágrima de la mejilla con el pulgar y ella se inclina hacia mi caricia.

—Me escapaba solo para verlos bailar. A veces papá me pillaba, pero, en lugar de regañarme, me invitaban a bailar con ellos. Lo mismo ocurría con Marcus. Hasta Jake acababa bailando con nosotros las noches que se quedaba a dormir. Era un momento tan perfecto que, al final, no podía sino acabar en tragedia. Las cosas buenas duran menos que las malas.

Ella exhala profundamente y me ofrece una sonrisa forzada, menos sincera.

—Estaban muy enamorados. Tuvo que ser genial crecer con ese ejemplo en casa —digo, intentando animarla a que continúe.

La chispa vuelve a apagarse cuando aflora una frialdad que me confunde.

—Cuando ves algo tan a menudo, acabas dándolo por sentado. En nuestra mente, Marcus y yo pensábamos que un amor así era normal, fácil de encontrar y espontáneo. En nuestra mente, enamorarte de alguien debía de ser la cosa más simple del mundo.

Presiona una mano en mi pecho, sobre el corazón, y mantiene la mirada fija en ese punto.

—No sabíamos lo complicado que podía ser el amor ni lo celosas que podían llegar a ser algunas personas.

—¿Celosas?

Levanta la mirada y separa la mano de mi corazón.

—Todo el mundo envidiaba lo que tenían mis padres. Mi padre era un humilde conserje, pero muy guapo. Mi madre era preciosa, y su sonrisa era capaz de salvar la vida incluso a los moribundos. Irradiaba pureza y calidez. Todo lo contrario que yo.

—Estoy convencido de que cierta niña que vive con Lindy Wheeler no estaría de acuerdo con eso —le recuerdo.

Su mirada se vuelve dura de nuevo, y decido que lo mejor es no decir nada. No sé cómo hablarle sin que se encierre aún más en sí misma.

—Lindy lo pasó mal. Sabe cómo consolar a los demás. La niña está en buenas manos. Me aseguré de ello. Una buena acción no me convierte en el ángel que ella dice que soy. Y tampoco es que me moleste. Pero no *quiero* ser un ángel. Era como mi madre, solo que un poco más impulsiva y siempre dispuesta a defenderme. Aparte de eso, era igual que ella. Veía la bondad en todo el mundo y sonreía incluso cuando alguien intentaba hundirme. Me creía muy fuerte y muy inteligente. El problema es que veía bondad donde ni siquiera existía.

—¿Como con Kyle? —pregunto, sin ocultar mi irritación. Solo de pensar que la tocó...

—Como con Kyle —repite con tono monótono y sin emoción—. Confiaba en él incluso cuando ya me había demostrado que era un capullo. Nunca vi la pura maldad que llevaba dentro hasta esa noche. Y mi hermano era igual de ingenuo. Caminamos derechitos hacia la trampa, desprevenidos y en desventaja, sin posibilidad

alguna de escapar. Y nunca lo vimos venir, porque ni siquiera se nos ocurrió que pudiera haber gente tan cruel.

Ella exhala, como si estuviera controlándose. No insisto ni digo nada, dejo que cuente la historia a su manera.

Pero si escucho los detalles de su boca, puede que acabe sumándome a la matanza. No creo que sea lo suficientemente fuerte como para verla desmoronarse y explicarme lo que hicieron sin que acabe matando a todos los involucrados.

—Aprendimos por las malas, y yo me despojé de aquella ingenuidad tan pronto como logré sobrevivir. Le hice una promesa a mi hermano, y pienso respetarla. Una promesa que él sabía que sería capaz de cumplir. Ahora solo veo la bondad cuando de verdad existe. Soy más inteligente. Ellos me hicieron más inteligente. También me convirtieron en lo que soy hoy: letal y despiadada. Me obligo a creer que había una razón para ello y, cada vez que salvo a alguien del mismo destino que yo sufrí, me siento un poco más cerca de Marcus.

Debo de estar mal de la cabeza porque, si me pidiera que me uniera a ella, lo haría sin dudarlo. Así que le agradezco que no lo haga porque ni siquiera sé cómo sentirme al respecto.

—Cuando las luces se apagan y suena la música, a veces me acuerdo de mi madre bailando con mi padre. Era muy pequeña. Tanto que no entendía lo importante que era atesorar todos esos recuerdos y empaparse de ellos. Pero los que conservo permanecen conmigo. Son esos recuerdos los que me mantuvieron con vida y me ayudaron a acallar algunas de mis pesadillas.

Le acaricio el labio con el pulgar mientras la miro atentamente.

—Vamos —digo antes de apartarme de ella y ponerme de pie.

Ella me mira como si hubiera perdido la cabeza hasta que enciendo el teléfono y la música comienza a sonar. Su mirada se ilumina casi al instante y sonrío cuando le tiro de la mano, instándola a que me acompañe.

Desnudos en mitad de la habitación, la pego a mí. Ella coloca la cabeza en mi pecho y yo le beso la coronilla mientras la abrazo lo más fuerte posible.

Y bailamos.

Bailamos varias canciones.

Hasta que de repente se me echa encima y me besa con ansia, como si no pudiera aguantar más y la noche estuviera a punto de acabar.

Y la hago mía una y otra vez, hasta que el sol empieza a brillar sobre nosotros y ambos estamos demasiado agotados como para intentar otra ronda.

Mientras ella se acomoda encima de mí, con los ojos cada vez más cerrados por el cansancio, le pregunto:

—¿Por qué Lana Myers? ¿Qué te llevó a elegir ese nombre?

Ella sonríe, luchando por mantener los ojos abiertos.

—Mi madre me contó que ella y mi padre siempre discutían sobre mi nombre antes de que naciera. Ambos estuvieron de acuerdo desde el principio con Marcus, pero con mi nombre no. Fue una de las pocas discusiones que tuvieron. Ella quería llamarme Victoria, por mi difunta abuela. A mi padre le encantaba el nombre de Lana; lo había oído durante un viaje con sus padres cuando era adolescente. Decía que sentía que yo iba a ser una Lana, y no una niña tan refinada como sugería el nombre de Victoria.

Ella se ríe entre dientes, desviando la mirada mientras vuelve a sumergirse en sus recuerdos.

—Mi madre contaba que, en cuanto nací, supo que había acertado. Pero mi padre insistía en que era él quien tenía razón, porque la definición de Lana encajaba perfectamente conmigo, aunque mi madre argumentaba que yo había heredado el temperamento de cualquier Victoria que hubiera existido jamás.

Ladeo la cabeza, queriendo entender la broma interna.

—¿Qué significa el nombre de Lana?

—Depende del país. Valiosa. Piedrecita. Rayo de luz. Pero mi padre decía que era el significado hawaiano el que más me representaba: a flote, tranquila como aguas en calma. Hizo falta una tormenta para encontrar esa serenidad.

Ella vuelve a mirarme a los ojos y yo sonrío, pensando en lo mucho que encaja con ella.

—Necesitaba un nombre que significara algo; necesitaba algo que me impidiera transformarme en otra persona. Era el único que tenía

—añade.

Le acaricio la nariz con el dedo y le doy un toquecito en la punta.

—Te queda perfecto. Pero ¿por qué Myers?

Una sonrisa sombría se apodera de sus labios.

—Mi padre también era un fanático de las películas de terror. De las de la vieja escuela. Decía que no tenía tiempo ni paciencia para guaperas y creídos que tenían problemas con mamaíta.

Me río inesperadamente y ella sonrío.

—Mamá siempre se burlaba de él diciendo que simplemente le gustaban los psicópatas aterradores y descarados con evidentes traumas maternos. Michael Myers era uno de sus favoritos.

Me río a carcajadas, negando con la cabeza. Ella levanta la mano y me acaricia el pelo con los dedos. Nuestras miradas se cruzan y un silencio tranquilo nos envuelve.

—¿Puedo preguntarte algo relacionado con el caso? —pregunto vacilante.

—Ya sabes todo lo que ha pasado —dice Lana con cautela—. No puedo contarte lo que falta.

—¿Sabes quién es el asesino original?

Entonces alguien llama a la puerta e interrumpe nuestra conversación.

—¿Sí? —grita Lana, con el cuerpo recostado sobre el mío.

—Siento interrumpir el reencuentro, pero se ha convocado una reunión de emergencia. Donny dice que tenemos que ir a las cabañas lo antes posible.

—Mierda —gruño, harto del día, y ni siquiera ha empezado.

Lana se aparta de mí con una elegancia natural, coge una bata y se la ata antes de que yo consiga levantarme de la cama. Se apoya contra la pared y se limita a observarme mientras me visto a toda prisa.

—Eres bueno, Logan —susurra Lana, llamando mi atención mientras se sienta en el borde de una cómoda—. Es lo que más me gusta de ti. Haz lo que creas que es mejor. No te preocupes por mí. Estaré bien.

Sabía cuál iba a ser su respuesta cuando le hice la pregunta anoche, pero escuchar la determinación en su tono es como un

mazazo en el estómago.

—Esto no es un adiós, Lana. Volveré esta noche. Tendremos que dormir, pero volveré.

Ella me sonríe, pero una vez más es un gesto forzado.

Vuelvo a encender el teléfono y dejo que se llene de mensajes que no tengo tiempo de leer. En lugar de desperdiciar estos últimos minutos, la beso y le hago saber que la sigo queriendo, incluso si decide terminar con esto.

Todavía me bullen en la cabeza mil argumentos contradictorios sobre por qué esto está bien o mal, pero me niego a renunciar a ella.

—Hasta luego —digo contra sus labios.

—Hasta luego —murmura ella en respuesta.

Hadley y yo nos vamos y nos dirigimos a su coche. Al ver lo despeinada que está, me doy cuenta de que... la casa solo tiene dos dormitorios.

—Pensaba que eras lesbiana —digo mientras ella trabaja en su ordenador portátil sentada en el asiento del copiloto del coche plateado que vete tú a saber de dónde ha sacado.

—Ya te dije que no. Siempre me han gustado tanto los chicos como las chicas... Pero ¿sabes qué? Tengamos esta conversación más tarde. Sea lo que sea lo que tiene preocupado a Donny, me da mala espina.

—Seguro que no es nada —contesto, restándole importancia.

Hasta que estamos a punto de llegar a las cabañas no me doy cuenta de que Lana no llegó a responderme a la pregunta que le hice sobre el asesino en serie original.

Sin embargo, su mirada me dijo que lo sabe.

CAPÍTULO 9

LANA

Hoy todo está bien; esa es nuestra ilusión.

—VOLTAIRE

—¿Le damos caña? —pregunta Jake cuando entro en la sala de estar. Llevo el pelo recogido, las botas militares puestas y una camiseta roja, que es el único toque de color en mi atuendo, por lo demás completamente negro.

—Empieza la cuenta atrás.

Saco los pinceles, me subo la capucha y cojo dos botes de pintura.

—Tú encárgate del este y yo me ocupo del oeste. Supongo que sabes de qué va esa reunión, ¿verdad? —pregunta Jake.

—Sí. Es lo que predijimos desde el principio. Johnson y el director están a punto de sabotear toda la investigación. Johnson tiene un objetivo, que resulta ser el hijo de Diana, a pesar de tener numerosas coartadas y de encontrarse a varios estados de distancia.

—Y de salir con una abogada prestigiosa que les hará pasar un infierno antes de que se les ocurra arrestarlo —añade Jake con una sonrisa burlona.

—Es un poco decepcionante lo predecibles que son todos. —Finjo un suspiro triste, pero él no sonrío como yo esperaba.

—Tengo mis reservas sobre la última parte del plan. Creo que deberíamos irnos y dejar que suceda lo que tenga que suceder en lugar de ponerte en peligro.

Lo miro con una ceja levantada, ignorando todas las emociones que me invaden y me oprimen el pecho. Hoy, Logan se irá. Esta noche, será libre y podrá olvidarme.

Seguirá con su vida y, con el tiempo, acabará viendo esto como una mancha en una trayectoria hasta ahora impecable.

—Si nos desviamos ahora, lo único que estaré poniendo en peligro es su supervivencia, Jake. Ten un poco de fe. Soy mejor que ellos. Ni siquiera me han puesto la mano encima.

Aprieta los labios y su mirada se posa en la herida de bala que tengo en la mejilla cubierta con una gasa, pero no protesta mientras cargamos la pintura en nuestros respectivos vehículos.

—No pierdas más el tiempo. Tenemos todo un pueblo al que aterrorizar —le digo cuando sé que está a punto de insistir en el tema.

Le preocupa que no sobreviva.

En cambio, yo veo un futuro demasiado vacío como para importarme salir viva.

CAPÍTULO 10

LOGAN

El camino hacia la perdición siempre ha ido acompañado de palabras vacías sobre un ideal.

—ALBERT EINSTEIN

—Tienes que estar de coña —espeto, lanzándole una mirada fulminante a Johnson mientras saca pecho y se pavonea como un puto gorila a punto de destrozarlo todo.

—Es una orden. Tanto tú como el resto de tu equipo debéis regresar a Quantico. Así lo ha decidido el director. Eso es lo que pasa cuando te desvías del caso actual para investigar un caso *cerrado* de hace diez años mientras no deja de morir gente en este pueblo. Se cargaron a cuatro personas en una noche y ni siquiera te molestaste en hacer preguntas. Ni te tomaste la molestia de presentarte en el lugar donde se reunieron todos los agentes para peinar los bosques de los alrededores de la zona.

Donny me agarra antes de que pueda lanzarme contra ese hijo de puta engreído que me está sonriendo con aire burlón.

Me zafo de Donny, cojo mi teléfono mientras salgo por la puerta e ignoro al estúpido ayudante del *sheriff* que tiene la osadía de actuar como si fuera a meterme en uno de sus coches.

Por fin Collins contesta a la llamada y empiezo a gritarle de inmediato.

—¿Vas a permitir esto? ¿Vas a dejar que nos saquen de aquí para que puedan hacer qué? ¿Iniciar una nueva caza de brujas como la que hicieron hace diez años? Es obvio que no han aprendido la lección. ¿De verdad vas a ir a por un deportista profesional con una novia abogada?

Collins suspira con pesar.

—No está en mis manos, y la novia ya era consciente de la intención de arrestarlo antes de que se hubiera decidido.

Obviamente, alguien les ha filtrado la información, y ella ha echado por tierra todo el caso. No va a ser como la última vez.

No hay ninguna maldita filtración. Es probable que Lana o Jake previeran que esto iba a pasar y les avisaran a través de Diana. O por algún otro medio que no los delatara. A lo mejor, a estas alturas, ya no les importa quién lo sepa y están más dispuestos a arriesgarse.

Esta vez no pueden falsificar pruebas porque el hijo de Diana tiene coartadas irrefutables. Sería demasiado obvio.

—Vuelve aquí —ordena Collins.

—Y una mierda. No pienso ir a ninguna parte.

—No te queda más remedio, Logan —dice, con exasperación—. El director ha convocado una reunión para decidir si te suspenden de tus funciones a la espera de una investigación por tu comportamiento. Afirma que todo tu equipo está demasiado involucrado y que muestra signos de empatía hacia el asesino. Incluso ha dicho que ayudaste a una mujer y a una niña a huir del pueblo, a pesar de que su marido había sido asesinado y de que en su casa se encontraran otros dos cadáveres, y que lo hiciste antes incluso de que informaras de estas dos últimas muertes. Te dije que fueras discreto al investigar este asunto, pero no me has hecho caso.

—Vamos, que estás jugando a la política. Pensé que estabas por encima de eso. Y la mujer no tuvo nada que ver con los asesinatos. Alguien más actuó en su nombre y en defensa propia. Enviaron a esos hombres para silenciar a Cheyenne Murdock.

Se queda callado por un momento, y me giro para ver al resto de mi equipo ya recogiendo, dándose por vencidos a la primera de cambio. No puedo dejar a Lana en este pueblo. Si me obligan a hacerlo, dimitiré y me quedaré aquí por mi cuenta.

—No estoy jugando a la política, pero tengo que seguirles el juego hasta que me asegure de que las pruebas que has recabado son suficientes. Si no regresas con nosotros por voluntad propia, Johnson te arrestará por obstrucción, y yo no podré protegerte mientras estés allí. Y cuando llegue, podría ser demasiado tarde. No te arriesgues. No vale la pena. No digas nada de lo que has

descubierto. Solo tienes que volver. No dejes que te encierren en una de sus celdas. Ya sabes de lo que son capaces en ese pueblo.

Recorro con la mirada a los hombres presentes. Sin duda, Lana desconfiaría de mi capacidad para cuidar de mí mismo si me encerraran aquí. Los violentos recuerdos del pasado la llevarían a arriesgar su vida para venir a buscarme.

Y esa es la única razón por la que no voy a correr el riesgo.

—Está bien —respondo, cortante—. Pero más te vale tenerlo resuelto cuando llegue para poder volver de inmediato.

—Eso intento, Logan. De verdad que sí. Solo dame un poco de tiempo para...

Los altavoces emiten un fuerte ruido estático y dirijo la mirada hacia el televisor del salón. Recuerdo vagamente que el único ayudante que parecía inocente me dijo que el *sheriff* era dueño de la red de televisión y tenía acceso a un sistema especial de emisión.

Pero no es él quien está a cargo de la retransmisión ahora mismo.

—¿Logan? —me llama Collins, pero lo ignoro mientras entro en la sala de estar y me quedo mirando la presentación de diapositivas que se reproduce en la televisión. Son solo unas cuantas fotos del pueblo al atardecer, pasando una tras otra al azar.

Entonces alguien habla, y suena como la dichosa voz espeluznante de Saw.

—Ciudadanos de Delaney Grove. Es hora de la purga. Tenéis hasta el atardecer para marcharos... y salvar vuestras vidas. A partir de ahora, tomamos posesión del pueblo. Os arrepentiréis de vuestros pecados. Sufriréis las pesadillas que habéis causado en el pasado. Y por fin ahora, con vuestros propios ojos, esos que tantas veces cerrasteis sin reparo, veréis.

La presentación de diapositivas empieza a cobrar sentido, y se me revuelve el estómago al ver a dos jóvenes conocidos en la calle. ¿Quién coño graba algo semejante?

Una versión más joven de Kyle Davenport aparece ante ellos, y la pantalla muestra a Victoria en el suelo y a Marcus justo detrás de ella. Sus gritos casi me hacen vomitar mientras les suplica que

paren, pero Victoria se resiste. Lucha con todas las fuerzas que le quedan.

La sujetan contra el suelo.

Trece contra dos.

Le clavan los dedos en los brazos para agarrarla. Los diez. Por eso se los corta.

—¡Que alguien pare esta mierda! —espeta el *sheriff*, que sale corriendo de una de las cabañas—. ¡Llamad a Hank y decidle que lo desconecte ahora mismo!

—¡Eso intenta! —le grita el agente del condado—. El muy cabrón está manipulando el sistema.

Las imágenes dejan de mostrar los horrores, como si quien estuviera grabando se hubiera cansado, y la siguiente escena es la de Robert Evans sufriendo un destino igual de repugnante.

Aparto la mirada mientras los agentes se ensañan con él en la pantalla.

—¡Ya! —grita el *sheriff*—. ¡Tenéis que desconectarlo ya!

Está hablando por teléfono, pero apenas me fijo en él porque vuelvo a centrarme en la televisión cuando la voz se escucha de nuevo.

—No oigas el mal.

La pantalla se queda en negro, pero se oyen varios alaridos de dolor, fuertes y claros.

—No veas el mal.

La pantalla se ilumina con dos inquietantes películas que se reproducen una al lado de la otra en una imagen dividida.

Tras un fundido a negro, aparece una silueta encapuchada. Lo único que se ve es la capucha oscura. El rostro no es más que una sombra mientras levanta una mano enfundada en un guante rojo. Extiende un dedo con el que cubre el lugar donde estarían los labios si se vieran para hacer el gesto universal de silencio.

—No hables del mal.

La pantalla vuelve a quedarse negra y luego se ilumina con imágenes de diferentes personas viendo la televisión. Estallan los gritos y el pánico. Es como cuando en los partidos de béisbol la

pantalla gigante va enfocando a distintas personas y estas se dan cuenta al cabo de unos segundos. Solo que, en lugar de emoción, lo que sienten al ver sus caras es puro horror.

Y así se repite por todo el pueblo, como si tuvieran cámaras en el salón de cada casa. La gente prácticamente salta de sus asientos cuando ven sus caras en la pantalla de televisión.

Recuerdo el día que todo el mundo dijo que se habían encontrado las puertas de sus casas abiertas, pero que solo se habían llevado los espejos.

Lo de los espejos sigue siendo un misterio, pero ahora queda claro por qué estaban abiertas las puertas. Jake colocó cámaras mientras las familias dormían en la habitación de al lado, ajenas a todo.

La pantalla continúa pasando de una casa a otra, y el *sheriff* se muestra cada vez más aterrorizado.

—Al atardecer —dice la voz de nuevo mientras la figura encapuchada y envuelta en sombras vuelve a aparecer—. O el monstruo vendrá a por ti.

De repente, la sombra desaparece cuando la figura se acerca bruscamente a la pantalla para mostrar su rostro... Bueno, su máscara. Esta es un espejo que no refleja nada en particular, pero que igualmente transmite un mensaje. Básicamente, lo que se ve reflejado es el propio espejo.

—El monstruo que viene no es peor que aquellos que merecen morir. Elegid un bando. Y elegidlo ya.

La pantalla muestra ahora la calle Belker. El cartel está al fondo, pero el foco de atención recae en la gran cantidad de sangre esparcida sobre el asfalto. Entrecierro los ojos al ver lo que parecen unas alas dibujadas en la sangre, justo donde yacía Marcus, y recuerdo el mensaje escrito sobre los ángeles que leí el primer día.

—Los dejasteis morir. Ahora salvaos el pellejo. Mientras podáis.

La pantalla vuelve a quedarse en negro y el ruido estático inunda el aire. Un ayudante cambia de canal varias veces, pero todos reproducen exactamente lo mismo.

—¿Has oído todo eso? —le pregunto a Collins, saliendo fuera mientras Leonard y Donny se quedan con la mirada perdida frente al

televisor.

—Lo he oído. Pero aun así tienes que volver. No puedo hacer nada. Date prisa para que podamos aclarar esto y, con suerte, se les vuelva en contra justo a tiempo para que puedas regresar y detenerlo.

Miro a mi alrededor y veo caras furiosas, incluida la del *sheriff*, que, presa de un arretrato, está dando patadas y maldiciendo mientras culpa a hombres inocentes que es obvio que no ayudaron a Jake a hackear la transmisión.

—De acuerdo. Voy para allá.

Cuelgo y me acerco a Donny y Leonard.

—Tenemos que irnos si queremos volver antes del atardecer.

—¿Van a pedir refuerzos? —pregunta Donny mientras se gira hacia mí.

Miro a mi alrededor.

—No pedirán ayuda si su intención es quitarnos de en medio. Esta investigación está a punto de convertirse en un lío de la hostia. Johnson y Cannon están demasiado ocupados ocultando los crímenes del pasado como para preocuparse por su futuro. Vámonos.

Leonard no dice nada, pero sé lo que está pensando. Acabo de ver cómo violaban a mi novia. Esto es lo único que puedo hacer para no matar ahora mismo a todos los que llevan una placa de ayudante. Por no hablar del propio *sheriff*.

Nunca he sentido el deseo de matar a alguien. Nunca he traspasado esa línea.

Pero ahora sí.

Espero que mate a todos y cada uno de los putos policías que no acudieron a salvarla cuando la dejaron tirada desangrándose.

CAPÍTULO 11

LANA

Dicen que los milagros son cosa del pasado.

—WILLIAM SHAKESPEARE

Veinte minutos después de la emisión, la gente ya estaba huyendo del pueblo. Justo como teníamos previsto, Logan y su equipo se han ido. No tardarán en volver a ver el vídeo, el mismo que acabamos de compartir con todo este pueblo de mierda.

El plan original era que Jake se encargara de esa parte tan divertida, pero era más fácil que lo hiciera alguien dentro del FBI.

—Al menos se están yendo —dice Jake mientras los observamos en la distancia, con la mirada puesta en la pantalla del móvil, en la que se ve al *sheriff* a punto de estallar.

—¿Qué carajo estás haciendo? —espeta el *sheriff* Cannon dándole un manotazo a la ventanilla del copiloto de un coche.

El hombre la baja un pelín.

—Sacar a mi familia de este dichoso pueblo antes de que nos arrastres a todos al infierno por lo que has hecho.

Contengo una sonrisa. Están abandonando a su capitán.

—Parece que ahora les damos más miedo nosotros que el *sheriff* —se regodea Jake—. Por fin le plantan cara.

—El *sheriff* ahora parece insignificante comparado con un monstruo que lo ve, lo oye y lo sabe todo.

—¡No es más que una puta persona! ¡Quedaos y defended vuestro pueblo! —le grita el *sheriff* al hombre.

Sabíamos que lo dejarían tirado. Lo sabían todo, pero hasta hoy no lo habían visto.

Jake me da un codazo y miro la pantalla de su teléfono, que queda en diagonal respecto al *sheriff*. En la parte trasera de la pared del antiguo gimnasio aparece un mensaje, como si Jake lo tuviera todo perfectamente sincronizado.

**«UNA SOLA PERSONA NO PUEDE CAMBIAR EL
MUNDO, PERO PUEDE SEMBRAR EL TERROR
ENTRE MULTITUDES».**

ROBERT EVANS

El hombre del coche ve el mensaje y, dadas las circunstancias en las que aparece, probablemente piensa que se trata de algo sobrenatural. Pisa el acelerador, dejando atrás al *sheriff*, y casi choca contra otro vehículo durante la maniobra.

—¡Encontrad a ese cabrón ahora mismo! —grita el *sheriff*, renunciando a su intento de detener a las ratas que huyen del barco que se hunde.

—Las huellas de calor muestran mucho movimiento ahora mismo, pero tendremos que elevar el tono si queremos sacar a todo el mundo —dice Jake a medida que van apareciendo más y más mensajes por todo el pueblo.

Mientras todos estaban distraídos con el equipo de Logan y nuestra pequeña retransmisión especial, corrimos por todo el pueblo escribiendo a toda prisa los mensajes con la pintura que tarda más en aparecer. Jake ya había hecho algunas pintadas anoche con una de aparición más lenta.

Todavía llevo puesto el maldito arnés que me ha permitido colgarme varias veces para escribir los mensajes en alto y que se vean lo mejor posible.

Se pueden hacer muchas cosas en cuarenta minutos cuando tienes un plan y un objetivo.

En la iglesia aparece un mensaje enorme.

**«CUALQUIER DEMONIO ES CAPAZ DE
COMETER CRUELDADES, PERO SOLO UN
ÁNGEL ES LO BASTANTE MAJESTUOSO COMO
PARA VENGAR A LOS INOCENTES».**

MARCUS EVANS

Jake sonríe mientras la gente se tropieza al salir pitando cuando ve aparecer el mensaje como por arte de magia. En realidad, estaban dentro de la iglesia cuando lo pint  hace un rato.

Jake desliza el dedo por la pantalla para mostrarme el más reciente, que ha aparecido en el lateral del instituto.

«LOS OJITOS VEN. LOS OJITOS APRENDEN. DA UN BUEN EJEMPLO A TODOS ESOS OJITOS QUE TE OBSERVAN. EST N POR TODAS PARTES».

JASMINE EVANS

Fuera de contexto y escrito con pintura rojo sangre, ese mensaje da muy mal rollo.

Más gente entra en pánico, y cada vez son más las personas que abandonan el pueblo, llevándose solo lo imprescindible antes de meter a sus familias en el coche. Incluso veo a algunos esparciendo sal en sus vehículos, como si eso fuera a mantener alejado al diablo durante el viaje.

Giro la pantalla para que Jake vea conmigo otro mensaje que aparece en el lateral del ayuntamiento.

«LOS MALVADOS PUEDEN FINGIR SER NOBLES, AL IGUAL QUE LOS CONDENADOS PUEDEN FINGIR SER INOCENTES, PERO SOLO LA VERDAD RESURGIRÁ DE LAS CENIZAS CUANDO TODOS COMENCEMOS A ARDER».

VICTORIA EVANS

Más pánico. Más huidas.

Jake abre una aplicación y me muestra las huellas de calor de los que siguen en el pueblo.

—Enciende el sistema de retransmisión y muestra en pantalla el alboroto; enfoca los mensajes también.

Él esboza una sonrisa burlona y empieza a hacer justo eso: retransmitir las imágenes en directo a través del canal. Me fascina escuchar al *sheriff* pidiendo que alguien corte la señal. Ya hemos tomado todas las precauciones necesarias para impedirlo. Bueno, Jake las ha tomado. Yo soy una negada para todo lo relacionado con la tecnología.

Mi función es matar; la suya, encargarse de toda la parte técnica.

La mezcla de la asesina y el genio de los ordenadores puede parecer extraña, pero los gritos que hemos provocado en el pueblo crean una melodía embriagadora.

Aparecen varios mensajes que recorren todo el pueblo. La gente intenta leerlos mientras huye, incapaz de apartar la mirada de lo que tenemos que decir, por irónico que esto resulte.

**«UN HOMBRE SABIO SABE CUÁNDO SE HA
PERDIDO LA GUERRA Y COMPRENDE QUE LA
RETIRADA ES LA ÚNICA FORMA DE SALVAR
VIDAS. UN HOMBRE NECIO CONDENARÁ A
TODOS SUS SUBORDINADOS
A LA MUERTE POR ORGULLO».**

ROBERT EVANS

Todo el mundo sabe que eso va dirigido al *sheriff*, y, seamos sinceros, nadie excepto sus ayudantes está dispuesto a morir por él. Los pocos descarriados que se unirán a su bando serán aquellos a los que ha utilizado para mantener a la gente a raya y que no están vinculados al departamento, como ocurrió con Cheyenne anoche.

No voy a hacer distinciones y eximirlos de la matanza si deciden seguirlo ahora.

**«SI NO EXISTIERA EL ODIO, TAMPOCO
EXISTIRÍA EL AMOR, YA QUE AMBOS SE
NUTREN EL UNO DEL OTRO. LO QUE SIENTO
POR ESTE PUEBLO ES AMOR-ODIO».**

MARCUS EVANS

**«CREO QUE LAS ALMAS DE LOS QUE HAN
SIDO INJUSTAMENTE PERSEGUIDOS A
MENUDO VAGAN POR NUESTRO MUNDO,
TRAYENDO CONSIGO EL MISMO DOLOR QUE
SIENTEN DESDE EL MÁS ALLÁ».**

JASMINE EVANS

—Es hora de que suene la campana —dice Jake, prácticamente temblando de emoción.

Es un auténtico maestro de la sincronización, así que tiene motivos para estar orgulloso.

Pulsa un botón en su teléfono y en lo alto de la torre de la iglesia se produce una explosión leve y contenida. La campana gime y chirría antes de estrellarse contra la roca. Lo presenciamos en tiempo real, sin necesidad de una pantalla para ver cómo cae en picado hacia la calle.

La gente grita y se lanza al suelo, pero Jake ha calculado el momento para que a nadie le pille demasiado cerca.

Se estrella con tanta fuerza que parte la calle justo delante de la iglesia. Todo el mundo se acerca lentamente al desastre mientras en la fachada se revela el último mensaje.

**«NUNCA DAÑES A QUIENES SIENTEN CON
PASIÓN NI TE BURLES DE ELLOS, PUES SU IRA
ES LA MÁS FERROZ DE TODAS».**

VICTORIA EVANS

Más gritos. Me encanta cómo suenan.

Ladeo la cabeza y observo cómo la gente se dispersa y se apresura a entrar en casa para recoger sus pertenencias. Nuestro plan es batir el récord de evacuación de todo un pueblo.

También contamos con un plan para los rezagados. Los dardos tranquilizantes son el último recurso, pero tenemos muchísimos, además de contar con un camión volquete donde arrojar a los inconscientes.

Nada nos impedirá terminar esto.

Hoy.

A mi padre le encantaría esta película de terror, ahora que por fin gana el malo.

—¿Lista para la segunda fase? —me pregunta Jake.

—¿Cómo van las huellas de calor?

Saca la aplicación y me muestra los puntos que quedan en el pueblo.

—Emite la fase dos. Que los que se esconden en sus casas disfruten del espectáculo que les hará perder los nervios.

—Por supuesto —me responde con una sonrisa siniestra.

Dirijo mi atención a uno de los dos cementerios, aquel en el que están enterrados mis padres y mi hermano. Esta es la parte que más temía, pero es un mal necesario. Además, sé que mi hermano y mi padre querrían participar de cualquier forma posible. Probablemente se trate de una ilusión que yo misma me he creado, pero me gustaría creer que, si mi madre hubiera vivido para ver los horrores que le tocó sufrir a su familia, ella también se habría subido al carro.

Si es que era una romántica.

—Ya —susurro.

Aunque está lejos, veo con total claridad cómo las lápidas empiezan a explotar una tras otra. Delante del cementerio se produce un incendio, que va extendiéndose a lo largo de la línea que ha trazado Jake.

Podemos oír los gritos mientras las lápidas continúan explotando, y entonces Jake pulsa un botón en su teléfono y activa unas sombras que se proyectan desde unas cajas de luz. Da la impresión de que son almas que se elevan.

Para un pueblo tan marcado por la culpa y la religión, será como un pequeño apocalipsis. Al final, todas las lápidas explotan y las líneas de fuego se completan formando dos palabras.

¡HEMOS VUELTO!

Ya no se trata de un asesino de carne y hueso. Sus peores sospechas acaban de hacerse realidad: los espíritus enterrados en ese cementerio han vuelto para sembrar el caos entre todos los que están aquí.

Jake abre la aplicación de detección de calor y comprueba que cada vez más puntos abandonan sus hogares y se dirigen corriendo hacia los coches para escapar por la carretera que sale del pueblo.

Una carretera para entrar. Una carretera para salir.

Retransmite el segundo cementerio, que sigue el mismo patrón. El fuego se enciende y forma más palabras mientras las lápidas explotan una tras otra. Observo distraídamente a los ayudantes del *sheriff* corriendo de un lado a otro, haciendo todo lo posible por calmar a todo el mundo y convencerlos de que están a salvo.

Después de todo, los espíritus no existen. Pero sus ojos les cuentan otra historia cuando contemplan las sombras emerger del cementerio, y se convencen de que la visión es real.

Ahora mismo me encanta este pueblo: son todos tan predecibles...

Los coches pasan a toda velocidad por nuestro lado para salir de aquí lo más rápido posible.

La segunda cadena de letras forma más palabras con el fuego, y Jake se acerca para retransmitirlo a la perfección.

Y NOS LLEVAREMOS A TODOS CON NOSOTROS DE VUELTA A LA TUMBA

—Fase tres —digo a la vez que me escondo detrás de un árbol cuando un agente pasa corriendo a pie para intentar detener una pelea que ha estallado en la calle.

A ver si ahora los mendrugos estos siguen sin cambiar de opinión.

Los espejos que Jake robó la primera noche salen disparados repentinamente del suelo donde estaban escondidos gracias a otro de los ingeniosos inventos de mi amigo, que retira la capa de tierra que los cubría. Al fin y al cabo, lleva años planeando hasta el último detalle de este día.

La gente chilla horrorizada cuando los espejos se alinean para reflejar todos a la vez las imágenes de los monstruos que se esconden bajo su propia piel. Entonces, estallan y los cristales salen disparados por todas partes.

Los fragmentos son tan pequeños que solo causan heridas superficiales. No hay que preocuparse porque ningún niño resulta herido en el proceso. Tenemos especial cuidado con eso.

Una mujer grita cuando los pequeños cortes que tiene en la cara comienzan a sangrar y se los toca con manos temblorosas, presa del pánico.

Débiles.

Patéticos.

Todos ellos.

Pero eso es la gota que colma el vaso. Cada vez más huellas de calor comienzan a desaparecer o a alejarse por la carretera demasiado rápido como para estar haciéndolo a pie. Están huyendo.

—Pondré en marcha la fase cuatro en quince minutos. Debería ser tiempo suficiente para que los desertores huyan —dice Jake mientras me desabrocho el arnés que llevo puesto.

—Asegúrate de sacar a todo el mundo —le digo distraídamente.

—Así será, Lana. Confía en mí.

Sonrío mientras le empujo el arnés contra el pecho.

—Claro que confío en ti. Con mi vida. Ahora tengo que ir a prepararme para la fase cinco.

Echa un vistazo al caos que se ha formado y luego enfoca la pantalla del *sheriff*, que se ha quitado el sombrero y se está pasando la mano por el pelo canoso con aire derrotado.

—No deberías tener que esperar mucho.

CAPÍTULO 12

LOGAN

Una cosa es ser tentado y otra
caer en la tentación.

—WILLIAM SHAKESPEARE

—Tienen las pruebas. ¡Hay un puto vídeo de lo que le hicieron a Robert Evans, por el amor de Dios! ¿Y me seguís reteniendo aquí? ¿Por qué motivo? —espeto, fulminando con la mirada a Collins y al director McEvoy.

—Por haber ayudado a una posible sospechosa de asesinato a huir del pueblo la misma noche en que su marido fue asesinado y otros dos hombres fueron encontrados muertos en su casa.

—Cheyenne Murdock temía por su vida, y no era sospechosa. La atacaron en su casa y nuestro sujeto desconocido le salvó la vida.

McEvoy me apunta con un dedo.

—Por ese pensamiento es por lo que estás aquí. No puedes dar por sentado que es inocente solo porque ella lo diga. Especialmente después de haber jurado ante tu equipo que el sospechoso era una mujer. El perfil que has elaborado para este caso es completamente contradictorio y carece de sentido. ¿Y aun así vas y dejas en libertad a una mujer después de que dos hombres aparezcan brutalmente asesinados con una habilidad imposible de ignorar?

—Dos sicarios —gruño.

—Eso son especulaciones. —McEvoy me devuelve el gruñido.

—Demos todos un paso atrás —dice Collins empujándonos con las manos y creando así una separación muy necesaria. Después añade—: He enviado las pruebas a examinar.

McEvoy mira a Collins con los ojos entrecerrados.

—¿Una mujer rebusca en el suelo de su sótano y casualmente te entrega las claves de un caso cerrado hace años? Y encima no hay forma de encontrarla, como si se hubiera desvanecido por arte de

magia. Y si la encontráramos, tampoco es que pudiera corroborar esta historia, con lo que sería totalmente inadmisible.

—Ya te gustaría —respondo, con una mirada fulminante.

Da un paso adelante y Collins le pone una mano en el pecho para sujetarlo.

—Ni todas las mentiras del mundo ni todos los planes para ocultar la verdad que puedas pergeñar te servirán de nada una vez que consiga esa prueba en vídeo y la autentifique.

Retrocede un paso con los ojos entrecerrados.

—No tienes ni idea de con quién estás tratando. Te voy a hundir, chico. Voy a manchar tu nombre hasta tal punto que nada de lo que salga de tu boca tendrá la menor credibilidad. Ni todas las pruebas del mundo te servirán de nada cuando compruebes hasta qué punto voy a pisotear tu reputación.

—¿Es una amenaza? —le pregunta Collins, mirando al director como si acabara de cometer un desliz.

Una sonrisa siniestra se dibuja en los labios del director.

—Está detenido, acusado de obstrucción y conspiración para ayudar a un conocido asesino en serie.

—No puedes hacerlo —gruñe Collins.

—Ya verás. No saldrá de esta planta hasta que vengan con una orden de arresto y se lo lleven.

Se da la vuelta y se aleja con paso firme mientras Collins se pasa la mano por el pelo.

—Debe de haber desempeñado un papel muy importante en el encubrimiento de todo ese asunto si es capaz de llegar tan lejos —dice Collins, mirando por encima del hombro—. Tengo que reunirme con algunas personas y resolver esto antes de que haga efectivo su intento de arrestarte. Pero, si te vas de aquí, las cosas se pondrán feas. No me cabe duda de que tiene gente bloqueando las salidas. Tendrán permiso para detenerte por cualquier medio necesario. Así que quédate donde estás. No hagas ninguna tontería.

Cuando se marcha, yo agarro lo primero que pillo y lo lanzo al otro lado de la sala. La gente se sobresalta y se aparta cuando la grapadora rota cae al suelo partida en dos.

—Acaban de llevarse a Donny —dice Leonard a mi lado, mirando a su alrededor como si desconfiara de las intenciones del resto.

—Van a separarnos y hablar con nosotros uno por uno. Recordad que esto me atañe solo a mí, no a vosotros. Decid lo que tengáis que decir para que no os culpen.

—El que escoltó a Cheyenne Murdock y a su hija fuera del pueblo fui yo, no tú —rebate.

—Siguiendo mis órdenes —le recuerdo.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—No voy a permitir que te hundan.

Miro alrededor para asegurarme de que nadie nos escuche.

—Sus acusaciones no son erróneas. Es cierto que mi imparcialidad está comprometida y lo sabes. Para ser sincero, empecé a obstruir este caso en el momento en que supe de la implicación de Lana.

—Visto así, Hadley y yo estamos en el mismo lío que tú. No vas a cargar con el muerto. Puede que los métodos de Lana sean bárbaros e ilegales, pero, después de saber lo que tuvieron que soportar y las secuelas a las que hubieron de enfrentarse, no le puedo reprochar su forma de actuar.

—Te hace replantearte todo lo que hemos defendido hasta ahora, ¿verdad? —pregunto, agotado, mientras me reclino contra el escritorio vacío de alguien.

—No. Siempre hemos luchado para salvar a los inocentes de los enfermos y depravados. Lana no tenía a nadie que luchara por ella o por su familia. Se enfrentó sola al peor panorama posible.

Ladeo la cabeza cuando llega Hadley mirando por encima del hombro como para cerciorarse de que nadie la ha seguido. Mantiene pegado a su cuerpo el portátil, que agarra como si tramara algo.

—No estaba sola —digo distraídamente mientras observo cómo Hadley se mete en la oficina de Craig y cierra las persianas.

Aunque su puerta no tiene cerradura.

Sigue enfrascado en esa mierda de misión que le asignaron para tenerlo alejado de Delaney Grove.

—Estate pendiente de todo y ven a verme si averiguas algo nuevo. Por ahora estoy confinado en esta planta.

Levanto la vista hacia uno de los hombres del director, que está de pie en la puerta con la mirada fija en mí. Está claro que tiene intención de impedir que salga.

—¿Adónde vas? —me pregunta Leonard, pero no respondo.

Estoy seguro de que me observa mientras me abro paso entre todos los que cuchichean sobre mí y entro sin llamar en la oficina de Craig.

Hadley da un grito y cierra de golpe su portátil.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto con sospecha.

Cierro la puerta detrás de mí, y ella deja escapar un suspiro de alivio antes de volver a abrir el ordenador. Mueve los dedos a toda prisa sobre las teclas con los ojos llenos de determinación.

—Como no me facilitan un despacho privado, estoy usando el de Craig en su ausencia.

—¿Pero *qué* estás haciendo? —pregunto de nuevo, y me acerco por detrás para poder ver la pantalla.

Me inclino hacia delante y coloco una mano sobre el escritorio a su lado y la otra en el respaldo de su silla mientras observo todas las líneas de código incomprensibles que aparecen en su portátil.

—Estoy pinchando la señal de vídeo de Jake. —Señala los tres monitores que Craig utiliza para trabajar en su oficina—. No será tan sofisticado como las veinte pantallas que él maneja, pero servirá.

—Supongo que eso significa que mentiste cuando le dijiste a Leonard que no podías interceptar la señal —refunfuño.

—No mentí. En ese momento no podía. A propósito, Jake es brillante. Nunca habría encontrado la frecuencia que utiliza si no me hubiera enseñado cómo descubrirla. Funciona a la misma frecuencia que las líneas eléctricas normales. No entiendo cómo lo hizo.

Ella continúa escribiendo letras, símbolos y números aleatorios que no comprendo.

—¿Por qué te lo dijo?

—Porque confía en mí. Entre nosotros surgió una especie de confianza instantánea y poco común. Somos almas gemelas. Él quería a alguien que realmente apreciara el esfuerzo y el ingenio que había puesto en todo su trabajo, y yo soy tan friki de la tecnología como él. Lana y tú no sois conscientes de las complejidades y la

dificultad que entraña algo así. Yo sufrí un orgasmo cerebral que más tarde se convirtió en uno real. Me puso como una moto.

—Esa es más información de la que necesitaba —digo entre dientes.

Ella me ignora.

—Y es un puto genio. Yo me creía buena, pero él es mejor. No me extraña que nunca lo hayan pillado.

De repente, todas las pantallas cobran vida con imágenes del pueblo. Los coches se alejan a toda velocidad, huyendo de algo. Recorro con la mirada todas las escenas mientras Hadley cambia de una a otra. Busco alguna explicación.

Pero lo único que veo son las consecuencias de lo que sea que haya pasado.

—¿Puedes rebobinar la imagen?

—Ahora mismo no. Lo tiene configurado para que solo se pueda ver en directo. Únicamente podemos ver lo que él está viendo. Utiliza los canales para retransmitirlo en directo por los televisores. Si es que es el mejor, coño.

Ignoro ese último dato y me centro en el resto. Veo algunas palabras, pero la pantalla cambia antes de que haya podido leerlas. Pensaba que era Hadley quien cambiaba las imágenes, pero es Jake. Como ha dicho ella, solo podemos ver lo mismo que él.

—Quiero encontrar a Lana. ¿Podrías pinchar alguna otra...?

—Tampoco finjas que entiendes de informática. Si intentara hackear algo a partir de ahora, fastidiaría lo que está haciendo. Incluso si no me importara hacerlo, enseguida me bloquearía y probablemente lo cerraría todo, y hasta podría expulsarme completamente del sistema. No me cabe duda de que sería capaz de hacer caer toda la red federal. Como ya he dicho, es mejor que yo. Mucho mejor. Pero es que además se lo toma todo más a pecho y se ha esforzado al máximo para alcanzar este objetivo.

Intento llamar al móvil de Lana y suelto un taco cuando me doy cuenta de que debe de haber vuelto a cambiar de número. Este ya no está activo.

Aparece una pantalla diferente, una que conozco muy bien.

—¿Están leyendo las huellas de calor? ¿Para qué? —pregunto, mientras contemplo cómo en medio de la calle se aglomeran cada vez más puntos rojos, todos camino a la salida.

—Para lo que sea que tengan pensado hacer al final. Ese monitor está conectado a su teléfono y muestra todas las pantallas que él abre...

El monitor se apaga y Hadley maldice.

—Al parecer, no quiere que vea esa parte.

Ella permanece a la espera, mirando fijamente las otras pantallas, pero ninguna de ellas se apaga.

—¿Entonces sabe que lo has hackeado?

—Ya te he dicho que es brillante. Probablemente tenga un sistema que le avisa de cualquier interferencia. Parece que no le importa que veamos esto, pero quiere que su teléfono sea un secreto.

—Porque está dirigiendo el espectáculo desde el teléfono y no quiere que sepamos lo que va a pasar a continuación —digo, preocupado.

La pantalla muestra una residencia donde un hombre y una mujer mayores están sentados en su salón. Están justo enfrente del lugar donde Lana habría sido agredida.

Están comentando la locura que hay desatada ahí fuera y que piensan esperar a que pase cuando de repente se enciende la televisión y aparece una cara enmascarada. En lugar de la careta de espejo que llevaba Lana, es una máscara roja.

—¡Fuera, familia Whitmire! ¡Largaos ahora mismo!

Tanto la mujer como el hombre estallan en gritos, y el segundo se lleva la mano al pecho con los ojos abiertos de miedo. No necesitan más incentivos.

Ni siquiera se molestan en llevarse nada consigo antes de salir corriendo.

Las imágenes vuelven a cambiar y trato de centrarme en las que me parecen más importantes.

—¿Cómo puede ver todo esto desde un solo teléfono? —le pregunto a Hadley.

—Tiene un sistema configurado que le permite alternar las pantallas, pero puede minimizar hasta cinco a la vez y verlas en

pequeño. Me pregunto si va a utilizar esta táctica casa por casa.

—¿Y qué pasa si la táctica no le funciona? —pregunto más a mí mismo que a ella mientras siento un escalofrío que me recorre la espalda.

Debe de haber un motivo que explique su empeño en evacuar a todo el pueblo.

Fijo la mirada en el monitor que más actividad muestra. Todos los ayudantes del *sheriff*, que parecen enfadados y desesperados por mantener a la gente en el pueblo, están dispersos. Uno incluso golpea a un civil, pero dos hombres lo agarran y lo meten a empujones en un coche.

Se echa atrás cuando uno de ellos le apunta con un arma mientras la gente ayuda al hombre a levantarse del suelo antes de retroceder y meterse en un vehículo.

—Se han unido para plantarles cara al *sheriff* y a sus hombres —deduzco.

—Nadie va a luchar por el pueblo y, después del espectáculo que han montado con la retransmisión, ninguno quiere seguir allí cuando caiga el *sheriff* —afirma, pero luego contiene el aliento.

Se gira para mirarme con los ojos muy abiertos.

—Creo que sé dónde está Lana.

—¿Dónde?

Ella señala las pantallas.

—¿Quién falta?

CAPÍTULO 13

LANA

No impongas a otros lo que tú mismo
no desearías.
—CONFUCIO

La puerta se abre de golpe y, a través de las rendijas del armario, veo cómo entra el *sheriff* y cierra de un portazo. Coge un vaso vacío de la mesa que hay junto a su sillón reclinable y lo lanza al otro lado de la habitación. Este se hace añicos contra la pared mientras él ruge como una bestia enfurecida.

Durante unos largos minutos, mantiene la cabeza gacha, respira con dificultad y se agarra a los brazos de la silla para sostenerse. Siempre se muestra fuerte, pero es tan mortal como el resto de nosotros.

Mi sonrisa se acentúa cuando, como era de esperar, se dirige al mueble bar que hay en el salón, abre la puerta y saca una botella de whisky. Le tiemblan las manos cuando se sirve un vaso y se lo bebe de un sorbo.

Cuando la situación se pone tensa, el *sheriff* siente la necesidad de tomarse una copa. Pero no puede permitir que sus ayudantes lo vean con una Biblia y un vaso de whisky. Podrá condenar a personas inocentes a una muerte espantosa, pero mostrarse tan débil como para tener que recurrir al alcohol es algo imperdonable. Por no decir vergonzoso.

Pondría los ojos en blanco, pero estoy ocupada mirando cómo deja la pistola junto a la puerta.

Por fin.

—Pagaréis por esto — sisea el sheriff, mirándonos con ira a mi hermano y a mí mientras nos echan a empujones.

—¡Estaba con nosotros! — vuelvo a gritar, con la mirada clavada en el jurado mientras siguen intentando sacarme de allí —. ¡Están ocultando la verdad! ¡Están encubriendo pruebas! Esto es una puta caza de brujas, y están tendiendo una trampa a mi padre.

—¡Que os enseñen nuestras declaraciones! — grita mi hermano hasta que terminan por sacarnos de allí.

Tan pronto como se cierran las puertas, se vuelven a abrir y el sheriff sale con actitud amenazante.

Nos ponen las esposas, pero no pueden encerrarnos por mucho tiempo. Está grabado en vídeo. Solo estamos cometiendo desacato al tribunal, nada más.

—Encerradlos en una celda hasta que termine todo este maldito asunto. No quiero volver a saber nada de ellos hasta que sea necesario — espeta el sheriff. Entonces, esos ojos fríos se vuelven hacia nosotros —. Estáis haciendo un pacto con el diablo al traicionar las almas de los inocentes. Vuestro padre es culpable. Y me aseguraré de que pague por sus pecados.

Comienza a caminar para volver a entrar mientras nosotros exigimos que nos suelte.

El sheriff se da la vuelta justo cuando llegamos a la esquina y me mira.

—Esperaba que vieras con mayor claridad al demonio al que tanto querías, pero supongo que nunca lo hiciste ni lo harás.

Espero pacientemente sin dejar de acecharlo en silencio mientras se termina otra copa. Dirige la mirada a un punto cercano al sofá e inclina la cabeza para observar algo que no puedo ver desde este ángulo.

Desvía la mirada de lo que sea que ya no le interesa y se lleva el vaso a la cocina, que está cerca del dormitorio principal. Abro la puerta sin hacer ruido y salgo, guardándome la navaja en la funda que llevo en la cadera.

Al acercarme al sofá, miro hacia abajo, intrigada por lo que ha llamado su atención. Y cierro los ojos para evitar soltar un suspiro de frustración. Es mi linterna. Me la dejé antes, cuando estaba

registrando la casa en busca de armas ocultas, y se me olvidó recogerla.

Un error de principiante.

Abro los ojos de nuevo, empuño el mango de la navaja y entro en la cocina. Pero me detengo en seco al reparar súbitamente en el cañón de un arma.

—Bu —dice el *sheriff*, atrayendo mi mirada hacia la suya mientras levanto lentamente las manos, fingiendo sumisión.

Me mira por encima de la pistola, con el cañón a pocos centímetros de mi cara.

—¿Hay alguna razón que explique por qué la novia del federal está merodeando por mi casa? —dice, arrastrando las palabras con pereza y ocultando la creciente frustración que mostraba hace unos instantes, cuando no sabía que lo estaba observando.

—Probablemente porque no sea solo la novia del federal —respondo con tono burlón y una sonrisa amarga.

Él ladea la cabeza sin apartar la vista de mí.

—¿Y quién eres exactamente?

Sonrío con aire burlón mientras doy un paso adelante y presiono el cañón contra mi sien con las manos aún levantadas. Él abre ligeramente los ojos, pero logra ocultar cualquier otro signo de sorpresa.

—Soy la chica a la que tu hijo tenía que matar. Esperaba que vieras con mayor claridad al demonio al que tanto querías, pero supongo que nunca lo hiciste ni lo harás.

La confusión se refleja en sus ojos solo por un instante, antes de que una expresión de reconocimiento se apodere de su rostro.

—No —dice con un susurro ronco.

Pero entonces sus ojos se vuelven fríos como el hielo y se oye el sonido sordo de un clic que reverbera en la habitación sumida en el silencio. El miedo sustituye a la determinación cuando sonrío.

Y aprieta el gatillo una y otra vez, y otra vez... mientras yo retrocedo un paso.

—Espero que no te importe, *sheriff*. Me he tomado la libertad de vaciar toda la munición de cada una de las armas que tienes en casa excepto de la que dejaste en la otra habitación.

Me pasa de largo, y me sorprende que no se abalance sobre la mujer indefensa que tiene delante. Supongo que le he atribuido demasiado mérito al hecho de que vaya de machito y todo eso.

Le doy un rodillazo en el estómago para detener su huida y cae al suelo con un quejido de dolor.

—Siempre he sido más de navajas —digo mientras saco la mía. La deslizo bajo su garganta y él se queda rígido e inmóvil cuando siente la hoja.

Me agacho a su lado, sin apartar el arma.

—¿Cómo puedes seguir viva? —pregunta apenas en un susurro.

Sonrío, arqueando las cejas.

—Con mucho dolor. Muchas curas. Y muchísimo tequila. Pero, sobre todo, estoy aquí gracias a Jake. Te acuerdas de él, ¿no? ¿Jacob Denver? ¿El chico al que dejaste de considerar una amenaza cuando descubriste que estaba enamorado de mi hermano? Porque, claro, ¿qué hombre que se respete amaría a otro hombre, verdad? Ni de coña una abominación así podría ser tan increíble como para ayudar a una chica muerta a asesinar a tantos de tus monstruos.

Abre los labios para dejar escapar un suspiro de sorpresa, pero con ese movimiento solo consigue que la navaja se le clave aún más en la garganta.

De forma despreocupada, saco el móvil con la mano libre, marco el número de Jake y lo dejo en el suelo a mi lado después de activar el altavoz.

—¿Entiendo que todavía estás con la fase cinco? —pregunta Jake mientras yo me concentro en la cara del *sheriff*.

—Todavía está asimilando que todo esto es culpa suya. ¿Qué gracia tiene matarlo así como así sin someterlo al menos a una mínima tortura psicológica por todas las mentiras y la corrupción que nos han llevado a esto? —pregunto, sonriendo mientras la mirada del *sheriff* se vuelve más severa.

Ahí está el hijo de puta arrogante que yo conozco.

—La fase seis ha ido mejor de lo esperado. Los mensajes personalizados funcionaron con todos excepto con tres. Acabo de meter al último en el coche sin necesidad de usar el camión

volquete. Los dejaré en la zona segura en cuanto averigüe el paradero de los ayudantes del *sheriff* y luego pasaré a la fase ocho.

—Bien. Te he llamado para que el *sheriff* escuche en qué consiste la fase siete.

Prácticamente noto cómo sonrío Jake mientras contemplo al susodicho observándome.

—Ahora mismo saco el clon que obtuve del teléfono del *sheriff* —dice Jake.

Este mira mi móvil con curiosidad. Pulso el botón de silencio y se lo enseño sin dejar de mantener la navaja presionada contra su garganta con la otra mano.

—Agente Hayes, necesito que reúna a todas las personas cuyos nombres voy a decirle. Son personas en las que confío. Los agentes y oficiales uniformados que no haya mencionado deben dirigirse a las zonas periféricas y empezar a investigar por si encuentran algo. ¿Entendido?

Se hace una pausa y observo la reacción del *sheriff*. Solo podemos oír la parte de la conversación de Jake.

—Sabrán que no soy yo —gruñe, y luego hace una mueca cuando nota que la navaja le ha hecho un cortecito en la garganta al hablar. Un hilo de sangre comienza a brotar, y yo sigo manteniéndolo inmovilizado.

—Tú oyes la voz de Jake, pero cuando pasa por ese teléfono en particular, suena como si fueras tú el que está al otro lado —le digo, sonriendo mientras se le pone la cara pálida—. ¿Te he dicho ya que Jake es un niño prodigio?

Jake comienza a enumerar los nombres de todas las personas involucradas en el asesinato de mi padre y en la asamblea que resultó en la muerte de mi hermano y de Victoria Evans, como todos la conocían.

Incluso menciona a los agentes jubilados, dado que ya se han movilizado para ayudar a «defender» el pueblo. Así me ahorro un viaje extra para visitarlos uno por uno.

—Tienes una hora —sigue diciendo Jake cuando termina con la lista de nombres.

Cuelgo el teléfono y observo cómo la esperanza se desvanece del rostro del *sheriff*. La impotencia le sienta de maravilla.

—Levántate —le digo, retirando la navaja y poniéndome de pie lentamente.

Me observa con recelo mientras se incorpora poco a poco, pero sus movimientos no van más allá.

—He tenido que ser paciente durante diez largos años, *sheriff*. No me hagas perder más tiempo porque se me está agotando la paciencia.

Entrecierra los ojos en señal de desafío. Está tramando alguna estupidez.

Abre los brazos a lo ancho.

—Si quieres que me levante, tendrás que...

Su frase termina en un grito cuando le piso el tobillo con el talón de mi bota militar. El pisotón va seguido de un crujido muy satisfactorio, y sigo presionando con el pie hasta que se lanza a agarrarme la pierna. Entonces le doy una patada en la cara.

La sangre salpica de su boca cuando vuelve a caer hacia atrás. Consigue evitar golpearse la cabeza contra el suelo, y yo me acerco tranquilamente a él.

—Te he dicho que te levantes. Tú decides cuántas palizas necesitas para obedecer.

—¿Qué sentido tiene? —gruñe, escupiendo sangre—. Solo planeas matarme. Eres un monstruo. El mismísimo engendro del diablo.

Me arrodillo a su lado, manteniendo una distancia prudencial entre nosotros, y nuestras miradas se cruzan.

—Tu hijo era un monstruo, *sheriff*. Llevar una Biblia o una placa no te absuelve de tu falta de humanidad. —Inclino la cabeza y observo cómo sus ojos se llenan de furia y una indignación sin precedentes.

—Te equivocas —sisea.

—Quizás te llevó un año, o incluso más, darte cuenta de que habías cometido un error. ¿Tal vez cuando se produjo otra violación y asesinato un año después? Justo a las afueras de Delaney Grove. La misma victimología que todas las demás —digo con indiferencia, observando cómo vuelve a desviar la mirada—. Cuando tu ira y tu

dolor se calmaron y empezaron a apaciguarse, te diste cuenta de que Robert Evans nunca fue el hombre que buscabas, y que lo habías incriminado y castigado brutalmente por pecados que nunca cometió.

Toda su determinación se viene abajo al comprender el significado de esas palabras, y un brillo inesperado aparece en sus ojos.

—Te diste cuenta demasiado tarde de que un auténtico monstruo seguía matando mujeres y aprovechándose de ellas, y tú fuiste el responsable de que pudiera campar a sus anchas. Tienes las manos manchadas de sangre, *sheriff*. Y eso no se borra.

En sus ojos se van formando lágrimas a medida que mi relato avanza.

—Sabías que todas esas acusaciones contra Kyle tampoco podían ser falsas, pero ya habías perdido a una hija. Te obligaste a vivir negando que tu otro hijo estaba podrido hasta la médula. Y encima mataste a su madre después de obligarla a ayudarte a incriminar a mi padre. Dime, *sheriff*, ¿recogiste tú mismo los condones? ¿O fue tarea de Johnson?

Se aclara la garganta tratando de deshacerse del sentimiento de culpa que se refleja en sus ojos, pero le cuesta hacerlo. Eso significa que he dado en el clavo.

—Porque asesinaste a la madre de tu hijo en tu afán por inculpar a un hombre inocente e hiciste la vista gorda ante todos los actos repugnantes del despreciable de tu hijo. Mentiste al pueblo. Te mentiste a ti mismo. Esa noche, cuando le dijiste que se ocupara de nosotros, nunca imaginaste que se llevaría a todos sus amigos. Nunca imaginaste que alcanzarían los límites de la depravación y que los superarían con más crueldad aún de la que tú mostraste con mi padre. Y aun así escondiste la verdad. Encubriste lo que nos hicieron. Actuaste como si las vidas de *dos* chicos inocentes no importaran.

Ya no puedo ocultar la rabia en mi voz, y al *sheriff* le tiemblan los labios cuando una lágrima le rueda por la mejilla.

—Odiaba a tu hija, pero nunca le deseé la muerte. Mi padre le arregló la ventana del coche una vez. ¿Lo sabías?

Él sacude la cabeza lentamente.

—Se había acostado con un chico de un instituto rival que tenía novia. La chica pintarrajeó la palabra «puta» por todo el coche de tu hija. Luego rompió la ventanilla del conductor. Tu hija sabía que tendría que dar explicaciones, pero no se atrevía a contarte que se acostaba con cualquiera. Mi padre intervino y la ayudó, aunque esa chica se portaba conmigo como una auténtica zorra sin motivo alguno. Mi padre dijo que era una cría y que él nunca podría ser cruel con un niño porque le daba miedo que algún día alguien nos hiciera lo mismo a nosotros.

Él respira hondo, esforzándose por contener sus emociones.

—No le dio ni las gracias. Actuó como si sustituir esa ventana fuera su responsabilidad antes de que tú regresaras de tu excursión de caza. Ni siquiera le pagó por la ventana, y nosotros estábamos muy apurados de dinero. Pero él nunca dijo nada porque no era más que «una cría». Sin embargo, tú lo tildaste de monstruo. Destruiste hasta la última pizca de dignidad que le quedaba. Y mandaste a auténticos monstruos a por nosotros tres, tú incluido. Dime, *sheriff*, ¿crees que todas tus plegarias por el perdón han surtido efecto?

Deslizo la navaja por el suelo y observo cómo fija su mirada en ella.

—¿O crees que por fin ha llegado el castigo por todos tus pecados?

Le tiembla la barbilla, pero no aparta los ojos de los míos.

—Levántate —repito con un tono más brusco.

Esta vez se pone de pie a duras penas, con una postura mucho menos desafiante.

No me mira cuando le indico con un gesto que vaya al baño.

—Métete en la ducha.

—¿Para qué? —replica.

—O haces lo que te digo o le mostraré a todo el pueblo el vídeo en el que Kyle lo confiesa todo.

Me mira con los ojos abiertos y rezumando miedo.

—Sí, *sheriff*. Puede que se hayan ido, pero tarde o temprano verán el vídeo. Todos sus pecados en un vídeo larguísimo. Por cierto, no deja de llorar durante las confesiones. Y todo ello entre súplicas implorando por su vida.

El *sheriff* reprime una arcada, luchando por no venirse abajo mientras aparta la mirada de mí, con las lágrimas ya desbordándose.

—En el resto de los vídeos se ve a todos los demás confesando. Poco a poco, fui reuniendo todo lo que necesitaba. Me dieron detalles sobre dónde encontrar esas valiosas grabaciones de ambos «incidentes», como a ti te gustaba llamarlos. Me lo contaron todo. Y ahora la gente podrá ver esas imágenes.

—¿Incluso la de Kyle? —pregunta con voz rasposa—. ¿Aunque haga lo que me pides?

Sonrío para mí misma.

—Supongo que has pillado mi farol. Sí, lo verán de todos modos. Pero te prometo que no sacaré las imágenes que grabé mientras lo torturaba si te metes en la maldita ducha. No me obligues a llevarte a rastras. Tendría que romperte las manos para asegurarme de que no intentas ninguna tontería, y eso me llevaría tiempo y esfuerzo.

Él deja escapar un gemido de dolor y traga saliva con dificultad.

—¿Cómo has acabado así?

Abro los ojos como platos.

—¿Es una pregunta retórica, *sheriff*? Porque estoy bastante segura de que es obvio.

Se abalanza sobre mí de repente, lo que me pilla por sorpresa, pero le golpeo el pecho con la palma de la mano y le corto la respiración. Luego me agacho y le doy una patada en la entrepierna al mismo tiempo.

Siempre he querido darle ahí.

Cuando cae al suelo, le propino una patada en la cara con tanta fuerza que casi lo dejo inconsciente. Me mira aturdido mientras la sangre brota de entre sus labios.

—Pues muy bien, lo haremos por las malas —sentencio entre dientes.

Le doy una patada en el estómago, le quito las esposas de la cadera y le inmovilizo apoyando mi rodilla contra su columna vertebral mientras le tiro bruscamente de los brazos hacia atrás. Todavía está demasiado aturdido como para resistirse, así que me doy prisa antes de que se recomponga.

Después de todo, tengo un horario que cumplir.

Me agacho, lo agarro por el cuello de la camisa y empiezo a arrastrarlo hacia el baño, ignorando el crujido de la tela. Vuelve a oponer resistencia, pero a estas alturas es inútil. Lo engancho por el pelo cuando llegamos al cuarto de baño y lo obligo a ponerse de pie.

El muy idiota intenta darme un cabezazo cuando lo tengo delante, pero soy mucho más baja que él y lo esquivo sin problema. Después lo rodeo y lo empujo de una patada hacia la bañera vacía.

Un gruñido de dolor se le escapa cuando cae de espaldas.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta, mirándome fijamente con las piernas colgando a los lados.

—Usarte para cumplir una fantasía —bromeo mientras cierro la cortina de la ducha—. Dos fantasías, en realidad.

Con la mirada fija en la cortina de ducha blanca y lisa, saco mi navaja. Una sonrisa siniestra se dibuja en mis labios antes de poner la música en el teléfono y apuñalarlo detrás de la tela.

Un grito de dolor y asombro retumba en las paredes del baño. Pero vuelvo a apuñalarlo.

Otra vez.

Y otra más.

Hasta que lo único que se oye son sus gorgoteos.

Abro la cortina de un tirón con una sonrisa en la cara.

—Un sueño cumplido —me digo a mí misma sin parar de sonreír al dejar al moribundo en la bañera. Recorro la casa y vuelvo al salón, donde su arma de servicio sigue sobre la mesa.

Es la única arma cargada que hay en la casa, y no puedo dejar pasar la oportunidad de disparar al *sheriff* con su propia pistola, es demasiado poético.

La canción sigue sonando cuando vuelvo a entrar, y veo desde la puerta cómo la sangre brota de todas las heridas y de la boca del *sheriff*.

Apenas puede mantener los ojos abiertos cuando le apunto con la pistola entre las piernas. Intenta articular palabra, pero está demasiado maltrecho para que se le entienda.

Cojo un montón de toallas y se las pongo en el regazo, y luego aprieto el gatillo y disparo. A pesar de que las toallas lo amortiguan, el disparo ha sonado alto, pero al menos no me zumban los oídos.

Odio las pistolas.

Pero, como digo..., demasiado poético.

El *sheriff* se estremece cuando le disparo, y las toallas blancas se tiñen cada vez más de rojo a medida que se desangra. La bañera recoge toda la sangre, que se va por el desagüe mientras él se queda vacío.

Limpio mi navaja mientras el *sheriff* agoniza y escucho la canción que se reproduce en bucle.

«He disparado al *sheriff*...».

Entonces le hago una foto para Jake una vez que la vida abandona por fin sus ojos.

Por si acaso, compruebo su pulso. No tiene. Luego, para estar completamente segura, le corto el cuello y dejo que siga perdiendo sangre.

Limpio de nuevo la navaja, la guardo en la funda que llevo en la cadera, me subo la capucha y salgo con mi teléfono aún reproduciendo esa canción.

Ahora parece que estoy en un pueblo fantasma del viejo oeste. Casi espero que empiecen a pasar por mi lado plantas rodadoras empujadas por el viento. Faltan tres horas para que se ponga el sol, pero el desenlace está a punto de comenzar.

Todo el mundo espera que el atardecer sea la hora del final, ya que eso es lo que les hemos dicho.

Pero nosotros tenemos otros planes.

Y estamos preparados.

Jake ya está en la que fue mi casa cuando entro en el hogar que me resulta tan familiar. La casa tiene una ubicación perfecta.

Mi corazón late un poco más rápido cuando veo el interior, porque es como entrar en otro mundo. Ya no hay fotos nuestras colgadas en las paredes como antes.

Han sustituido la moqueta por madera noble. Los tonos azules han sido reemplazados por colores neutros. Y han derribado la pared que separaba el salón de la cocina.

Todo es diferente, pero siento una punzada de familiaridad en el pecho.

Jake ya tiene instalados todos sus monitores, listo para dar comienzo a este proceso.

—Has tardado más de la cuenta —dice cuando entro y me quito la capucha.

—He disparado al *sheriff* —canturreo, y él me sonríe.

—Pues ahora toca disparar a los ayudantes.

Me desnudo y empiezo a ponerme la ropa de matar. No puedo llevar sudaderas holgadas ni pantalones ajustados. Esta va a ser la zona de combate definitiva.

—¿Fase nueve completada? —le pregunto.

—En cuanto pongas un pie en el centro del pueblo, lo único que tengo que hacer es pulsar un botón. El siguiente se activará cuando entres. A partir de ahí, actuarás por tu cuenta. Sabes que las cargas están preparadas, que dispones de poco tiempo para salir y que debes mantener la cabeza agachada. No te dejes matar en una fase que podríamos saltarnos perfectamente.

Me tiro de los *leggings* para comprobar que puedo abrir las piernas y que son lo suficientemente flexibles.

Jake me observa con expresión severa.

—No voy a saltarme esta fase, Jake. Necesitan sentir el mismo miedo. Morir no es suficiente. Y arriesgarse a que alguien sobreviva tampoco es una buena opción.

Suelta el aire mientras cojo mi camiseta sin mangas, dispuesta a enfrentarme al aire frío con los brazos al descubierto. Ya entraré en calor cuando empiece a pelear.

Después de volver a ponerme las botas, cojo el chaleco antibalas, que es más fino y menos ajustado que la mayoría. «Gracias, Jake».

Luego empiezo a guardar todas las armas en mis numerosas fundas y utilizo el equipo de combate que Jake me ha dejado preparado.

—Estoy sintiendo cosas —dice Jake, mordiéndose los nudillos mientras termino de colocar las últimas armas en su lugar correspondiente del arnés que llevo puesto.

—¿Qué? —pregunto con una ceja arqueada.

—Momentos como este me recuerdan por qué no puedo renunciar a las mujeres. Las chicas armadas tienen algo especial, y

ahora mismo tú eres el sueño erótico de cualquier friki de los cómics.

Pongo los ojos en blanco.

—¡En serio! Los pantalones ajustados, todas esas armas, la camiseta sin mangas...

—Todo es por una cuestión práctica —afirmo con sequedad.

—Eso no le quita encanto. —Él suspira con aire soñador y yo me río a pesar de la locura inminente en la que estoy a punto de sumergirme.

—¿Estás lista? —pregunta con tono más serio mientras termino de colocar la última navaja.

—Más que nunca.

—Entonces voy a preparar la canción.

—¿De verdad vas a poner música? —respondo mientras me dirijo a la puerta.

—Todo desenlace épico necesita una buena banda sonora —bromea, con una sonrisa forzada.

Atraviesa la habitación con unos cuantos pasos rápidos y largos y me rodea con los brazos para atraerme hacia sí al tiempo que me besa en la coronilla. Le devuelvo el abrazo, armándome de valor y conteniendo la respiración.

—Te quiero, hermanita —me dice en voz baja.

—Te quiero, hermanito —respondo, estrechándolo más.

Él se echa hacia atrás y me sujeta la barbilla con la mano cuando nuestros ojos se cruzan.

—Ahora ve y mátalos a todos mientras yo reduzco el pueblo a cenizas.

Asiento con la cabeza.

—Fase diez.

CAPÍTULO 14

LOGAN

El intento de combinar sabiduría y poder rara
vez ha sido exitoso,
y solo por un corto periodo de tiempo.

—ALBERT EINSTEIN

—¿Por qué no está pasando nada? —le pregunto a Hadley mientras observo los monitores que llevan una hora mostrando imágenes aleatorias del pueblo completamente evacuado.

Aparece una pantalla que muestra el mapa térmico que Jake había apagado antes. En él se ve todo el pueblo, pero las únicas huellas de calor provienen de un solo edificio.

—El ayuntamiento —dice Hadley para sí misma, haciéndose eco de mis propios pensamientos—. Han sacado a todo el mundo menos a los ayudantes del *sheriff*.

—¿Quiénes son estos? —pregunto, señalando a los que está cerca de la periferia del pueblo y la huella que se encuentra justo en el límite, pero todavía dentro del término municipal.

—Probablemente ese sea Jake o Lana, y este igual —dice Hadley, señalando una huella de calor que se mueve por las calles como si estuviera caminando.

Se me revuelve el estómago al fijar la mirada en los que están en movimiento.

—Estos de aquí probablemente sean algunos de los agentes que enviaron a las afueras del pueblo por alguna razón —continúa Hadley, señalando los tres puntos que hay a un lado.

Antes de que pueda hacer más preguntas, aparece un recuadro con un mensaje.

¿Estás lista? ¿O prefieres apartar la vista?

La cosa se va a poner fea.

Hadley contiene el aliento, con la mirada fija en el texto.
—¿Es Jake? —pregunto, inclinándome hacia delante.
—Sí —me contesta mientras responde.

¿Qué hacen esos ayudantes
fuera del pueblo?

Al instante, aparece otro mensaje.

Los he enviado yo allí. Son inocentes.

Hadley me mira a los ojos, y en ellos veo una pregunta.
—Necesito verla, Hadley.
Ella asiente y vuelve a escribir.

Logan está conmigo. Quiere ver a Lana.

Las cámaras muestran desde atrás una figura con una melena oscura, cargada con armas mientras camina por el pueblo con una mochila. Pero desde este ángulo no puedo verle la cara.

El corazón me late con fuerza en la garganta y llega otro mensaje.

Mejor que no mire. Ahora mismo,
Lana no tiene nada de dulce.

—Claro que voy a mirar —le digo a Hadley.
Ella deja escapar un suspiro y asiente.

Estamos dentro.

Otro mensaje.

Revisa tu correo y, cuando termines,
te daré un asiento en primera fila
para el espectáculo.

Hadley cambia inmediatamente la pantalla de su ordenador portátil y veo que tiene un correo electrónico de una dirección extraña. Lo abre y se me revuelve el estómago al comprobar que hay un vídeo. También hay montones de archivos por descargar, toda una recopilación de pruebas.

El ordenador emite un pitido con lo que parece un nuevo mensaje y Hadley abre el buzón.

Solo tienes que descargarlo.

Los archivos harán el resto.

Hadley ni siquiera se lo piensa. Descarga los archivos y, en cuestión de segundos, oímos barullo fuera.

Me acerco a mirar por las persianas y veo a todo el mundo de pie y acercándose a los monitores. La pantalla muestra las mismas imágenes que vi antes en Delaney Grove, solo que esta vez también hay grabaciones de lo que pasó detrás de las cámaras, incluidas aquellas en las que salen unos tipos maniatados confesando sus pecados de aquella noche.

Echo un vistazo por la puerta, entreabriéndola solo un poco.

—Se supone que debéis luchar por la verdad y no por los corruptos —dice la voz de Saw tras la máscara de espejo.

Todo el mundo se mira con los ojos como platos mientras el vídeo continúa reproduciéndose.

—Tened cuidado, porque hay ojos que os observan sin que os deis cuenta —añade la voz, mostrando una nueva pantalla con caras conocidas.

El director McEvoy entra corriendo, con expresión de pánico al verse a sí mismo en la pantalla hablando con Johnson hace diez años en Delaney Grove.

—¡Tú has colaborado en este desastre, así que arréglalo! — grita McEvoy, señalando con el dedo a Johnson —. Deshazte de las pruebas. Elimina cualquier informe relacionado con esos críos. Y destruye todo lo que nos vincule a este pueblucho abandonado de la mano de Dios.

Todos miran al director, que se apresura a desenchufar el monitor del techo. Pero enseguida se enciende otro.

—¿Y qué pasa con mi equipo? Ya están intentando sacar esto a la luz — sisea Johnson.

—Yo me encargaré de ellos — gruñe McEvoy.

Todos dirigen su mirada hacia el horrorizado director, que se da la vuelta y sale corriendo de la sala, probablemente hacia su despacho.

—¡Apagadlo! —grita a lo lejos—. ¡Averiguad quién está haciendo esto!

Hadley sonríe mientras cierro la puerta y abro las persianas para poder estar pendiente de todos. Probablemente ahora vendrá alguien a buscarme.

—No te preocupes —dice Hadley con una sonrisa—. He hecho que parezca que esos archivos los ha introducido en el sistema el propio director McEvoy. Aparecerá su dirección IP por todas partes. No podrán relacionarlo con nosotros.

La pantalla del despacho de Craig sustituye la imagen de las huellas de calor por una toma panorámica del pueblo, justo cuando empieza a sonar música.

Echo un vistazo y veo a Johnson entrando en el ayuntamiento desde otro ángulo de cámara, y vuelvo a fijar la mirada en la chica vestida con *leggings* negros y una camiseta roja sin mangas que recorre el pueblo, armada hasta los dientes.

—Disturbed —dice Hadley, sonriendo.

—¿Qué? —pregunto, cautivado por la ferocidad que por fin puedo ver en esos inquietantes ojos verdes.

—Disturbed. *Down with the Sickness* —responde—. La canción. Le viene al pelo.

Lana saca una máscara de color rojo con líneas negras y se la pone.

—¿Por qué una máscara? —pregunto, confundido.

—No lo...

Antes de que pueda responder, en las pantallas que hay fuera del despacho aparece un canal de noticias con una primicia filtrada por

un informante del FBI, que probablemente sea Hadley haciéndose pasar por McEvoy. Es el mismo vídeo que acabamos de ver, pero sin las escenas explícitas en las que aparecen Victoria, Marcus y Robert Evans.

Vuelvo a mirar el monitor que tengo cerca, en el que se ve a Lana caminando por las calles vacías del pueblo, rumbo al ayuntamiento.

Siento un nudo en el estómago y se me seca la boca al verla tomarse su tiempo.

En otra pantalla vemos a uno de los agentes mirar hacia uno de los altavoces que reproduce la canción en bucle y dice algo que no puedo oír, cuando se da la vuelta y entra en el edificio.

Sale otro, que también lo mira, y le oigo pedir entre gritos que llamen al *sheriff*.

A estas alturas, creo que Lana ya lo ha matado, teniendo en cuenta el rato tan largo que llevaban ambos desaparecidos.

El último agente retrocede justo cuando Lana dobla la esquina, a menos de una manzana del ayuntamiento. Se lleva la mano a la espalda, agarra la mochila y la lanza a la acera junto al edificio cuando llega a él.

Desvío la mirada hacia la pantalla de la sala principal y compruebo que la cadena de televisión está retransmitiendo en directo desde Delaney Grove. Se me encoge el corazón al ver a Lana allí, sacando una escopeta.

Veó cómo la carga una vez y luego se apoya contra la pared junto a la puerta. Su pecho sube y baja rápida y violentamente, y luego cruje el cuello hacia un lado antes de abrir las puertas de una patada.

La pantalla del televisor mantiene la imagen, pero la que tenemos cerca emite otras en las que veo a todos los ayudantes dirigir sus miradas de sorpresa hacia Lana. Ella dispara sin dudar, y se me revuelve el estómago cuando la mitad de la cabeza de uno de los ayudantes del *sheriff* explota antes de que pueda siquiera echar mano de su arma.

Inmediatamente recarga la escopeta y vuelve a disparar, esta vez atravesando el pecho de otro.

Es como si la sorpresa inicial se disipara y recuperaran la compostura, ya que todos sacan sus armas al mismo tiempo.

Lana se lanza al suelo y se desliza por él, disparando de nuevo con la escopeta y alcanzando a un ayudante del *sheriff* en la cintura.

—Y encima tiene buena puntería —dice Hadley sin emoción alguna.

El corazón se me sale del pecho y miro las noticias, que siguen mostrando solo el ángulo desde fuera mientras informan sobre el despropósito de la venganza de Lana y Jake contra el mundo.

Aquí todos se limitan a mirar, como si no debiéramos hacer nada. Están demasiado atónitos como para reaccionar al oír los disparos en ráfagas sucesivas y las ventanas rompiéndose y volando por los aires con el impacto de las balas.

Miro hacia nuestra pantalla privada y veo a Lana deslizándose por el suelo y quitándose la máscara. Al parecer, la careta era solo para las noticias, porque allí dentro le da igual que la vean.

Lo que significa que...

—Planea seguir viva —digo con el pecho encogido.

—Entonces, ¿por qué coño se mete en una habitación llena de agentes entrenados —gruñe Hadley, furiosa, mientras Lana se agacha y vuelve a rodar por el suelo, tirando su escopeta descargada a un lado y sacando dos pistolas Glock.

Ella dispara rápido, alcanzando a la multitud de tipos con placas. Uno intenta salir corriendo, pero la puerta no se mueve, al parecer cerrada con llave.

Otro trata de saltar por la ventana rota, pero se detiene y cae al suelo entre sacudidas. De alguna manera han creado un campo eléctrico que convierte el edificio en una prisión.

—Mierda —sisea Hadley cuando Lana salta sobre un escritorio, aterriza encima de él mientras dispara y vuelve a lanzarse para esconderse detrás de otro escritorio.

El corazón me da más vueltas a mí en el pecho que las que está dando Lana. Mi instinto me pide que vaya a salvarla, pero no llegaría a tiempo. Me está matando tener que ver cómo se enfrenta sola a todos ellos.

—Ah, joder —susurra Hadley cuando voy a abrir la puerta para poder escuchar mejor lo que está pasando ahí fuera.

—¿Qué? —pregunto, tratando de evitar ver cómo Lana se enfrenta sola a todo un ejército.

—El pueblo está ardiendo —murmura Hadley, señalando otra pantalla.

La pantalla muestra ahora a tres agentes inconscientes, junto con tres personas también sin conocimiento tumbadas unas encima de otras en la parte trasera de un SUV, lejos del incendio.

El fuego parece avanzar hacia el pueblo, y va extendiéndose alrededor de la estructura laberíntica formando un círculo perfecto, como si un pirómano experimentado controlara la dirección de las llamas.

—Él sí que sabe subir la temperatura. Esto me está poniendo cachondísima —dice Hadley en voz baja mientras me coloco detrás de ella.

—Llevan años planeando esto, probablemente él más que ella —contesto mientras me obligo a volver a mirar a Lana.

Está acorralada en una esquina, sonriendo mientras le disparan sin cesar. Las balas solo pueden alcanzarla si cambian de ángulo, pero pueden mantenerla arrinconada allí hasta que finalmente consigan atravesar el acero.

—Parece... ¿feliz? —dice Hadley antes de tragar saliva con dificultad.

Es como si quisiera morir, lo que significa que quizá no llevaba la máscara para ocultar quién era porque no esperaba salir viva de esto.

—¿Y si solo llevaba esa máscara porque no quería que nadie la relacionara conmigo? —pregunto con la voz entrecortada.

Hadley contiene la respiración, pero yo lucho contra las emociones y me niego a perder la esperanza de que Lana tenga intención de vivir.

Se aleja de la esquina, gira sobre sí misma y vuelve a disparar con ambas armas al mismo tiempo. Milagrosamente, ninguna bala le da, pero su puntería es casi perfecta, ya que acierta en cuatro cabezas antes de lanzarse detrás de otro escritorio.

Vuelca la mesa y la lanza con una patada contra un ayudante del *sheriff*, que cae delante de ella. Luego lo agarra, lo levanta de un tirón y lo utiliza como escudo humano durante un breve instante mientras dispara contra otros dos.

Los está haciendo retroceder. Por alguna razón, a medida que avanza, ellos se acercan cada vez más a la puerta del sótano.

Finalmente, uno se mete corriendo y ella deja caer su escudo cuando una bala atraviesa al hombre y la alcanza a ella en el hombro. Respiro aliviado al ver que no es más que un rasguño. Jake incluso amplía la imagen, como si estuviera tan asustado como yo.

Vuelve a dejar la cámara como estaba cuando Lana dispara por encima del escritorio para mantenerlos acorralados al fondo.

—¡Llamad a la Guardia Nacional! ¡Movilizad a todos los putos efectivos que tengáis! —se oye gritar a alguien por teléfono fuera del despacho donde estamos.

El que se había escondido en el sótano sale corriendo, con los ojos muy abiertos y asustado, mientras grita a los demás algo que no puedo entender entre los disparos.

Algo cambia. Empiezan a avanzar, arriesgando sus vidas al descubierto en lugar de permanecer protegidos mientras abren fuego contra ella sin piedad.

Ella se agacha y se cubre la cabeza mientras uno de ellos agarra un MK 47 y dispara a ráfagas.

Avanza a rastras cuando de repente echa la cabeza hacia atrás y abre la boca para gritar mientras la sangre brota de su pierna.

—¡No! —grito, y abandono corriendo el despacho hacia la salida.

El hombre que me ha estado observando y que custodía la puerta me empuja por el pecho.

—Quédate donde estás —gruñe.

—¡Déjame pasar! —le espeto, estirando el brazo para coger mi arma, pero Leonard se abalanza sobre mí y me sujeta la mano antes de que pueda hacerlo.

—¿Qué coño estás haciendo? —grita.

—¡La van a matar, joder!

Me empuja hacia atrás y me arrastra de nuevo hacia el despacho de Craig. Se queda pálido cuando ve nuestra pantalla secreta.

—Te meterán entre rejas. Es imposible que llegues a tiempo —sisea, cerrando de un portazo mientras vuelve a fijar la mirada en el monitor.

Johnson sale de la oficina del *sheriff* por primera vez desde que Lana entró. Se acerca por detrás y dispara rápidamente mientras ella se arrastra entre dos escritorios.

Veo cómo el miedo en sus ojos se convierte en ira mientras vuelve a cargar sus armas. Saca una navaja y la veo saltar para ponerse de pie sobre su única pierna sana y lanzar el arma. Los ojos de Johnson se abren de par en par segundos antes de que la navaja se le clave en la frente, pero entonces se oyen disparos más rápidos y observo cómo su cuerpo se sacude y cae tras recibir las balas.

—¡No! —grito de nuevo, estrellando el puño contra la pared mientras el corazón se me encoge.

Entonces miro a Leonard.

—El helicóptero. ¡Llévame al puto helicóptero ahora mismo!

Él niega con la cabeza despacio.

—Incluso aunque pudiéramos llegar, sería demasiado tarde, Logan.

El estómago se me revuelve y el corazón me implosiona en el pecho mientras me deslizo por la pared con la cabeza entre las manos. Soy incapaz de moverme, como si todo mi cuerpo se hubiera convertido en piedra. Las lágrimas me queman los ojos cuando veo a Lana arrastrarse sin fuerzas por el suelo para seguir disparando a los ayudantes del *sheriff*.

No puedo mirar.

No puedo verla morir.

CAPÍTULO 15

LANA

Me gustaría yacer a tus pies
y morir en tus brazos.

—VOLTAIRE

El dolor se extiende por todo mi cuerpo y lo único que oigo es un rugido constante de disparos interminables.

Grito mientras me hago un torniquete para intentar detener la hemorragia. Me duelen el pecho y la espalda por la cantidad de balas que han impactado en el chaleco, pero no lo han atravesado. Me arde el hombro por el rasguño, aunque queda eclipsado por la bala que me perforó la mano antes.

A continuación, me envuelvo la mano tratando de controlar el temblor mientras lucho contra el dolor. La voz de Jake llega a través de mi auricular, y respiro hondo antes de disparar a los hombres que tengo detrás.

—¡Tienes que salir de una puta vez de ahí, Lana! ¡Saben lo del sótano!

—No puedo —digo con esfuerzo, disparando desde la esquina y acertando a un tipo en la rodilla. Cae al suelo, y su MK 47 sigue descargando balas a lo loco mientras se desploma. Una bala perdida alcanza a otro de los agentes, pero no lo suficiente como para matar a ese cabrón.

—¡Tienes que hacerlo! —espeta Jake—. ¡No has llegado hasta aquí para morirme ahora!

Me niego a dejar que las lágrimas caigan mientras echo la cabeza hacia atrás a tiempo de evitar una nueva ráfaga de disparos. La barrera de escritorios que he construido no seguirá frenando las balas. Los tres juntos solo las aplacarán durante un poco más de tiempo.

—Tengo que hablar con él —digo en voz baja, ahogando un sollozo mientras intento ponerme de pie, pero volviendo a caerme porque me duele demasiado la pierna como para moverla.

—¡No! No vas a despedirte, Lana. No voy a dejar que hables con él. ¡Sal de ahí! La explosión no se puede detener y tú lo sabes. El mecanismo es infalible. Tienes nueve minutos y cincuenta y cuatro segundos.

Golpeo la parte posterior de mi cabeza contra el escritorio con la visión nublada por las lágrimas que se agolpan en mis ojos. Miro fijamente la puerta con desconsuelo. Esos seis metros parecen estar mucho más lejos bajo las interminables ráfagas de fuego implacable.

Son más difíciles de matar de lo que esperaba. No están tan acobardados como habíamos previsto.

En todo lo demás, hemos acertado.

—Te quiero —le digo a Jake, aguantando el dolor mientras me giro para seguir disparando.

—Como te mueras, no te lo perdonaré —dice, enfadado.

Noto la emoción en su voz y siento su angustia desde aquí.

—El fuego se acerca, Lana. Faltan exactamente nueve minutos. Sal. De. Una. Puta. Vez.

—¿Te acuerdas de cuando éramos pequeños y encontramos ese cartucho de dinamita en el sótano de tu padre?

—No, Lana. ¡No hagas esto, joder! —me suplica mientras las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas.

Disparo a ciegas solo para evitar que se acerquen, y levanto el arma.

—Nos dijiste que era demasiado peligroso jugar con eso, pero yo os convencí de que sería divertido. Marcus y tú intentasteis detenerme, pero no os hice caso.

—¡Maldita sea, Lana! ¡Que salgas! ¡Sal ahora mismo!

Intento volver a levantarme, pero grito de dolor al caer al suelo una vez más. Parpadeo para apartar las lágrimas y exhalo profundamente mientras sigo luchando por controlar el dolor y evitar que me abrume.

Ojalá no hubiera rechazado la sugerencia de Jake cuando hace unos meses propuso usar una granada.

Aun así, no podría salir de aquí a tiempo. Me duele demasiado. No puedo mover la pierna, y como no puedo correr, es inútil intentarlo.

—Tú querías analizarlo, pero yo solo quería volar cosas por los aires —digo, riéndome sin ganas.

—No lo hagas —susurra él.

—Así que volamos ese viejo granero que había a las afueras del pueblo. Yo encendí la mecha y lo lancé, y Marcus te cubrió con su cuerpo cuando estalló. La explosión no me alcanzó, pero la fuerza del impacto me golpeó en la espalda como si fuera un muro sólido y me lanzó al otro lado del campo. No teníamos ni idea de que fuera tan potente.

—Para —vuelve a decir, incluso cuando oigo el rugido de un motor de fondo.

A estas alturas ya debería estar lejos del pueblo.

—Más tarde me lo explicaste. Me explicaste lo que había pasado. Estuve dolorida durante unas dos semanas. Nos reímos. Fue una experiencia cercana a la muerte como nunca habíamos vivido, y la adrenalina nos duró unos cuantos días. Cada vez que me dolía algo, un chorro de adrenalina me recorría el cuerpo al recordar aquello.

—Para, por favor —repite con apenas un susurro entrecortado.

—Tú siempre eras la voz de la razón. Yo siempre era la cabeza loca. Debí haberte hecho caso —le digo con esfuerzo.

—Sal de ahí —sisea.

—No llores por mí, Jake. He sobrevivido gracias a ti. Tú me mantuviste viva —consigo decir, sin dejar de disparar a ciegas por encima de mi cabeza para que no avancen.

—¡Que no te despidas, me cago en la puta! —me grita antes de que la llamada se corte.

—Adiós —susurro.

Con la mano vendada y palpitando de dolor, intento marcar el número de Logan sin fuerzas. Me cuesta, pero al final lo consigo.

Contesta al segundo.

—Por favor, dime que eres tú —dice con tono angustiado.

—Te quiero —le digo al móvil, todavía disparando a los del otro lado.

—No. No me hagas esto. Lucha, Lana. Sal de ahí. Puedes hacerlo. Sé que puedes. He visto de lo que eres capaz.

Solo de escuchar la desesperación genuina en su voz se me rompe el corazón.

—Me has vuelto a enseñar lo que es vivir. Lo había olvidado —le digo en voz baja, esperando que me oiga por encima del ruido de los disparos de fondo.

—Eres el único motivo por el que sigo respirando, Lana. No te rindas. Ahora no. No después de todo lo que has soportado.

Las lágrimas comienzan a brotar sin control de mis ojos cuando los cierro y dejo que los sonidos continúen zumbando a mi alrededor.

—Tú también eres un superviviente —susurro—. Y haces del mundo un lugar mejor. Nunca dejes de hacerlo.

—¡Lana!

Me grita antes de colgarle cerrando los ojos de nuevo y sin dejar de disparar a mi espalda.

En algún lugar se oye una fuerte explosión, que se asemeja a una nueva ráfaga de disparos. Estoy demasiado débil para mantener los ojos abiertos.

Sé que Logan lo está viendo.

Sé que Hadley también.

Me obligo a abrir los ojos para mirar hacia la cámara más cercana, pero solo veo un agujero negro sin reflejo alguno... Ya no me está viendo. Traje la bolsa con mi nueva identidad; está ahí fuera, esperando a que la recoja.

Hay un *quad* esperándome para atravesar la zona del bosque a la que no ha llegado el fuego.

Iba a coger un avión y reunirme con Jake en el lugar que habíamos acordado.

Iba a vivir.

Había muchas otras formas de hacerlo, pero en el fondo ambos sabíamos que estaba tentando a la muerte para reunirme con mi familia. Pensaba que era una idea agradable.

Me di cuenta demasiado tarde de que aún quería vivir.

Me di cuenta demasiado tarde de que no estaba preparada para morir.

Grito de dolor mientras lucho en vano por levantarme una vez más, con el rostro bañado en lágrimas. Pero estoy aquí atrapada, inmovilizada. No hay escapatoria.

Moriré con ellos.

Miro hacia los agujeros de las cámaras que me rodean, todos ellos opacos, lo que significa que están apagadas.

Será un final trágico y poético que inmortalizará todo lo que he hecho.

Al menos nadie lo verá.

De repente tengo una cara delante de mí y más lágrimas brotan de mis ojos al ver a mi hermano.

—Marcus —susurro, tocándole la mejilla con las lágrimas corriéndome por la cara.

Su rostro desaparece con mi caricia y yo me derrumbo entre sollozos y dejo de disparar.

La cara de Logan es lo último que pasa por mi mente antes de ver cómo se acerca el fuego.

CAPÍTULO 16

LOGAN

Dicen que los milagros
son cosa del pasado.

—WILLIAM SHAKESPEARE

Todas las pantallas se apagan a la vez y solo se oye un zumbido sordo que envuelve el ambiente. Sacudo un monitor como si eso fuera a conseguir que la pantalla volviera a funcionar.

—Ha cortado la conexión de las cámaras —dice Hadley, escribiendo en el teclado a toda velocidad.

—¡Recupérala!

—¡Eso intento!

Las lágrimas me queman la cara y lo único que puedo hacer es evitar desplomarme.

Leonard está sentado en silencio, retorciéndose las manos mientras mira al suelo y balancea la rodilla.

Las noticias informan de la interrupción de la retransmisión en directo, pero apenas puedo oír lo que dicen.

El corazón me martillea en el pecho.

—¡Lo tengo! —grita Hadley cuando la pantalla vuelve a encenderse.

Miro hacia el fuego que se acerca al ayuntamiento y, de repente, este explota con un ruido ensordecedor que retumba a través de los altavoces a nuestro alrededor. Me tambaleo hacia atrás mientras en el edificio no dejan de sucederse los estallidos que lo hacen volar por los aires a intervalos sucesivos.

El silencio se apodera de toda la sala y la cadena de noticias vuelve a emitir cuando Hadley reactiva el enlace.

Todos los que están fuera de la sala siguen las noticias con la misma conmoción con la que nosotros miramos nuestra pantalla.

Pero yo apenas me doy cuenta de lo que ocurre cuando me derrumbo y me pongo a lanzar todo lo que encuentro a mi alcance.

Los cristales se rompen a nuestro alrededor. Unas voces me llaman por mi nombre. Todo y nada sucede al mismo tiempo cuando le doy un puñetazo a Leonard en la cara y forcejeo para librarme de las manos que me sujetan contra el suelo.

El hielo y el fuego me envuelven sin piedad, y me vengo abajo. Todo mi cuerpo se convierte en piedra al verme inmovilizado y obligado a ver cómo las llamas se propagan por el edificio y envuelven el pueblo.

Es imposible que haya salido a tiempo.

CAPÍTULO 17

LOGAN

Tres meses más tarde...

Me paso la mano por la barba de tres días mientras miro los expedientes que tengo delante.

—Bienvenido de nuevo —dice Elise cuando pasa al lado de mi escritorio y me mira con cara de preocupación.

Solo tres de nosotros sabemos por qué me derrumbé hace tres meses. Solo tres de nosotros sabemos por qué no volveré a ser el mismo.

Todo el mundo piensa que me vine abajo porque nos echaron del pueblo cuando más nos necesitaba.

Cuando llegaron las ambulancias y los camiones de bomberos, solo quedaban llamas que no pudieron apagar a tiempo para salvar nada. El pueblo ardió, dejando tras de sí solo estructuras carbonizadas y vacías.

Los cuerpos quedaron irreconocibles. Estaban demasiado calcinados como para que pudieran identificarlos. Y los únicos lugares donde aparecieron cadáveres fueron el ayuntamiento y la casa del *sheriff*.

Durante tres meses no se ha hablado de otra cosa en las noticias, que vierten información contradictoria procedente tanto de fuentes fiables como falsas.

Por eso he vuelto.

Lana dio su vida por la verdad.

Lo último que voy a permitir es que vuelvan a echarle tierra encima.

Elise hace una pausa, como si esperara una respuesta. Solo inclino la cabeza hacia ella en señal de agradecimiento y ella suspira mientras termino de escribir el informe completo.

Hadley no ha dejado de buscar a Jake, pero no ha dado con él. Si sobrevivió, ya debe de estar muy lejos, posiblemente sumido en el estupor del alcohol tras presenciar la muerte de su mejor amiga.

No hay duda de que por eso apagó la transmisión. No podía soportar verlo. Ojalá yo tampoco lo hubiera visto.

Nunca debí haberme ido de Delaney Grove. Debí haber arriesgado mi carrera. Ahora no me siento bien en ninguna parte.

No me di cuenta de que nada más importaba hasta que la perdí.

Nada de lo que defendía valía más que ella.

Nada de lo que consideraba importante tenía ningún valor real.

Todo lo que tengo carece de sentido sin ella.

Podía haberla salvado, pero en lugar de hacerlo me fui. Está muerta por mi culpa.

Después de leer el informe por última vez, lo imprimo y me levanto. Leonard me mira al pasar por delante de camino a la fotocopidora y observa cómo guardo los papeles en una carpeta.

—¿Es tu primer día tras tu vuelta y ya estás preparando un nuevo expediente?

Niego con la cabeza.

—No. Estoy arreglando el viejo informe que se niegan a hacer público.

Suspira con hastío.

—Déjalo estar, Logan. Nunca van a admitir la verdad públicamente. La Agencia entera ha quedado en entredicho por todo lo que se ha publicado. Ya han hecho todas las concesiones que se van a permitir hacer.

—Aun así, siguen empeñados en que las acusaciones sobre la falsificación de pruebas de ADN son una falacia y una mentira. Afirman que las pruebas de vídeo no son auténticas. Y, además, no mueven un dedo por limpiar el nombre de Robert Evans.

—Ni lo harán —dice en voz baja, poniéndome una mano en el hombro—. Como te dije, ya han hecho todas las concesiones que están dispuestos a hacer. El director ya no está. Johnson ha muerto. A partir de ahora, se acabó la corrupción, Logan.

Miro el archivo que tengo en las manos.

—Lo que Collins diga hoy determinará si eso es cierto o no —digo cuando vuelvo a levantar la vista.

Él exhala y yo coloco de nuevo el expediente sobre la mesa. Tengo una reunión con el director Collins en breve. Lo que diga marcará mi rumbo a partir de ahora.

Durante los últimos tres meses, he estado de baja. Todos coincidieron en que necesitaba un descanso después de la crisis nerviosa que sufrí. También me eximieron temporalmente de mis funciones hasta que me sometiera a una evaluación psicológica en el departamento.

Si alguien supiera lo que he perdido, nadie pondría en duda mi cordura. Sabrían con certeza que estoy demasiado jodido para estar aquí sin necesidad de un papel que se lo dijera.

Durante mi baja forzosa, la única forma que tenía de no perder la cabeza era investigar el caso del asesino original. Nadie intentó detenerme, y Collins me proporcionó toda la información que necesitaba o solicitaba. Incluso hacía que Leonard me la llevara a casa.

Al principio, no conseguí descifrar el misterio.

Al principio, tenía todo el sentido del mundo que fuera el *sheriff*, salvo por lo que respectaba a su hija. Eso lo trastocaba todo.

Pero entonces me di cuenta de que las mujeres no eran más que sustitutas. Y una vez que descubrí por qué lo eran y a quién sustituían... todo cobró sentido.

Especialmente cuando relacioné el detonante con una fecha concreta: la del primer asesinato. No es de extrañar que Johnson nunca relacionara ambas cosas. Se centró en un solo hombre y amoldó las pruebas a su teoría.

Nunca se tomó la molestia de mirar a su alrededor, algo que yo sí hice, hasta que finalmente me obligué a descartar al *sheriff*.

No tenía sentido que Lana matara a tanta gente de formas tan espantosas y que nunca fuera a por el asesino original que había empezado todo esto. No tenía sentido que no hubiese descubierto quién era habida cuenta de lo increíblemente inteligentes que eran ella y Jake.

Pero entonces descubrí lo ingeniosos que eran en realidad.

Me di cuenta de hasta qué punto habían pensado y planificado cada detalle del magistral plan que pusieron en marcha.

Ojalá me hubiera dado cuenta antes de perderla de lo insignificante que era el resto del mundo para mí sin Lana. Ahora podría estar con ella. Los dos habríamos podido sobrevivir juntos a esa tormenta de fuego.

Pero, en cambio, dejé que pensara que mi carrera y mi moral eran más importantes que ella.

Me equivoqué.

Ella es lo único que me importa.

El tiempo pasa lentamente mientras recopilo el resto de la información, y lo imprimo todo por si acaso lo de Collins no sale como espero.

Hadley se acerca a mi escritorio y se sube de un salto.

—¿Por qué estás investigando a esa tal Olivia? —pregunta con curiosidad, mostrando una página que trae consigo.

—Porque necesitaba cierta información.

Ella refunfuña.

—Eso es obvio. Pero ¿qué haces investigando a una microbióloga que además es hermana de una de las víctimas del asesino original?

—Porque recibió pagos de una cuenta ficticia que relacioné con Jake. Todo el dinero de esa cuenta se transfirió directamente a la de Olivia el mismo día que pasó todo.

Ella exhala con un silbido.

—¿Y eso?

—Porque sabían quién era el asesino original. Ahora yo también lo sé. Y entiendo por qué no había logrado encontrar ningún indicio de represalias hasta ahora.

—¿Por qué? —pregunta ella en voz baja.

—Porque son la hostia de brillantes.

Miro el reloj de mi ordenador y me pongo de pie mientras recojo el expediente que he preparado.

—Luego te lo cuento todo —le digo con una sonrisa tensa—. Ahora tengo una reunión.

Ella asiente con la cabeza, sabiendo lo que está por venir, aunque ambos esperamos estar equivocados. He apoyado a Collins durante

mucho tiempo. Siempre se ha caracterizado por su integridad. Espero que el cargo no lo haya corrompido.

Le suena el teléfono, ladea la cabeza y sale corriendo hacia su cubículo. La observo un momento mientras pulsa teclas a toda velocidad, pero luego recuerdo que tengo una misión entre manos.

Me dirijo a la oficina del director con el expediente en la mano. Toda la información es precisa. Se trata del caso original, que hay que reabrir, y del verdadero sospechoso, al que hay que detener para que pase el resto de sus días sumido en la miseria.

Collins responde cuando golpeo con los nudillos su puerta y entro.

—He preparado el expediente para reabrir el caso original —le digo.

Se pone tenso de inmediato.

—Acabas de reincorporarte, Logan. Técnicamente, ni siquiera has terminado tu periodo de servicio administrativo.

—Por suerte lo he preparado estando en la oficina —bromeo, lanzando el expediente sobre su escritorio.

Sé lo que va a decir incluso antes de que lo diga. Une las manos delante de la cara antes de exhalar un largo suspiro.

—Soy consciente de que Robert Evans no era el culpable, pero el asesino o bien está muerto o entre rejas.

—En realidad, vive no muy lejos de aquí —le digo, con los ojos entrecerrados.

Ni siquiera le echa un vistazo al documento. En cambio, mantiene la mirada fija en mí.

—No tienes ni idea de la presión que supone para mí arreglar todo esto. Y...

—Quieres decir encubrirlo todo —gruño.

—Maldita sea, Logan. ¡Ya te lo he explicado! —espeta, dando un golpe en la mesa con la mano—. Si reabro esta investigación y admito que uno de los nuestros falsificó pruebas de ADN, será el fin de tu unidad. Por no hablar de que es posible que otros muchos asesinos en serie pidan reabrir sus casos e incluso salgan de prisión si sus abogados logran demostrar que hay dudas razonables sobre la culpabilidad de sus clientes.

—Todo esto no es más que política —digo sin rodeos—. No eres mejor que McEvoy.

Aprieta los labios y entrecierra los ojos hasta que no son más que rendijas.

—Estoy limpiando el desastre que él dejó, pero puedo prometerte que nadie más pasará por lo que pasó esa familia mientras yo esté en este cargo.

—No, el nombre de un hombre inocente seguirá mancillado porque te da demasiado miedo defender lo correcto.

Maldice y se pasa la mano por el pelo.

—Está muerto, Logan. Destruir tu unidad y toda la buena labor que ha desempeñado no va a devolverle la vida a ese hombre. En este momento, el fin justifica los medios.

Me levanto cuando comprendo que no va a ceder. Me deshago del arma de servicio y la tiro sobre la mesa junto con mi placa.

—Entonces considera esto mi renuncia —le digo.

Él abre los ojos como platos.

—No seas tonto, Logan. Tómate más días libres. Estás tan metido en este caso que no piensas con claridad.

—No puedo pensar con más claridad. Me uní al FBI con la ingenua idea de que siempre haríamos lo correcto, sin importar las consecuencias personales que ello pudiera acarrear. Dediqué cada minuto de mi tiempo a este trabajo, sacrificando cualquier oportunidad de llevar un estilo de vida normal o de vivir de verdad. No ingrese aquí para que me corrompiera precisamente la institución que se supone que debe regirse por el honor. No voy a formar parte de algo así. Afuera hay mucha corrupción, pero al menos allí podré tener una vida.

Parece frustrado, pero no tanto como yo.

—Estás cometiendo un error —me dice cuando empiezo a irme.

Me giro para mirarlo.

—No, los estoy arreglando, director. Que no se te olvide.

Cierro de un portazo detrás de mí y vuelvo a la oficina para recoger mis cosas. La gente me mira al pasar y Leonard me lo nota en la cara antes de bajar la vista hacia la funda vacía que llevo en la cadera.

De todas formas, nunca me ha gustado llevar corbata.

Me la quito y la tiro a un rincón de mi oficina. Cojo una caja y empiezo a recoger las pocas cosas a las que les tengo cariño. Entre ellas, la foto de Lana y yo que puse en mi escritorio hace mucho tiempo.

Hadley entra cuando estoy terminando y cierra la puerta tras de sí.

—Ni te molestes en decirme que estoy cometiendo un error —digo sin levantar la mirada.

—No voy a hacerlo —responde, acercándose a mí a toda prisa.

Frunzo el ceño al ver lo abiertos que tiene los ojos.

—¿Qué? Si es por un caso, deberías llevárselo a Donny.

—Logan, acaban de encontrar a Jason Martin muerto y castrado en Carolina del sur —dice con el tono susurrante que se reserva para las palabrotas.

La sangre bulle por mis venas y aprieto la caja que llevo en las manos antes de volver a dejarla sobre el escritorio.

—¿Ha sido...?

Las palabras se me atascan en la garganta, porque, si me equivoco, esa esperanza podría destruirme.

Ella asiente lentamente con la cabeza.

—Me han enviado las fotos. Les he dicho que no era nuestra Muerte Escarlata porque estaba muerta. Pero es ella, Logan. Es el mismo tipo de navaja, la pared estaba pintada de rojo y no había signos de vacilación. Además, llevaba calzado de mujer. No ha sido Jake. Ha sido ella. Está viva, Logan. Está viva de verdad.

Las lágrimas comienzan a brotar de sus ojos mientras me desplomo en mi silla, sin poder mantenerme en pie y con la piel erizada. No me atrevo a creerlo porque, si Hadley estuviera equivocada, sé que sería mi sentencia de muerte.

—He estado buscando a Jake desde ese día, pero no lo he encontrado por ninguna parte. Revisé registros de vuelos y no encontré ninguna prueba de entrada o salida. Ese cadáver llevaba más de un mes allí, pero acababan de descubrirlo. Lo encontraron en el sótano de una casa que llevaba tiempo en venta —continúa.

—Sé dónde puedes buscarlos y creo que sé cómo puedes encontrarlos —susurro mientras recojo mis cosas.

—¿Qué?! ¿Cómo?

La miro a los ojos.

—Si te vas con él, no podrás volver, Hadley. Si vienes conmigo ahora mismo, será el fin de tu vida aquí. ¿Lo entiendes? Sería demasiado peligroso para ellos que mantuviéramos cualquier tipo de vínculo con este mundo.

—Tendré todo listo en una hora —dice sin pensárselo—. No puedo dimitir, ya que es un puesto obligatorio, pero puedo esfumarme. Puedo hacer que ambos desaparezcamos si me das dos horas.

—Hazlo —le respondo—. Te espero en la entrada dentro de diez minutos.

—¿Qué hacemos?

—Voy a hablar con la única persona que puede darme respuestas. Tú te vas a casa a prepararlo todo, incluido vaciar nuestras cuentas.

Coge el portátil de su cubículo sin detenerse. No miro atrás para ver si alguien nos está observando.

—¿Adónde vas? —me susurra.

—A conocer la verdad.

CAPÍTULO 18

LOGAN

No aman aquellos que no muestran su amor.

—WILLIAM SHAKESPEARE

Cuando llego, hay una nota en la puerta. La arranco y la leo mientras sacudo la cabeza. Me guardo el papel en el bolsillo y entro sin llamar.

Encuentro al hombre en la habitación del fondo, en un estado de salud bastante deteriorado. Está en una cama de hospital, conectado a monitores y goteros, probablemente con el fin de mitigar el dolor lo justo para que no pierda el conocimiento.

Tiene los parpados caídos cuando me ve, y yo acerco una silla y me quedo mirándolo fijamente. El tubo que tiene en la boca le impide hablar, pero existen otras formas de obtener respuestas. Al fin y al cabo, soy perfilador. Las microexpresiones son mi especialidad.

—Me alucina que Lana siga sorprendiéndome —digo en voz baja.

Parece confundido, y yo sonrío porque sé que no tiene ni idea de quién es Lana.

—Un psicópata con tendencias narcisistas —afirmo con un suspiro—. Ese debió de ser el perfil. Un psicópata puede fingir empatía. Es capaz de imitar la culpa, el remordimiento e incluso el dolor emocional. Hasta puede convertirse en un actor creíble con una vida bien organizada. Para ser sinceros, eso los convierte en los más difíciles de detectar. A veces uno no sabe que su vecino es un psicópata.

Hago un gesto con la mano señalando la casa aparentemente inofensiva en la que vive.

—Tardé un poco en darme cuenta, pero, cuando lo hice, todas las piezas encajaron en su sitio. La madre de Victoria era preciosa, si es

que las fotos le hacían justicia —digo, inclinándome hacia delante con los ojos fijos en los suyos.

La máquina que le monitorea el pulso pita un poco más rápido al mencionar a Jasmine Evans.

—Hasta en el momento de su muerte en ese accidente de coche, seguía siendo igual de hermosa que en el instituto. Es curioso que nunca se me ocurriera investigar su pasado. Al fin y al cabo, todas las víctimas eran muy parecidas a ella de joven, con la excepción de Rebecca Cannon. Pero ella murió por un motivo diferente. Alguien quería que el *sheriff* se dejara cegar por la ira y estuviera dispuesto a acabar con cualquiera con tal de castigar a alguien.

Me recuesto en la silla, estudiando su expresión cuando entrecierra los ojos. El monitor emite un pitido un poco más rápido.

—Su novio del instituto aparecía con ella en una de las fotos del baile de graduación. No puedo creer que nunca me diera cuenta. Pero en aquel momento tenía la mente ocupada con un asesino completamente diferente. Que resultó ser la chica a la que amo junto con un tipo conocido como Jake Denver.

El monitor comienza a pitar mucho más rápido y sus ojos acusan la sorpresa.

—Victoria Evans no murió esa noche. Jake le salvó la vida.

De nuevo, el aparato empieza a pitar como loco.

—Era guapísima, como su madre, y es sorprendente que Jake, quien apreciaba tanto la belleza masculina como la femenina, nunca la viera como otra cosa que una hermana. Pero él estaba enamorado de su hermano. Odiaba a todos los que habían contribuido a provocar el desastre que acabó con el amor de su vida.

Él no aparta la mirada, incapaz de hablar, y sé que eso lo está matando. Un hombre enamorado del poder se encuentra ahora confinado en una cama, viviendo con un dolor agonizante y una infinita sensación de impotencia. Ni siquiera ahora puede articular palabra por el tubo que tiene en la garganta y que lo mantiene con vida, así que lo único que puede hacer es escuchar.

—Ni siquiera puedes mear sin un catéter, ¿a que no? —le pregunto, y entonces me doy cuenta de que las sábanas están

mojadas—. Supongo que Olivia decidió quitártelo en tus últimos momentos.

Mis ojos vuelven a encontrarse con los suyos, y percibo la furia que inunda su mirada.

—¿Quieres escribir una nota? —le pregunto, colocándole un boli en su mano dominante.

Intenta agarrarlo torpemente con la mano izquierda, pero no lo consigue y se le cae al suelo. Sonríó como un sádico hijo de puta, que es como me siento ahora mismo. Me complace verlo sufrir.

—De todos modos, prefiero hablar yo —digo encogiéndome de hombros—. Olivia era la última pieza del rompecabezas. Me preguntaba por qué Lana... ¿He dicho ya que Victoria es Lana? Bueno, que por qué ella y Jake no se habían molestado en ir a por el hombre que había iniciado el efecto dominó. Pero yo estaba buscando una tortura y una muerte similares a las de todos los demás.

Los pitidos del monitor se hacen cada vez más intensos.

—Sin embargo, ellos ya lo tenían todo planeado. Y comenzaron a torturarte mucho antes que al resto. Olivia era hermana de Caroline, una de las víctimas originales. A diferencia de Caroline, Olivia no se parecía en nada a la hermosa Jasmine Evans. Su pelo rojo y su tez más clara le resultaban indiferentes al asesino, que buscaba matar a la misma mujer una y otra vez. Olivia defendió a Robert Evans, dijo que era imposible que él fuera capaz de cometer tales atrocidades. Ella conocía a Robert, que había estado a solas con su hermana en innumerables ocasiones, siempre echándole una mano para arreglar cualquier cosa que se estropeara en su casa, ya que Olivia estudiaba y ninguno de las dos podía permitirse contratar a un profesional.

Suspiro larga y profundamente, pensando en cómo la vida pudo ser tan cruel con un hombre tan bueno.

—Robert nunca les cobró nada. Era un tipo estupendo. Probablemente fue por eso por lo que Jasmine se enamoró de él y se olvidó de un hombre que solo era capaz de amarse a sí mismo. Y seamos sinceros, ese hombre buscó a otra mujer, pero la única persona que le hizo sentir el dolor del rechazo fue la que se enamoró de un hombre que estaba tan por debajo de él que

resultaba repugnante. Odiabas a Robert Evans, pero se te daba muy bien ocultarlo.

Le miro a los ojos, que siguen ardiendo de odio hacia mí, mientras desenmascaro su magistral disfraz.

—Lo odiabas con toda tu alma, pero fingías ser su mejor amigo incluso mientras dirigías la investigación hacia él con el fin de castigarlo por haberte *quitado* a una mujer. A un hombre como *tú*. ¿Cómo se atrevía, verdad? ¿Me estoy olvidando de algo, Christopher Denver?

El monitor emite pitidos cada vez más rápidos, lo que me indica que su enfado sigue aumentando.

—Debería haberme dado cuenta de que colocabas todos tus galardones en la parte más alta de las paredes, por encima de los de tu hijo. Debería haber prestado atención a todas las grabaciones que guardabas del juicio. Y a los numerosos vídeos que tenías de Jasmine Evans. Reconociste su voz nada más oírla.

Saco una copia del mismo archivo que preparé para Collins.

—Tu esposa murió después de caer con su coche por un puente. Murió cuando tu hijo era pequeño. Nadie cuestionó los sospechosos moretones que tenía. Todo el mundo lo achacó al accidente. Pero no fue un accidente, ¿verdad? La castigabas constantemente porque Jasmine había elegido a Robert en lugar de a ti, y acabó con su sufrimiento de la única forma que pudo.

Paso a la siguiente página.

—Tu primer asesinato fue en el aniversario de la ruptura con Jasmine. Fue el mismo día de su primera cita con Robert, algo que el perfil había sugerido como detonante *de él* en lugar del tuyo.

Vuelvo a pasar la hoja y empiezo a leer los datos que he recopilado desde que descubrí la implicación de Olivia.

—Mencionaste que tenías que obligar a tu hijo a venir en vacaciones, pero no hice el cálculo hasta más tarde. Al fin y al cabo, las disputas familiares suelen ser habituales. Simplemente no fui consciente de lo mucho que te odiaba hasta que por fin lo comprendí todo. Jake pasaba más tiempo con la familia Evans que en su propia casa porque incluso entonces ya te odiaba. No obstante, no supo con certeza que eras un monstruo hasta el año

pasado, cuando finalmente lo descubrió todo, más o menos en navidades.

Levanto el expediente e intenta leer entre líneas lo que estoy diciendo. Pensó que era demasiado brillante como para que lo descubrieran.

No tiene ni idea. Su propia arrogancia será su perdición.

—Te creíste más listo que nadie. Después de todo, te habías ido de rositas en innumerables asesinatos. No te detuviste ni siquiera cuando Evans fue a la cárcel por los crímenes que tú habías cometido. Porque después mataste a otra chica, como para burlarte del *sheriff*, utilizando el mismo *modus operandi*. Pero luego imitaste a otros asesinos en serie de todo el país copiando su estilo y atribuyéndoles esas muertes. Cualquiera que tuviera una victimología similar a la tuya. Incluso después de tanto tiempo, seguías queriendo castigar a Jasmine Evans.

Sigo pasando las páginas, repasando los innumerables movimientos de la tarjeta de crédito que situaban a Jake en esta ciudad durante dos semanas completas, más o menos por la misma fecha en que se realizó la primera llamada telefónica a Olivia precisamente desde esta casa.

—Pero lo que no esperabas es que tu hijo fuese más listo que tú —digo, burlándome del hombre, cada vez más furioso—. Nunca te diste cuenta de que había elaborado un plan aún más complejo y magistral que el tuyo.

Sigue ajeno a lo más interesante.

—El año pasado, cuando tu hijo la llamó, Olivia trabajaba como microbióloga en un prestigioso laboratorio. Fue justo en la época en que pasó dos semanas seguidas en tu casa, probablemente recopilando todas las pruebas que necesitaba para reafirmar su decisión. Estoy segura de que se lo contó a Lana... Ya no le hace ni pizca de gracia que la llamen Victoria.

Desvía la mirada mientras empieza a intentar encajar las piezas que voy desgranando.

—Sospechabas que Victoria había sobrevivido, ¿verdad? Incluso nos lo insinuaste. Pero no estabas seguro. Ni siquiera antes de descubrir la verdad, Jake nunca te confió ese secreto. Su lealtad era

solo hacia ella —continúo, observando cómo la furia sigue aumentando—. Asumiste que Olivia era una joven encantadora que te apreciaba por intentar «salvar» a Robert Evans. Después de todo, lo defendiste. De forma muy deficiente, debo añadir. Un hombre tan inteligente como tú debería haberse esforzado un poco más por exculpar a su mejor amigo de unos asesinatos que no cometió. Pero tú no eras realmente su amigo, ¿verdad? Estoy seguro de que Jake también se dio cuenta cuando volvió a ver las imágenes del juicio con la mente despejada y la perspectiva que da la distancia.

Paso la página una vez más.

—Pero ¿por qué Olivia renunciaría a su codiciado puesto en el laboratorio, algo por lo que se había esforzado tanto, para venir a cuidarte cuando contrajiste una extraña enfermedad? Tu hijo comenzó a hacer ingresos semanales en su cuenta cuando empezó a venir a ayudarte. Tú también hacías ingresos semanales. ¿Por qué cobrar dos veces?

Sonríó mientras me inclino hacia delante, observando cómo la comprensión se extiende por su pálido rostro.

—La microbiología... es un campo fascinante. Se aprende muchísimo sobre parásitos. Alguien con los conocimientos adecuados podría utilizarlos para matar lentamente a una persona. Para despojarla de todo su control en el transcurso de un año. Para enfermarla gradualmente de una forma que los médicos que no sean especialistas en ese campo nunca podrían comprender. Sobre todo si se utilizara un parásito exótico o algo similar. No estoy diciendo que fuera eso lo que hizo, pero es lo suficientemente brillante como para haber descubierto una forma de matarte lentamente sin que nadie detectara la causa, todo mientras te cuidaba y los médicos se daban por vencidos y te recetaban la mitad de la farmacia.

Señalo la bandeja de medicamentos que está cerca de la pared. El número de frascos se ha multiplicado desde mi última visita.

—Pero el final se acercaba, así que Olivia aceleró su plan, empujándote más rápido al límite, vengando a su hermana y a todas esas otras mujeres. Y tu hijo financió su proyecto. Lana cedió su propia venganza a quienes la necesitaban aún más. Y aquí estás:

impotente, débil, indefenso, completamente desamparado y, literalmente, meándote encima.

Se le llenan los ojos de lágrimas; lágrimas de ira mezcladas con odio puro y sin adulterar.

—Ella hizo lo que tenía que hacer y me dejó esta nota. Por alguna razón, sabía que yo vendría —digo, levantando el papel y leyéndolo en voz alta—. «Ya es demasiado tarde para él. Hice todo lo posible por prolongar su agonía. Pero ahora ya no puedes salvarlo. Buena suerte buscándome».

Bajo la nota y le dedico una sonrisa.

—Ella cree que quiero salvarte y encontrarla para poder meterla entre rejas. No comprende por qué estoy aquí realmente.

Saco mi pistola, la amartillo mientras me levanto y vuelvo a guardarme el papel en el bolsillo.

—Debes saber que tu hijo era el doble de inteligente que tú, porque no mataba solo por sentirse poderoso. Mataba por venganza. Y su propio padre ayudó a asesinar al chico al que amaba.

Le apunto con el arma a la entrepierna, casi haciendo una mueca al pensar en lo que está por venir. Pero Lana tiene que saber que no pienso marcharme cuando la encuentre. Un acto imperdonable bastará para no poder regresar jamás.

—Por mucho que quiera que te mueras lentamente, necesito demostrarle a mi chica que voy en serio con lo de quedarme con ella. Vine convencido de que verte agonizar me bastaría, pero hoy algo ha cambiado. Algo que todavía me da miedo aceptar sin reservas hasta que lo vea con mis propios ojos. Por primera vez en mi vida, tengo esperanza.

Me pongo los tapones en los oídos y me crujo el cuello hacia un lado. Él hace un ruido y abre mucho los ojos cuando pongo el dedo en el gatillo.

—Que te diviertas en el infierno, Christopher.

Acto seguido, le vació el cargador en la entrepierna. Los monitores se vuelven locos con el impacto, y empieza a tener convulsiones mientras la sangre se extiende por las sábanas y las mantas.

Reservaron la tortura más larga para el peor de los culpables. Como ya he dicho, había subestimado la verdadera genialidad de las mentes retorcidas.

Cuando guardo la pistola, me quito los tapones de los oídos y cojo el teléfono. Dispongo de poco tiempo antes de que descubran el cadáver. Collins y mi equipo sabrán que soy yo en cuanto descubran quién es.

Yo lo identifiqué como el asesino original.

Acaba muerto con múltiples disparos en la entrepierna.

No hace falta ser un genio para atar cabos.

Llamo a Hadley mientras salgo de la casa, dejando atrás la última pieza del intrincado rompecabezas.

—¿Estás listo? —me pregunta.

—Llegaré en quince minutos. ¿Los has encontrado?

—Todavía no, pero lo haré.

CAPÍTULO 19

LANA

Dondequiera que vayas,
ve con todo tu corazón.

—CONFUCIO

Hace tres meses pensé que iba a morir.

Pero, una vez más, me salvó mi hermano, aunque no el mismo.

Jake entró disparando sin cesar y lanzó una bomba de humo. Ojalá se me hubiera ocurrido usar una bomba de humo. Estaba demasiado ocupada creyéndome invencible.

Creí haber visto a Marcus, pero no era él. Era mi otro hermano. El que me había apoyado en las buenas y en las malas y me había sacado del pozo una última vez justo a tiempo para salvarme.

Y logramos salir antes de que el fuego nos alcanzara. Antes de que el edificio explotara. Antes de que nadie supiera que me había salvado.

Él ya había sobornado al personal del hospital, que cerró un ala como si yo fuera de la realeza, y me atendieron hasta que estuve lo suficientemente recuperada como para poder viajar por mar, en el yate que Jake había comprado porque hubo que cambiar los planes de vuelo para que nadie supiera de mi estado.

De vez en cuando, compruebo cómo está Logan, o al menos lo intento. Ha estado de baja, pero Jake no quiere piratear la base de datos del FBI para sacar más información.

Sabemos que tenemos que dejar atrás a Logan y Hadley. Es lo más seguro para ellos.

No podemos condenar la corrupción y, al mismo tiempo, arrastrar a más almas a nuestra condena sin aceptar que somos unos hipócritas.

Recojo la ropa interior de Jake y me quejo mientras la tiro en el cesto de la ropa sucia, un objeto que él parece no encontrar nunca.

Todavía cojeo un poco, pero cada día me siento más fuerte.

La mano se me ha curado mucho más rápido que la pierna, pero el médico asegura que voy a recuperarme por completo y que solo me quedará una cicatriz a modo de recuerdo. De todos modos, no me importa tener nuevas cicatrices. Estas cuentan una historia de supervivencia incluso mejor que las otras.

Ahora mismo estamos un poco perdidos, buscando un nuevo propósito en el que canalizar toda nuestra energía. Jake se ha vuelto muy bueno pescando, por extraño que parezca. A los dos se nos da muy bien pasar medio día borrachos.

Ya casi no me duele la pierna. Cuando se me cure del todo, volveré a estar contenta.

Mi manzana de cera está expuesta con orgullo junto a un retrato de los restos carbonizados de Delaney Grove, y sonrío con satisfacción al comprobar la cantidad de clavos que sobresalen de ella. El último lo añadí hace más de un mes. Solo falta un clavo más para completar mi obra de arte en forma de manzana.

Algo cae al suelo y me giro rápidamente, con un cuchillo en la mano, justo a tiempo para ver una mancha negra de pelo que se esconde detrás de mi sofá. Veo el posavasos que ha tirado de la mesa y maldigo a Bennett.

—Bennett —le digo entre dientes a la bola de pelo.

Un pequeño maullido sigue a la reprimenda cuando Bennett asoma la cabeza por detrás del sofá y me mira con ojos inocentes. Maldito gato.

Le lleno el cuenco de comida y él se desliza por el suelo de baldosas resbaladizo cuando se acerca a él. Luego me pongo unas sandalias y salgo a dar mi paseo diario para ir ganando músculo en las piernas.

Al menos se me da bien la rehabilitación.

Como de costumbre, me pongo los auriculares y empiezo a escuchar música mientras busco en internet cualquier noticia de Estados Unidos que pueda estar relacionada con una posible confesión de la verdad por parte del FBI.

Sé que es poco probable, a pesar de las numerosas pruebas, pero sigo esperando que algún día se limpie el nombre de mi padre.

Según un artículo, Delaney Grove ha iniciado su reconstrucción. La gente está tratando de recomponer el pueblo, y el torpe pero simpático ayudante ha sido nombrado nuevo *sheriff* del condado. Quizás haya contribuido a ello el hecho de que le perdonáramos la vida, junto con la de otras dos personas que no estaban involucradas.

El resto del mundo puede que nos olvide a nosotros y el legado que dejamos, pero Delaney Grove habrá cambiado para siempre. Allí nadie lo olvidará.

Y puede que Jake y yo hiciéramos un largo viaje de vuelta a Estados Unidos solo para matar a Jason y así hacerle saber a Logan que seguía viva.

Jake tuvo que ayudarme a reducirlo, ya que todavía no me muevo con la misma rapidez debido a la lesión de la pierna.

Pero no sé si Logan llegó a descifrarlo. Les llevó más tiempo del que esperaba recuperar el cuerpo. Vaya. Esa casa debe de ser la menos interesante del mercado.

Sin embargo, lo descubrieron hace más de dos semanas y hasta ahora no ha pasado nada sospechoso. Jake está demasiado ocupado pescando y sigue demasiado enfadado conmigo como para hackear nada, así que me tengo que conformar con los artículos normales que lee todo el mundo.

Sigue habiendo mucho revuelo, y han surgido extrañas teorías conspirativas que eclipsan la verdad.

Pero hay un artículo en particular que me hace perder el equilibrio cuando estoy justo delante de mi casa. Lo leo a toda velocidad, tratando de comprender lo que dice.

El mismo día en que se descubrió el cadáver de Jason, murió otro hombre, pero su cuerpo no fue hallado hasta ayer por la tarde.

Lo que me pone los pelos de punta es el nombre de esa persona. Christopher Denver.

Olivia no nos ha llamado para contarnos nada. Al menos Jake no lo ha mencionado. Aunque, por otra parte, sigue cabreado conmigo por haber estado a punto de morir, así que, como parte de mi castigo, tengo que sacarle información con un sacacorchos.

Me giro y miro hacia la playa, donde Jake está tumbado con una caña entre las piernas, durmiendo y pescando al mismo tiempo. Camino con dificultad por la arena, con una mueca de dolor cuando intento correr. Entonces le doy una patada al muy idiota.

Un fuerte quejido sale de sus labios cuando me arrodillo a su lado.

—¿Qué leches haces? —espetta, frotándose el costado mientras me fulmina con la mirada.

—¿Cuándo te ha llamado Olivia? Y ni se te ocurra negármelo.

Se le ve realmente confundido.

—Aún no me siento lo bastante seguro como para ponerme en contacto con Olivia desde un nuevo número, ya que ha habido cierto movimiento de las autoridades federales en torno a ella. He configurado su teléfono para que le envíe alertas si alguien descubre su paradero y le he preparado una nueva identidad. Si tiene que marcharse, irá a la casa franca y yo recibiré una notificación cuando lo haga.

Él levanta su móvil y yo me hundo un poco más en la arena mientras le paso el mío para que lea.

Primero lee el artículo por encima y luego se incorpora de golpe hasta quedar sentado.

—Olivia no le habría disparado —dice, sacudiendo la cabeza—. Se conformaba con alargar el proceso todo lo posible una vez que empezaron a fallarle los órganos.

—Pues algo tuvo que pasar. No la veía yo de las que van por ahí disparando a la entrepierna, pero así es como murió desangrado.

—A lo mejor es porque pasó demasiado tiempo contigo —bromea, sin dejar de leer.

Recuerdo el día en que Jake descubrió la verdad. Yo ya tenía mis sospechas, pero no me atrevía a creerlo del todo. Hasta que Jake volvió a casa y juntos confirmamos lo peor.

Tenía todas las copias de los DVD de su padre en las manos y lágrimas en los ojos. Volvimos a ver juntos el juicio y observamos algún que otro desliz, como cuando Christopher sonreía mientras mi padre lloraba.

Esto se hizo más que evidente en un vídeo casero en el que su padre no podía apartar la mirada de mi madre en una fiesta de cumpleaños. Y apretó los dientes cuando mi padre se acercó y la besó provocándole una risita mientras la abrazaba.

Fue una revelación muy dolorosa.

El mejor amigo de mi padre.

El padre de mi mejor amigo.

El hombre que se sentaba en nuestra mesa en las fiestas cuando éramos niños era el mismo que había condenado a mi padre a la peor muerte imaginable.

Fue entonces cuando llamamos a Olivia.

Jake ni se lo pensó. Ya lo odiaba, pero aseguró que después de eso su padre había muerto para él.

Comenzó el tratamiento que Olivia había elaborado: un nuevo parásito sintético en el que había estado trabajando en el laboratorio. Y así comenzó todo. Lo primero que perdió fue el apetito sexual. Ni siquiera una pastillita azul podía solucionarlo.

Lo segundo fue la energía.

A partir de ahí, las cosas empezaron a empeorar poco a poco, de forma agonizante. Ella nos aseguró que el dolor se volvería insoportable, y estaba encantada de contribuir a que así fuera.

Jake la ayudó a sacar el parásito sintético de las instalaciones del laboratorio e incluso hackeó los archivos donde se almacenaba información sobre él. Ella también se llevó algunos más para el final.

Mi papel fue insignificante. Lo único que tuve que hacer fue estar atenta durante la planificación.

No se trataba solo de mi venganza. Era más de ellos que mía.

Christopher Denver le hizo daño a mi padre de formas inimaginables, hasta desempeñó el papel de mejor amigo y abogado, pero, a fin de cuentas, Jake no dejaba de ser su hijo. Él fue quien más sufrió.

Por culpa de su padre, Jake perdió al amor de su vida.

Por culpa de su padre, a la hermana de Olivia la violaron y asesinaron.

Mi dolor quedó en un segundo plano. Ya tenía suficientes personas a las que matar.

—Esto es una locura. Olivia debería fugarse si sospechan de ella —dice Jake con aire pensativo, sacándome de mi ensimismamiento.

—Dicen que sospechan de un hombre —digo, confundida—. No la buscan a ella.

—¿Puedes encontrar más información al respecto? —me pregunta mientras intento minimizar la pantalla.

—No. No es más que un artículo breve que apenas menciona el tema. Veré qué puedo encontrar, pero conozco a alguien que sabe mucho más que yo de informática.

Le doy un codazo en el pecho y él gruñe mientras se frota la zona como si le hubiera hecho daño, pero me guiña un ojo.

—Ahora mismo no. Estaba en medio de un sueño muy bueno en el que hacía un trío. Me gustaría retomarlo.

Lo miro con los ojos entrecerrados y él suspira mientras se recuesta de nuevo.

—Lo investigaré más tarde, Lana. Sinceramente, me importa un carajo quién lo mató. Solo me alegro de que ese hijo de puta por fin esté muerto.

Se tapa la cara, y su respiración se vuelve estable mientras vuelve a quedarse dormido. Pongo los ojos en blanco, me levanto y vuelvo a la casa.

Por una vez, Bennett no se abalanza sobre mis pies en cuanto entro, y me quito los zapatos mientras miro a mi alrededor y lo llamo haciendo ruido de besos.

—¡Bennett! Venga, minino. Tengo que darte un baño.

Como no viene, frunzo el ceño. Normalmente se nos echa encima en cuanto nos ausentamos un minuto.

Decido buscarlo más tarde, voy a la nevera y cojo una botella de agua, pero dejo la mano suspendida sobre ella mientras la miro y ladeo la cabeza.

Tengo la costumbre de contar las cosas y fijarme en todo lo que me rodea, siempre atenta a cualquier cambio. Y estoy segura de que esta mañana había tres cervezas junto a mi botella de agua. Ahora solo hay una.

Lentamente, cojo mi agua mientras un escalofrío me recorre la espalda. Es posible que Jake ya haya empezado a beber, pero lo

dudo, teniendo en cuenta que tampoco había latas de cerveza junto a él.

Tengo la sensación de que hay alguien más aquí, pero procuro no mostrar mi inquietud mirando de un lado a otro. A mi espalda está el salón, así que cojo un cuchillo y una manzana fingiendo que voy a pelarla.

Dejo la botella de agua y pincho en mi manzana de cera un nuevo clavo que representa al segundo hombre al que más deseaba ver muerto, pero me detengo al darme cuenta de que está girada. Miro esta manzana todos los días. Sé que no está en el ángulo correcto.

Recorro la casa y no veo nada fuera de lugar, pero hay más arena de lo normal en el comedor. Bennett ya debería estar pegado a mis pies, pero no es así.

Empiezo a pelar la manzana despacio mientras me dirijo al salón, donde un escalofrío me recorre la espalda y me pone tensa. No me cabe duda de que ahora mismo hay alguien mirándome.

—Como le hayas hecho daño a mi gato, no sabes la que te espera.

Me doy la vuelta, con el cuchillo en la mano, mientras dejo caer la manzana, pero me quedo paralizada al ver a alguien sonriéndome desde la esquina.

Logan se separa de la pared y estoy tentada de pellizcarme para asegurarme de que no estoy teniendo alucinaciones ni soñando.

—¿Le has puesto Bennett a tu gato? —pregunta con los labios apretados cuando se me cae el cuchillo de la mano—. No tengo muy claro cómo me siento al respecto —continúa mientras avanza hacia mí.

Mi pierna mala amenaza con ceder y tropiezo, pero los brazos de Logan me rodean al instante y su aroma me envuelve cuando me sujeta por la cintura.

Inclino la cabeza hacia atrás mientras las lágrimas comienzan a nublar me la vista, y él me mira expectante.

—Estás aquí —digo con voz rasposa. Un comentario ridículo después de tres meses.

—Me hiciste creer que estabas muerta —responde, con la voz tensa.

—No quería arriesgarme a contactar contigo y buscarte problemas —le explico a toda prisa—. Te tenían pinchado el móvil porque causabas problemas incluso estando de baja y...

Me pone un dedo en la boca para detener mi verborrea.

—Todavía no saben que fuiste tú. ¿Mataste a Jason para demostrarme que seguías viva o solo era un asunto pendiente? En comparación con los demás, no te ensañaste mucho, casi como si llevaras prisa.

Me quita el dedo de los labios, deslizándolo, y yo me estremezco contra su cuerpo mientras miro fijamente esos ojos azules que conozco tan bien.

—Era la forma más segura de hacértelo saber. No pensé que tardarían tanto en encontrarlo. Y no pude hacerlo antes porque no podía andar sin muletas hasta...

Me hace callar al posar sus labios sobre los míos, y me derrito contra él, deleitándome con la sensación de su beso. Las lágrimas brotan de mis ojos cuando lo beso con más intensidad, aferrándome a él como si fuera incapaz de soltarlo.

Me quedo sin aliento y mareada cuando finalmente interrumpe el beso, pero consigo secarme las lágrimas y hablar.

—¿Cómo me has encontrado?

—Dijiste que si pudieras estar en cualquier lugar sería en Grecia conmigo. Esperaba que eso significara que vendrías aquí a esperarme —dice en voz baja, acariciándome la barbilla con el pulgar.

—Pero tu trabajo...

—Lo he dejado —dice, observándome con atención.

—Y tu vida...

—Está dondequiera que estés tú. No deberías haber sido tan perfecta si no querías que te quisiera tanto.

Exhalo un suspiro de frustración al oír esa palabra. «Perfecta». Sabe que la realidad está muy lejos de eso ahora mismo.

—Mi intención no era que sacrificaras todo por...

Vuelve a besarme, seguramente para callarme, pero no me importa. Cualquier excusa para tener sus labios sobre los míos es buena.

Finalmente, interrumpe el beso.

—Ingresé en el FBI para hacer justicia —dice, rozando mis labios con los suyos—. No para jugar a la política. Prefiero estar en Grecia contigo que en casa, a las órdenes de otro. Y antes de que se te ocurra la brillante idea de abandonarme porque crees que me estás arruinando la vida, debes saber que ya no puedo volver atrás.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué?

—Porque me aseguré de que no hubiera forma de que te quedara duda alguna.

Busco sus ojos con la mirada y al fin lo comprendo.

—Fuiste tú quien disparó a Christopher —susurro conmovida.

—Ese fue el mensaje que te dejé yo —continúa—. No pensé que tardarían tanto en encontrar el cuerpo.

Tiemblo en sus brazos, consciente de lo descabellado que resultaría ese gesto de amor para el resto del mundo. Pero para mí, las rosas y los poemas nunca podrán compararse.

—Entonces, ¿has venido para quedarte? —pregunto, todavía aturdida.

—No puedes volver a dejarme nunca más. Supongo que no hay más secretos, ¿verdad?

—No hay más deudas que saldar —le aseguro.

Me mira fijamente a los labios como quien contempla algo fascinante sin dejar de sujetarme la barbilla mientras me empuja hacia mi habitación. Me imagino que se ha familiarizado con la casa.

—¿Dónde está mi gato? —pregunto, lo cual suena ridículo.

—Me sorprendió que tuvieras una mascota —comenta con tono burlón, evadiendo mi pregunta.

—¿Se ha escapado?

—No —responde, con una sonrisa aún más amplia—. Seguramente esté ronroneando por ahí encima de...

—Ah, qué bien. Ahí estás —giro la cabeza al oír la voz de Hadley cuando sale de mi habitación con Bennett ronroneando en sus brazos—. Tu gato tiene unas calvas que me están rayando.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, perpleja.

Ella se encoge de hombros, examinando el horrible pelaje de Bennett, que poco a poco va mejorando.

—¿Dónde iba a estar si no? Ahora, hablemos de tu gato... ¿Qué le pasa?

—Era un gato callejero y tenía algo pegado en el pelo. Jake le afeitó lo que parecía pegamento hace unas dos semanas, cuando lo encontramos.

Ella pone los ojos en blanco.

—Hablando de Jake, ¿dónde está?

—Es el tipo que está durmiendo en la playa con el brazo en la cara.

Hadley nos sonríe y deja a Bennett en el suelo antes de salir corriendo hacia la puerta. Espero que Jake esté preparado para llevarse una sorpresa. También espero que para él no haya sido solo una aventura, básicamente porque ha venido hasta Grecia.

—Retomemos lo que estábamos haciendo —dice Logan, volviéndome la cara para que lo mire—. Le pedí a Hadley que buscara una lista de apellidos. Sabía que no te cambiarías el nombre. Cuando vi Lana Voorhees, supe que eras tú. De algo me ha servido haber visto *Viernes 13* una y otra vez cuando era niño.

Sonríó como una idiota sin motivo aparente.

—Yo también.

Vuelve a acariciar mis labios con los suyos sin dejar de retroceder hasta mi habitación.

—Entonces fue aún más obvio cuando vi que Jake Vlad también figuraba en esta dirección. No estoy muy convencido de que Vlad le pegue como apellido.

—En Halloween siempre se disfrazaba de Vlad el Empalador cuando éramos críos —explico, sin dejar de sonreír.

Somos así de morbosos.

—Yo he escogido un apellido mucho menos obvio —dice, con gesto indiferente.

—No me digas.

—White —añade, esbozando una media sonrisa.

—¿Por Carrie White?

Asiente lentamente con la cabeza sin dejar de empujarme hacia la habitación hasta que mis piernas chocan contra la cama. En un solo movimiento, se inclina y me lanza sobre el colchón arrancándome un gritito.

Se tumba encima de mí y yo me río como una idiota mientras le sonrío y él me besa la punta de la nariz.

—Entonces esto es real. Tú y yo. ¿De verdad vamos a estar juntos?

—No podrás librarte de mí —dice, y me besa en los labios.

—No me puedo creer que estés aquí. —Gimo cuando comienza a recorrerme el cuello con los labios.

Se apoya en los codos cuando empiezo a desnudarme. Se queda mirándome, pero finalmente decide quitarse también la ropa. En cuanto ambos estamos desnudos, se coloca entre mis piernas, pero sin dejar de mirarme a los ojos mientras me retira un mechón de pelo de la cara.

—Decidí que si pudiera elegir cualquier lugar del mundo en el que estar sería dondequiera que estuvieras tú —dice antes de besarme, acallando cualquier comentario cursi y empalagoso que hubiera podido salir de mi boca.

Y yo le devuelvo el beso con todo mi ser mientras él se hunde en mi interior, llenándome de tal manera que todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo se cubren de electricidad.

—Te quiero —susurro contra sus labios.

—Te quiero, Lana Voorhees —responde con una sonrisa.

Es nuestra propia versión retorcida de la perfección.

Epílogo

LOGAN

Tres años más tarde...

Lana se ríe con Hadley mientras leen la última carta de Laurel. Lindy May envía todas las cartas de Laurel a Olivia. Y Olivia las manda a una casa que tiene Lana en Grecia, aunque nunca nos quedamos allí.

Laurel se ha convertido en una chica divertida e ingeniosa que ha logrado dejar atrás su pasado y seguir adelante. Lindy le ha brindado todas las herramientas para hacerlo, y ahora ella misma ha podido seguir con su vida tras haber salvado la de Laurel.

Su exmarido se suicidó hace poco más de dos años. Lana y Jake descorcharon una botella de champán para celebrarlo, ya que, al parecer, fueron ellos quienes lo empujaron a hacerlo.

Olivia también les escribe para contarles cómo les va a Cheyenne y Alyssa, que siguen viviendo con ella. Nadie sospechó de Olivia después de que yo acribillara a Christopher Denver.

Diana Barnes se mudó para vivir más cerca de su hijo. Él le compró una casa y ella por fin puede disfrutar de su vida sin que el pasado la persiga como una sombra amenazante. Cree que Lana murió en esa explosión, y Lana dice que es mejor que así sea.

De vez en cuando compruebo qué tal está mi equipo utilizando un teléfono desechable para contactar con Leonard. Él me asegura que nadie en nuestra unidad me está buscando. Casi todos piensan que me he vuelto loco. Él es el único que sigue allí y conoce la verdad.

Dice que Craig está feliz porque oficialmente es el más guapo de la unidad.

Pero sé que lo que hice todavía pesa mucho sobre todos ellos porque les preocupa que algún día pueda ocurrirles lo mismo. Lo que pasa es que no entienden lo improbable que es eso. Y yo no puedo explicarles por qué.

Jake baja las escaleras envuelto solo en una toalla. Sería estupendo *no* compartir la casa con él y con Hadley, pero vivimos en un casoplón y nunca separaría a Lana de su mejor amigo después de todo lo que han pasado.

Además, duermo tranquilo por las noches, más que nunca. Nuestra casa es el lugar más peligroso del mundo para intentar entrar a robar gracias a nosotros cuatro.

Un chico baja las escaleras, también con una toalla puesta, y Hadley le silba antes de levantarse y pavonearse por el comedor con el pelo revuelto y la ropa desaliñada.

—Me alegro de que por fin hayáis terminado. No aguantaba otra ronda —le dice a Jake mientras él la atrae hacia sí y le muerde los labios con una sonrisa.

—Todavía tienes otro asalto a solas conmigo esta noche —dice—. Y la semana que viene, tú eliges quién se une.

Ella sonríe como si acabara de darle un regalo de Navidad. Personalmente, no lo entiendo. Yo mataría a alguien si tocara a Lana, y no hay duda de que ella haría pedazos a cualquiera que me tocara a mí.

Literalmente.

Pero Jake y Hadley son bisexuales, y aunque nunca se engañarían el uno al otro, de vez en cuando invitan a determinadas personas a su dormitorio.

Dos veces al mes, para ser más precisos. Créeme, sé más de la vida sexual de Hadley de lo que *nunca* habría deseado.

—Quiero una chica —dice mientras el hombre con el que han pasado la noche se dirige al frigorífico como si estuviera en su casa.

—Hecho —le dice Jake, y ella vuelve a sonreír mientras yo me alejo discretamente del trío.

Lana intenta contener la risa cuando me acerco a ella porque sabe que no me gusta escuchar los detalles íntimos que a Jake y Hadley les encanta compartir.

Me coge de la mano y la levanto, rozando con el pulgar el rubí rojo de su dedo anular.

—¿Está lista, señora White? —le pregunto, meneando las cejas.

—Te estaba esperando.

—Ahora mismo, estoy deseando salir de aquí y subirme al barco.

Ella se ríe de nuevo mientras prácticamente la arrastro fuera de la casa. Ya tiene la pierna completamente curada. Camina sin cojear y ha vuelto a asistir a clases... de *kickboxing* para ser exactos. Aunque creo que sería más inteligente que ella misma las impartiera, porque es demasiado buena como para seguir siendo alumna.

Ella entrelaza sus dedos con los míos y yo me bebo una cerveza mientras caminamos por la playa en dirección al barco que nos espera.

Así ha sido nuestra vida durante los últimos tres años. No tenía ni idea de lo mucho que me estaba perdiendo. La vida es realmente maravillosa cuando te tomas el tiempo para vivirla.

Y lo más importante: bailamos todas las noches.

Hadley y yo nos hicimos cargo de la página web de Lana y Jake, ya que ellos habían emprendido otro negocio en internet que les exigía más dedicación. Lana subcontrató los trabajos de tasación a personas de confianza que necesitaban sacar un dinero extra.

Hace cinco años, nunca me imaginé dejando el FBI y pasando mis días con una asesina en serie parcialmente retirada mientras paseaba por las playas de Grecia. Nunca me imaginé compartiendo una casa con otra pareja. Nunca me imaginé nada de mi vida tal y como es hoy.

Por eso quiero tanto a Lana. No deja de sorprenderme, y estoy bastante seguro de que sería yo quien incendiaría el mundo si alguien intentara quitármela.

Para ella, eso me convierte en un romántico.

Me encanta mi vida.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta Lana con un suspiro mientras apoya la cabeza sobre mi brazo.

Dos meses después de llegar a Grecia, Lana y yo nos casamos. Solo estábamos nosotros cuatro y un oficiante, pero fue perfecto. Hadley y Jake tardaron dos años en seguir nuestro ejemplo.

—En lo loca que puede ser la vida y en lo bien que pueden salir las cosas —le digo, levantándole la mano para poder besarle los dedos.

Ella sonríe mientras se acurruca más cerca de mí, con su vestido blanco ondeando al viento.

Hoy es nuestro aniversario y vamos a salir en barco para pasar un largo fin de semana lejos de casa.

—Desde luego que nuestra historia es única —dice, deslizándose los brazos alrededor del mío y apretándolo contra sí.

—No sé por qué lo dices —digo con tono burlón.

Ella se ríe poniendo los ojos en blanco.

—Es verdad. Somos como una pareja cualquiera —dice con tono serio, pero esbozando una pequeña sonrisa.

—Romance con terror. Eso es un género, ¿no? —pregunto, sonriendo cuando le arranco una carcajada.

Ella da media vuelta y camina de espaldas de cara a mí.

—¿Quieres que sea sincera? —pregunta, mordiéndose el labio.

La agarro por la cintura, encantado con la forma en que se ríe cuando la levanto.

—Sí —digo, mordisqueándole la barbilla antes de besarla.

Me rodea la cintura con las piernas mientras me abraza con fuerza, y yo sigo cargándola en dirección al barco.

Con una sonrisa, me dice:

—Es mi historia de terror favorita de todos los tiempos.

Sonríe contra sus labios cuando llegamos al muelle, y ella se baja para caminar a mi lado, cogidos de la mano. Se está poniendo nerviosa. Lo noto.

Hay algo que debes aprender para amar a una chica como Lana. Tuvo que sacar algo de su interior para poder acabar con el reinado de terror de Delaney Grove.

Ese algo no puede encerrarse sin más.

Necesita cuidados especiales. Cuidados que le proporciono una vez al año porque disfruto ayudándola a mantener la cordura. Y tampoco puede vivir negando quién es.

Cargamos las cosas en el yate y ella se encarga de servir el champán, mientras nos alejamos del muelle y nos adentramos en el océano. Brindamos, y rozo mis labios con los suyos cuando se acerca.

Estamos navegando sin tierra a la vista cuando echo el ancla y compruebo los monitores para asegurarme de que estamos completamente solos y nadie puede molestarnos.

Ella me dedica una sonrisa, con los ojos brillantes de expectación.

—¿Estás lista para tu regalo? —le pregunto.

Ella sonríe de oreja a oreja.

—S .

Le cojo la mano y la gu o hacia la cubierta inferior. Ella me sigue, prácticamente pis ndome los talones por la emoción. En cuanto llegamos abajo y ve su regalo, se detiene y esboza una sonrisa que se va ensanchando cada vez más.

— C mo lo has conseguido? —me pregunta.

—En realidad fue un favor que me pidió un amigo. Al parecer, este tipo ha violado a varias chicas a lo largo de la costa, pero, debido a la inmunidad diplomática de su padre, nadie se atrevía a tocarlo. Estaban tramitando revocar esa inmunidad cuando su padre lo mandó de vuelta a Columbia.

Los ojos de ella brillan de emoción mientras Juan  lvarez abre desmesuradamente los suyos y trata de liberarse, insult ndonos con la boca amordazada. Lana ladea la cabeza y lo observa mientras él se sacude contra las cadenas.

— Y tu fuente es fiable? —pregunta ella, mirando a Juan, impaciente por pasar a la acción.

—Fue Leonard quien llamó. Su última víctima solo tenía quince años y la degoll . Confío en Leonard, y yo mismo revis  el expediente. Tienen pruebas físicas suficientes para demostrarlo, y ni siquiera se ha molestado en negarlo. Pero no pueden tocarlo.

Se pone de puntillas y me besa sin dejar de sonríe. Juan sigue intentando escapar en vano.

—Gracias —murmura mientras le paso la navaja.

La aferra con fuerza y su cuerpo tiembla ante la sensación de euforia que se avecina. Una cantidad excesiva podría arrebatarle el alma. Una dosis reducida podría hacer que se rebelara por no aceptarse como la persona en que se ha visto obligada a convertirse.

Pero una vez al año no hace daño. Y Leonard le saca partido, porque no todos los monstruos terminan en la cárcel.

Lana es única, y no cambiaría nada de ella. Porque ahora veo el mundo tal y como es realmente, y sé que mi único lugar está a su lado.

Me acerco por detrás a ella mientras pone la música y la rodeo con los brazos por la cintura para balancearnos al compás. Ella está ansiosa por ponerse manos a la obra, pero saborea el momento, provocándolo con la esperanza de no haberle excitado demasiado todavía.

Recuesta la cabeza contra mi pecho mientras alarga este momento al máximo.

Me acerco a su oído y le susurro:

—Feliz aniversario, mi vida.

Fin

Sobre la autora

S.T. Abby era uno de los muchos seudónimos de la autora superventas del USA Today C.M. Owens, también conocida como Kristy Cuning. Le encantaba escribir tantos subgéneros que no podía quedarse con un solo nombre. Pasó de las historias ligeras y alegres a las oscuras y un poco retorcidas. (No te preocupes, retorcidas pero divertidas). Quería que todo el mundo encontrara lo que le gustase, desde el romance sobrenatural e historias de amor new adult hasta el lado más oscuro de la novela romántica. Nació y se crio en un pequeño pueblo de Alabama, donde cada uno se buscaba el entretenimiento como podía y quizá acababa cojeando al día siguiente. Se pasaba los días escribiendo, ayudando a su hijo con los deberes y jugando a videojuegos. Las palabras de S.T. Abby siempre serán un refugio para quien las lea.

Título original: *Paint It All Red (Mindf*ck 5)*

Edición en formato digital: julio de 2026

Copyright © 2016. PAINT IT ALL RED by S.T. Abby

© de la traducción: Gema Pereira Silvestre, 2026

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 979-13-87810-59-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Índice

[**CAPÍTULO 1. Logan**](#)

[**CAPÍTULO 2. Lana**](#)

[**CAPÍTULO 3. Logan**](#)

[**CAPÍTULO 4. Lana**](#)

[**CAPÍTULO 5. Logan**](#)

[**CAPÍTULO 6. Lana**](#)

[**CAPÍTULO 7. Lana**](#)

[**CAPÍTULO 8. Logan**](#)

[**CAPÍTULO 9. Lana**](#)

[**CAPÍTULO 10. Logan**](#)

[**CAPÍTULO 11. Lana**](#)

[**CAPÍTULO 12. Logan**](#)

[**CAPÍTULO 13. Lana**](#)

[**CAPÍTULO 14. Logan**](#)

[**CAPÍTULO 15. Lana**](#)

[**CAPÍTULO 16. Logan**](#)

[**CAPÍTULO 17. Logan**](#)

[**CAPÍTULO 18. Logan**](#)

[**CAPÍTULO 19. Lana**](#)

[**Epílogo. Logan**](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)
